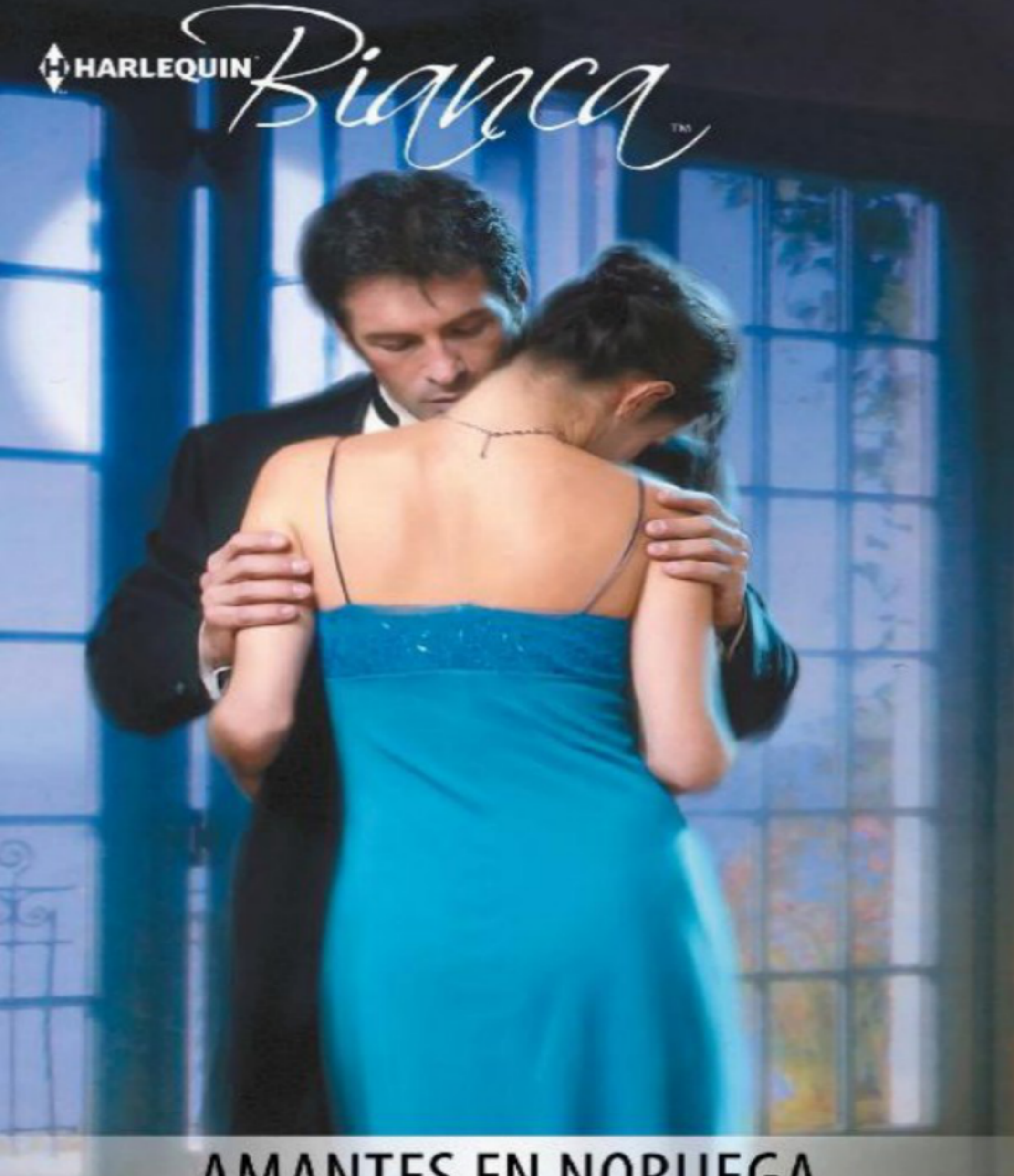

HARLEQUIN
Bianca
AMANTES EN NORUEGA
LEE WILKINSON



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Amantes en noruega, n.º 1398 - mayo 2017
Título original: Stand-In Mistress
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-9691-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

Y la instalación se hará de inmediato?

–Sí, naturalmente.

Joanne transmitía confianza con su aspecto elegante y eficiente. Iba vestida con un traje gris oscuro y tenía las esbeltas piernas cruzadas.

Se hizo una breve pausa mientras el fornido director gerente de Liam Peters se lo pensaba.

–De acuerdo, si su empresa puede ofrecerme el servicio que ha esbozado, señorita Winslow, creo que podemos hacer el negocio –dijo él con satisfacción.

–Estoy segura de que podremos –aseguró ella.

Él la miró a través de la mesa con los codos apoyados en los brazos de la butaca y las manos unidas.

El pelo negro y lustroso enmarcaba un rostro ovalado con hermosos rasgos; ojos azul oscuro, boca amplia, nariz recta y barbilla firme.

Decidió que no era exactamente hermosa, pero era un rostro interesante y lleno de personalidad.

–En ese caso, espero que su equipo de técnicos esté aquí el lunes a primera hora para hablar conmigo.

–Aquí estarán –aseguró ella con una sonrisa.

Esa sonrisa hizo que él reconsiderara la opinión anterior.

Se levantó, la acompañó a la puerta de la oficina y se estrecharon las manos cordialmente.

Ella, sin apenas poder contener las ganas de saltar y gritar de alegría, salió del edificio de oficinas recién terminado y se perdió en la calle Fulham.

Se sintió inmediatamente sumergida en el resplandor dorado de la tarde de principios de septiembre y en el bullicio y estruendo del tráfico de Londres.

Las cosas parecían enderezarse tras meses de preocupación al ver que la economía empeoraba y que la empresa que había levantado su hermano se hundía.

Durante cinco años, Steve había luchado para conseguir que Servicios Empresariales Optima saliera delante, pero la recesión

había reducido el trabajo y los recursos financieros de la empresa pasaban por serios apuros.

La primera racha mala la habían salvado al hipotecar su casa, pero la segunda, que llegó inmediatamente después de la primera, había amenazado con hundirlos.

Entonces, esa misma mañana, MBL Finance, una sociedad internacional de inversiones especializada en ayudar a pequeñas empresas, había prometido a Steve una considerable inyección de dinero.

En ese momento, alabado fuera el cielo, ella tenía asegurado lo que prometía ser un lucrativo contrato para crear una gran red de comunicaciones.

Joanne miró su reloj cuando estaba a punto de dirigirse a la boca de metro más cercana. La sorprendió comprobar que eran las cinco menos veinte. No tenía sentido ir a su oficina de Kensington un viernes a esa hora.

Estaba bastante cerca de su casa y podía ir dando un paseo para empezar a preparar la cena a la hora que llegara el resto de la familia. Se dio la vuelta y se dirigió hacia la calle Carlisle y la casa que compartía con su hermano Steve, con su hermana Milly y con Duncan, el marido de Milly.

Seguro que Milly estaría haciendo las maletas. La joven pareja se iba a Escocia, donde Duncan, un médico recién licenciado, había recibido una oferta de trabajo en Edimburgo, su ciudad natal.

El puesto incluía un piso amueblado encima de la consulta. Viajarían esa noche en coche cama y llegarían a Edimburgo a las siete y media de la mañana, lo que les permitiría instalarse durante el fin de semana.

Además, la oferta era más interesante porque una de las recepcionistas acababa de dejar su puesto y se lo habían ofrecido a Milly.

A pesar de todo, ella parecía nerviosa y poco entusiasmada con la idea de irse tan lejos, y la evidente desgana había creado algunos problemas entre ella y Duncan.

Cuando ella se quejaba con cierta pasión y decía que le gustaba su trabajo de secretaria y que no quería marcharse, Duncan le respondía que antes de casarse él ya le había dejado claro que pensaba volver a Escocia.

Ella, incapaz de rebatirlo, primero daba paso al llanto y, cuando eso no tenía efecto, a los arrebatos de ira. Sin embargo, para alivio de Joanne, Duncan, con un equilibrio y firmeza

equivalente a la ira y obstinación de Milly, había pasado por alto las rabietas.

Joanne bajó la calle Carlisle con la nostalgia habitual. Era una calle tranquila con árboles y bordeada por viejas y elegantes casas y con entradas porticadas.

El número veintitrés había sido de sus padres. Un hogar para una familia feliz. El salón se utilizaba de despacho y en la ventana se podía leer en letras doradas: *John y Jane Winslow. Abogados*.

Hacía cinco años que habían muerto en un accidente de tren en México, durante su segunda luna de miel.

En ese momento, Milly, la hermana menor, tenía trece años. Joanne, en vez de volver a la universidad, había entrado a trabajar con su hermano para poder tener tiempo de ocuparse de los dos.

Steve se había quejado de que a los veintidós años ya era mayor para cuidar de sí mismo, pero le encantó que le quitaran la responsabilidad de llevar la casa.

Joanne subió los escalones, introdujo la llave y entró. Esperaba haberse encontrado con un estruendo de música pop, pero la casa estaba silenciosa y tranquila. Después de todo, al parecer, Milly no estaba allí.

Se quitó el traje, se puso unos pantalones y una camiseta y bajó a la espaciosa cocina.

Puso agua a calentar para hacerse un té, encendió el horno y empezó a preparar la cena. Lisa, la secretaria y novia de Steve, iba esa noche, de modo que harían una celebración familiar.

Joanne encontró un par de botellas de vino espumoso y las metió en la nevera.

Estaba cubriendo el pastel de queso y brécol con miga de pan y piñones cuando Milly apareció por la puerta.

Era pequeña y hermosa, tenía el pelo entre dorado y rojizo, unos ojos azules brillantes y una figura como una Venus de bolsillo. Normalmente resultaba vivaracha y resplandeciente y se vestía para realzar sus encantos.

Esa vez llevaba unos vaqueros y una camiseta que le había encogido y se dejó caer en la silla que había junto a la mesa con aire nervioso y decaído.

–No sabía que estabas en casa –dijo Joanne–. No he oído música.

–No tengo ganas de oír música.

–¿Todavía te preocupa el irte a Edimburgo?

Milly no contestó.

–Estoy segura de que no tienes motivos –añadió en tono tranquilo Joanne–. Estarás perfectamente en cuanto te hayas asentado y hayas hecho algunos amigos.

–¿Y mi trabajo? –dijo Milly con un gesto sombrío–. Ya sabes lo que me gusta…

Milly había hecho un curso de secretariado en vez de ir a la universidad. Era inteligente y despierta, a pesar de tener un toque alocado, y lo había sacado con facilidad. Al terminarlo, le ofrecieron la sustitución de una secretaria que estaba de baja por maternidad en Lancina Internacional.

Lo hizo tan bien, que le ofrecieron el puesto cuando la madre decidió no volver.

–Bueno, seguro que acabarás encontrando interesante el trabajo nuevo –dijo Joanne para aliviarla.

Milly gruñó.

–Deprimente, diría yo. ¿A quién le apetece estar día y noche en una consulta médica?

Joanne lo pasó por alto, sirvió una taza de té a cada una y se sentó enfrente de Milly.

–¿Has terminado de hacer el equipaje?

–Ni siquiera he empezado.

–Si quieres, te ayudo.

–No estoy segura de que vaya a irme –dijo con tono desafiante.

–No creo que tengas muchas alternativas –dijo Joanne con todo el desenfado del que fue capaz–. Todo está preparado y Duncan es tu marido.

–No me lo recuerdes. Ojalá te hubiera hecho caso cuando me dijiste que era demasiado joven para casarme.

Joanne sintió una punzada en el corazón. Era verdad que en un principio se había opuesto al matrimonio; pensaba que Milly era demasiado inmadura. Pero acabó dándoles su bendición cuando le pareció que Duncan era sensato y estable y que estaban muy enamorados.

–Duncan y yo hemos discutido tanto últimamente, que empiezo a preguntarme si no habrá sido todo un error –añadió Milly con tristeza.

–Sabes perfectamente que te sientes así porque tienes que irte –dijo Joanne con calma e intentando disimular el espanto.

Milly dio un sorbo de té y sacudió la cabeza.

–Hay algo más.

–Tonterías y confusión –dijo secamente Joanne.

–No lo entiendes. Creo que estoy enamorada.

–Eso espero, solo llevas unos meses casada.

–No me refiero a Duncan. Le tengo cariño, claro, pero creo que me he enamorado de otro.

–Si es Trevor, se sentirá halagado –Joanne intentó hacer una broma.

Milly, divertida, hizo una mueca.

–No puedo entender lo que ves en ese presumido… quizá no seas Miss Mundo, pero puedes conseguir algo mejor.

–Gracias –dijo lacónicamente Joanne.

–Duncan tampoco lo aprecia –añadió Milly como si eso zanjara el asunto–. Tiene el atractivo de un gusano.

–Yo no diría que Trevor es un gusano –replicó Joanne con moderación.

–Ahora que lo pienso, yo tampoco. Es demasiado quisquilloso y mandón. Querrá decirte constantemente lo que tienes que hacer.

–Lo tendré en cuenta. No me gustaría casarme con el hombre equivocado.

–¿Como yo, quieres decir?

–¡No seas idiota! –exclamó Joanne con una violencia fruto del miedo–. No te has casado con el hombre equivocado. Duncan es exactamente lo que necesitas.

–Pero estoy intentando decirte… que me he enamorado de otro.

Joanne tomó aire.

–Muy bien, si no es Trevor, dime quién es.

–Mi jefe. Brad Lancing… él si que es atractivo.

–¡Brad Lancing!

–¡Es impresionante! Guapo, inteligente y absolutamente encantador. Tiene los ojos más fascinantes que te puedas imaginar… y la boca…

Milly estaba prácticamente babeando.

Joanne pensó que eso explicaba el humor de Milly y las pocas ganas que tenía de dejar el trabajo.

–Piensas que soy una estúpida, ¿verdad? –dijo Milly al ver la cara de su hermana.

–Según Steve, Lancing es un hombre casado y con hijos, de modo que la respuesta es: sí.

–Steve está equivocado. Sé que no está casado ni tiene hijos. Es un soltero de treinta años.

Joanne no sabía qué versión creer.

–Y tú una mujer casada de dieciocho –replicó.

–La edad no importa y no me siento casada cuando estoy con

él. Me siento… maravillosamente.

–Milly… –dijo Joanne con impotencia–. ¿No sabes que muchas mujeres se enamoran de sus jefes y que la mayoría de los jefes apenas se fijan en sus secretarias?

–Brad se fija en mí –aseguró Milly con tono victorioso–. Las dos noches que dije que me quedaba a trabajar, en realidad estaba cenando con él.

Joanne sintió un verdadero espanto.

–No pasarías de ahí…

–No, pero yo sé que él sí quería por algunas cosas que dijo y por la forma de mirarme.

Joanne apretó los dientes. Cuando Milly entró en la empresa, Steve comentó que Lancing tenía bastante mala fama en lo relativo a las mujeres.

Ella no se preocupó, no pensó que un hombre sofisticado como él pudiera interesarse por una chica de dieciocho años que, además, estaba recién casada.

Debía de ser un canalla absoluto y sin escrúpulos.

–Sabrás que un hombre así solo busca una cosa –dijo desesperadamente– y que cuando…

–No me lo digas, ya lo sé. Cuando lo consiga, no me respetará. De acuerdo, pero estoy harta de que me respeten. Quiero un poco de emoción en mi vida y, si el viaje a Noruega… –se calló bruscamente.

–¿Qué viaje a Noruega?

–A lo mejor, Brad tiene que ir seis semanas a Noruega de viaje de negocios. Me ha pedido que lo acompañe.

–¿En calidad de qué? –le preguntó Joanne con los labios fruncidos.

–Su secretaria, naturalmente –contestó Milly.

Pero ya no trabajas para él. Te has despedido.

Milly sacudió la cabeza.

–No he dicho nada. Todavía no estoy segura de que vaya a irme a Escocia… –se calló de golpe al ver la cara de su hermana.

La taza de Joanne vibraba nerviosamente sobre el plato.

–No puedes decir seriamente que vas a poner en peligro tu matrimonio por un enamoramiento estúpido.

–Pero yo…

–¿No has pensado que Brad Lancing solo quiera un escarceo? ¿Un trofeo más? Aunque no esté casado, tiene fama de Casanova… ¿qué me dices de las promesas que hiciste al casarte?

–Era demasiado joven como para atarme de por vida.

–Me aseguraste que estabas preparada para aceptar las responsabilidades del matrimonio.

–Bueno, creía que lo estaba.

–Yo también lo creí. Como lo creyó Duncan. Pero si eres tan inmadura y estúpida como para acostarte con el primer hombre que te parece impresionante, es evidente que estábamos equivocados.

Milly se puso roja de ira.

–Claro, tú siempre has sido tan remilgada y correcta… Si no tienes cuidado, acabarás como una solterona o casada con un enano mental como Trevor.

–Intenta olvidarte de mí un rato –Joanne hizo un esfuerzo por hablar con calma–. Estamos hablando de tu futuro… y del de Duncan. Él te adora. ¿Has pensado en el daño que le harás?

–Yo no quiero hacerle daño –dijo Milly con tristeza–, pero no puedo evitarlo. No paro de pensar en ese maravilloso viaje a Noruega y en lo que me perderé si no lo hago.

–Intenta pensar en lo que te perderás si lo haces. Un futuro con un buen hombre que te quiere y permanecerá a tu lado; un hogar propio y la oportunidad de vivir juntos en un sitio precioso… Imagínate que renuncias a todas esas cosas y ese viaje maravilloso no se hace –Joanne siguió acicateando al ver la cara de duda de su hermana–. No puedes esperar que Duncan se quede aguardando dócilmente a que su mujer decida si se va a Escocia con él o a Noruega con otro hombre.

Milly se mordió el labio.

–Esta noche sabré si se hace el viaje. Brad ha pasado fuera la semana por asuntos de trabajo, pero dijo que volvería esta noche y que me llamaría si había que hacer el viaje a Noruega.

–¿Aquí?

–Sí. Como verás, no hay mucho tiempo. Quizá estemos de viaje mañana por la mañana.

–¿Y si no llama?

Milly dio vueltas al anillo de boda.

–No lo sé. Quizá me vaya a Escocia… no sé…

Se calló al oír la llave que abría la cerradura.

–Milly, cariño. Ya he vuelto.

Milly se levantó de un salto.

–Joanne, no le digas nada hasta que sepa lo que voy a hacer.

–Ni una palabra. Pero si no quieres que él empiece a hacerte todo tipo de preguntas, creo que deberías subir a hacer algún equipaje.

La chica salió corriendo con los brillantes ojos azules velados por la preocupación y Joanne se levantó pesadamente para recoger las tazas.

Mientras las lavaba y secaba, pensó que Brad Lancing era un verdadero canalla. ¿Cómo podía dar alas de esa manera a alguien que evidentemente no era más que una jovencita influenciable y, además, casada?

Quizá Milly se hubiera imaginado que estaba enamorada de él, pero si no la hubiera llevado a cenar y le hubiera puesto el cebo del viaje a Noruega, ella no estaría planteándose seriamente la posibilidad de dejar a Duncan.

Joanne permanecía de pie, retorciendo el paño de cocina como si fuera el cuello de Brad Lancing, cuando sonó el teléfono que había en la pared.

Lo descolgó distraídamente.

–¿La señorita Winslow? –preguntó una voz bien modulada.

–Sí.

–Brad Lancing. Hay que ir a Noruega. Me gustaría que cenáramos esta noche para comentar los detalles…

Joanne notó que la vista se le teñía de rojo y que la sangre se le agolpaba en las orejas. Estuvo a punto de decirle quién era y lo que pensaba de él, pero se detuvo por un repentino sentido de prudencia.

Un hombre como él, sin sentido de la vergüenza, en lugar de darse por vencido, podría intentar ponerse en contacto con la muchacha que había señalado como su próxima conquista y ella debía evitarlo a cualquier precio…

Mientras los pensamientos le daban vueltas en la cabeza a un ritmo vertiginoso, una parte de ella se dio cuenta de que la atractiva voz seguía hablando.

–Estaré en Somersby’s a las siete y media.

Joanne fue a decir que no podía, pero dudó.

Pensó que si aceptaba, como él evidentemente esperaba, no volvería a llamar ni discutiría por teléfono.

–Sí, allí estaré –dijo Joanne con la voz ligeramente velada de Milly.

–Está en la calle Grant de Mayfair. Tome un taxi.

Un segundo después, ella oyó que él colgaba el teléfono. Al parecer, era un hombre de pocas palabras. Lo cual era de agradecer. Si hubiera intentado entablar una conversación, le habría resultado muy difícil mantener la farsa. O lo que habría sido peor, quizá hubiera aparecido Milly y, mientras ella creyera

que él no había llamado, existía la esperanza de que decidiera ir a Escocia.

Cuando estuviera allí y se adaptara a su nueva vida, seguramente se le pasaría ese enamoramiento temporal.

Joanne, más contenta, siguió preparando la cena.

Metió el pastel en el horno y se dispuso a preparar la mesa cuando se acordó de algo aterrador. Brad Lancing había dicho que estaría a las siete y media en Somersby's. Si no aparecía nadie, ¿llamaría para saber el motivo?

Se le heló la sangre. Sería un desastre.

A las siete y media, ellos estarían cenando y esperando la llamada de él. Milly no se contendría ni dejaría que ella lo engañara.

Joanne decidió que solo había una alternativa: acudiría a la cita. Por lo menos, tendría la ocasión de decirle a la cara lo que pensaba sobre los hombres como él.

Oyó que se cerraba la puerta principal y, un segundo después, Steve y su novia aparecían en la cocina.

Steve medía poco menos de dos metros y era delgado; tenía el pelo oscuro y los ojos azules. Tenía un rostro delgado e inteligente y los rasgos eran correctos, pero no terminaba de ser guapo.

Pero era tan agradable, que Joanne se había preguntado muchas veces por qué no lo habían cazado todavía. Quizá se debiera a que había trabajado tanto, que no había tenido tiempo para dedicarse a las mujeres.

Hasta que Lisa, pequeña, rubia, dulce y hermosa, entró a trabajar para él.

Había sido un amor a primera vista y en ese momento, con un bebé en camino, imprevisto, como reconocieron dócilmente, pero muy deseado, estaban preparando la boda para finales de octubre.

Steve hizo un gesto apreciativo al notar el olor.

–Hay algo que huele muy bien. ¿Qué tal todo con Liam Peters? –añadió sin poder disimular la inquietud.

–Puedes mandar las tropas el lunes a primera hora de la mañana.

Dio un grito de alegría y giró abrazado a ella hasta dejarla sin respiración.

–Parece que hay buenas noticias –dijo Duncan cuando apareció acompañado de Milly.

–Así es… y vamos a celebrarlo como Dios manda. Creo que hay un par de botellas de espumoso por algún lado.

–Ya están en la nevera –dijo Joanne.

–Una chica lista.

Steve sacó una botella, la descorchó, llenó los vasos y levantó el suyo para brindar.

–Por nosotros y especialmente por Joanne, que ha conseguido cerrar el trato con Liam Peters además de encontrar tiempo para ocuparse de todos nosotros y hacernos algunas comidas maravillosas.

Hubo un poco de barullo de comentarios y todos bebieron. Las burbujas hicieron que Milly estornudara y luego se riera.

Joanne tomó aire.

–Espero que esta noche sea una cena maravillosa, pero no podré compartirla con vosotros.

Al ver la cara de sorpresa de todos, siguió hablando precipitadamente.

–Trevor se ha olvidado de que esta noche Milly y Duncan se van a Escocia y ha comprado unas entradas carísimas para un concierto que me apetecía mucho.

Quizá la explicación fuera engañosa, pero no falsa del todo. Lo que no dijo fue que ella, al enterarse, le pagó a Trevor su entrada; no era un hombre dispuesto a perder el dinero, y le propuso que llevara a su madre.

Milly, claramente decepcionada, se acercó a su marido, quien la rodeó con el brazo.

Al verlos, Joanne pensó que las cosas podían arreglarse. Milly era demasiado joven como para complicarse la vida.

–Bueno, si no vas a estar con nosotros la última noche –dijo alegremente Duncan–, esperamos que seas la primera en visitarnos cuando nos hayamos instalado.

–Eso está hecho.

–Lisa se queda –dijo Steve mientras abría la segunda botella–, así que no tendré que llevarla en coche…

Joanne, temerosa de que Brad Lancing fuera un impaciente que llamara para ver dónde se había metido, dejó a los demás charlando, llamó a un taxi y subió a ducharse y cambiarse.

Debía mantener la farsa del concierto, por lo que se puso el vestido de seda, se maquilló, se colocó unos pendientes de perlas y se hizo un elegante moño con el pelo oscuro.

Cuando volvió a bajar, Duncan silbó y Milly hizo un gesto de conformidad con la cabeza.

–No está mal, aunque tengo que decir que es un desperdicio ofrecérselo a Trevor –luego le tembló ligeramente la voz–. Bueno, supongo que nos habremos ido cuando vuelvas…

Había decidido marcharse. Joanne rezó una oración de agradecimiento en silencio.

La emoción se apoderó de ella y notó que los ojos se le empañaban. Abrazó a su hermana y a su cuñado.

–Que tengáis un buen viaje –dijo todo lo animadamente que pudo– y avisadme cuando estéis dispuestos a recibir visitas.

–Lo haremos –le aseguró Duncan.

El timbre de la puerta anunció que el taxi había llegado. Volvió a abrazarse a todos.

–Bueno, disfrutad de la cena.

Salió corriendo antes de estropear el maquillaje con las lágrimas.

Somerby's resultó ser un restaurante elegante y selecto que estaba encima de una galería de arte. Joanne se bajó del taxi delante de una puerta con marquesina y, con el corazón en un puño, subió los escalones con alfombra roja.

La esperaba un portero que le abrió la pesada puerta de cristal.

Mientras atravesaba el lujoso vestíbulo, repasó todo lo que tenía pensado decirle a Brad Lancing.

Se marcharía en cuanto hubiera conseguido abochornarlo, al menos eso esperaba.

Pero quizá eso no fuera lo más acertado. Pasarían casi tres horas hasta que Duncan y Milly se fueran a la estación y, si dejaba a Brad Lancing todo ese tiempo solo, podría telefonear y estropear todo el plan.

No podía arriesgarse. Tenía que mantenerlo ocupado como fuera hasta que Milly estuviera en el tren.

¿Cómo lo haría?

Antes de responderse, ya se había planteado otro dilema. No tenía ni idea de cómo era él. Se lo imaginó de una belleza recargada, con ojos descarados y boca sensual; incluso era posible que tuviera bigote.

Aparte de Duncan, que era guapo en un estilo algo infantil, Milly y ella nunca habían tenido el mismo gusto para los hombres. A Milly le gustaban los que tenían una carga sexual más evidente.

Seguramente, si entraba, no habría muchos hombres solos que esperasen a sus acompañantes. Pero eran las siete y veinticinco; quizá él no hubiera llegado todavía.

El *maître* se le acercó mientras dudaba en la puerta.

–Buenas noches, señora.

–Buenas noches. He quedado con el señor Lancing.

Él inclinó la cabeza.

–Si me acompaña…

Joanne, mientras ensayaba mentalmente lo que iba a decirle, lo siguió hasta una mesa oculta en un rincón donde había un hombre con pelo oscuro y tupido.

Él alzó la mirada al verla acercarse y se levantó educadamente.

Rondaba los dos metros y tenía unos hombros muy anchos. El rostro era delgado y bronceado, casi ascético, si no fuera por cierta rudeza. Era tan distinto del hombre que se había imaginado, que se preguntó por un momento si el maître se habría equivocado.

Pero se detuvo junto a la mesa.

–Su invitada, señor Lancing –susurró discretamente.

Por algún motivo, el aspecto de Brad Lancing la desarmó y se olvidó de todo lo que había ensayado.

–Señor… Lancing… soy la señorita Winslow… pero como verá, ha habido un error.

Él arqueó unas cejas oscuras y bien definidas.

–Reconozco que no es la que yo esperaba, pero es igual de encantadora.

–Soy la hermana de Milly –explicó Joanne sin apenas poder respirar y aborreciéndolo a simple vista.

–No se parece a ella –comentó él inexpresivamente.

–No.

–¿Quiere sentarse?

–Gracias.

Él permaneció de pie hasta que el maître separó la silla y Joanne tomó asiento.

Joanne reconoció que, por lo menos, el canalla era educado.

–Me temo que soy portadora de malas noticias –dijo ella en cuanto estuvieron solos.

Los ojos eran tan fascinantes como había dicho Milly. Eran de un verde oscuro como el cristal de una botella y enmarcados por unas pestañas negras como el hollín. A ella se le cortó la respiración cuando la miraron.

–Espero que no sea nada grave.

–Milly no puede venir –le contestó atropelladamente.

–Ya lo he comprobado. Usted es la señorita Winslow con la que hablé por teléfono –lo soltó como si fuera una serpiente de

cascabel.

A ella la confundió tanta perspicacia.

–Bu… bueno, sí –reconoció.

–En ese caso, no ha habido ningún error –esbozó una leve sonrisa que captó la atención de ella.

La boca era firme y controlada, aunque transmitía pasión, era una mezcla de sensualidad cálida y austeridad distante que podía hacer que casi cualquier mujer babeara. Joanne comprendió con toda claridad por qué Milly creía estar enamorada de él.

Hizo un esfuerzo por apartar la mirada de esos labios.

–Dígame, señorita Winslow –dijo él con delicadeza–, ¿por qué fingió ser su hermana?

–Yo… no lo hice.

Él pasó por alto la negación instintiva.

–Claro que lo hizo, hasta imitó su voz.

–Fue una broma… –dijo Joanne sin mucho convencimiento–. Ella no estaba y yo…

–Usted contestó por ella.

–Sí.

–¿Siempre contesta por ella?

–No, claro que no… pero sabía que ella querría venir…

–Entonces, ¿por qué no está aquí?

–Bueno, cuando estaba preparándose, recibió una llamada de una tía anciana que le pedía auxilio –improvisó Joanne de mala manera–. La tía Alice se había caído y no quería ir al hospital. Milly la quiere mucho…

Por un instante, Joanne creyó notar un brillo burlón en los ojos verdes de él, pero el rostro no mostró el más mínimo rastro de sonrisa.

–Ya sé lo que pueden ser esas relaciones familiares.

–Ella no sabía cuánto tardaría en dejar instalada a la tía –añadió Joanne–. Quizá tuviera que pasar la noche con ella.

–Y usted ha venido en su lugar…

–Sí… pensé que sería mejor que se lo explicara personalmente.

–Mucho más amable y amistoso que una simple llamada telefónica –concedió secamente él.

Era evidente lo que estaba pensando él y ella se dio cuenta repentinamente de cómo podía llevar el asunto.

Las situaciones desesperadas exigen soluciones desesperadas. Si ella lo halagaba, si lo complacía la vanidad, si le hacía creer que le gustaba, él quizá la invitara a cenar. Si lo hacía, ella podría tenerlo entretenido hasta que Milly estuviera fuera del alcance de

sus garras. Entonces se daría el placer de decirle lo que pensaba de él.

–Tengo que confesar que quería conocerlo –dijo ella con un tono de niña tímida.

–¿De verdad? –replicó él con un brillo en los ojos.

–Milly me ha hablado mucho de usted.

Él la miró fugazmente con un gesto que ella no supo descifrar.

–¿Se puede esperar que una secretaria diga algo bueno de su jefe? –preguntó irónicamente él.

–Naturalmente, depende del jefe –la respuesta fue un poco cortante, pero Joanne recordó el papel que estaba representando y lo miró tímidamente con los ojos medio tapados por las largas pestañas–. Si es un hombre como usted…

–¿Qué… le ha dicho exactamente… Milly de mí? –preguntó como si la curiosidad fuera sincera.

–Me ha dicho que es inteligente, atractivo y absolutamente encantador.

Él pareció desconcertado por unos segundos.

–No me va a resultar fácil estar a la altura de la descripción –dijo con cierto tono burlón–, pero en vez de dejar en mal lugar el mundo de los jefes, intentaré…

En ese momento, un camarero se acercó y les entregó un menú con tapas de cuero.

–Oh… –Joanne hizo el gesto de levantarse–. Debo marcharme y dejarle cenar en paz.

–¿No va a quedarse a cenar conmigo? –preguntó él como esperaba ella que hiciera.

–Bueno. yo…

–Salvo que su novio ponga objeciones…

Joanne pensó que tenía una mirada penetrante.

–No, estoy segura de que no las pondría.

–Entonces, por favor, quédese.

–Me encantaría –ella no intentó disimular su anhelo.

–¿Le apetece tomar algo mientras mira el menú? Champán, quizá…

El vaso de vino que había tomado y el cúmulo de emociones hacían que se sintiera levemente mareada, pero consiguió sonreír.

–Me parece muy bien.

Él llamó al camarero y pidió champán.

Al poco tiempo, el camarero volvió con una botella del mejor champán en una cubitera con hielo. Quitó el alambre que rodeaba el corcho, destapó la botella, sirvió las dos copas y se retiró

silenciosamente.

Joanne miraba las burbujas cuando él levantó su copa y la miró con ojos sonrientes.

–Por una noche llena de emociones.

Ella sonrió y dio un pequeño sorbo. Con un poco de suerte, él se llevaría más emociones de las previstas.

Capítulo 2

Para ganar tiempo, Joanne bebió champán y ojeó el menú un buen rato antes de elegir un entrante de melón y un plato principal con gambas y aguacate.

Una vez pedidos los platos, Brad Lancing clavó sus hermosos ojos en ella.

–Por cierto, como portavoz de su hermana, ¿podría decirme si piensa acompañarme en el viaje a Noruega?

Pilló desprevenida a Joanne y ella dudó.

–Bueno, creo que le gustaría –respondió.

–Verá, no hay mucho tiempo –se aprovechó de la incertidumbre–. Tengo reservados dos billetes en el avión que sale de Heathrow a mediodía y, si ella piensa seguir con su tía, tendría que buscarme otra secretaria.

Una que esté dispuesta a acostarse con él, pensó amargamente Joanne.

–Seguro que Milly no quiere perjudicarlo –dijo Joanne con la intención de causarle todos los problemas posibles–. Si ella no pudiera ir, yo misma podría presentarme voluntaria –añadió imprudentemente.

Él rellenó la copa de ella con una mirada diabólica.

–A lo mejor le tomo la palabra, pero debería ir preparada. Las noches pueden ser muy frías.

–Ah, estoy segura de que podré apañarme.

–¿Tiene mucha experiencia?

Sintió repugnancia por él y por el doble sentido de la conversación, pero lo miró provocativamente.

–Sí, un montón –dijo con tono seductor.

–¿Dónde trabaja ahora?

–En Servicios Empresariales Optima.

–Propiedad de Steve Winslow.

Era una afirmación, no una pregunta, pero ella contestó.

–Efectivamente.

Parecía que Brad Lancing sabía muchas cosas, pero, ¿se lo habría dicho Milly?

–Entonces, es la secretaria de su hermano –siguió indagando.

–He sido la ayudante personal de Steve durante cinco años.

–Comprendo –dijo él como reacción al tono de ella–. ¿Es una buena ayudante personal? –preguntó con tono desafiante.

–Si no lo fuera, no conservaría el puesto. A ninguno de los dos nos gusta el nepotismo.

Nada más decir las palabras, se dio cuenta de que estaba contestando como lo haría ella, no como lo haría la mujer que fingía ser.

–Pero yo no tengo mucho interés… preferiría hablar de usted, señor Lancing –dijo con tono aniñado mientras lo miraba con ojos seductores.

Él hizo una mueca con los severos labios.

–¿Por qué no me llama Brad?

–Me encantaría, si usted me llama Joanne.

–Es un placer.

Ella dio un sorbo de champán y sonrió por encima del borde de la copa. Entonces recordó algo que le había dicho Milly y se inclinó hacia él.

–Los hombres poderosos y atractivos como tú siempre me han resultado un estímulo –susurró con voz ronca.

El «como tú» había sido una aportación personal.

Notó que la cara de él adoptaba una expresión que podía ser burlona, lo que hizo que se preguntara si no estaría exagerando, pero la expresión desapareció al instante y decidió que debía ser un gesto de satisfacción.

Un hombre tan egocéntrico y vanidoso, como era él sin duda, aceptaba ansiosamente cualquier halago.

Él debía estar esperando una noche romántica con una chica que pensaba que era maravilloso y, al ser un mujeriego, seguro que contaba con seducirla.

Le dejaría pensar que era una presa fácil. La sorpresa sería mayúscula cuando comprobara que el gatito dócil que él esperaba era un gato con garras.

Durante la hora siguiente, mientras comían lo que resultó ser una cena muy buena, Joanne coqueteó sin pudor. Atendía a todo lo que él decía, le rozaba la manga de vez en cuando y chocaba su pie con el de él por debajo de la mesa.

Hizo todo lo posible para mantener la conversación centrada en él y evitar todas las preguntas sobre ella.

Resultó ser más difícil de lo que había previsto.

A casi todos los hombres, hasta a los más simpáticos, les gustaba hablar de ellos mismos, pero Brad Lancing no parecía

querer dar ninguna información personal.

¿Estaría casado después de todo?

Si lo estaba, compadecía a su pobre esposa.

–Supongo que viajará mucho, ¿no? –preguntó Joanne mientras el camarero servía el café y los licores que había pedido Brad.

–No tanto como antes. Ya solo viajo si creo que mi presencia es verdaderamente esencial.

–Su esposa estará muy contenta –comentó ella sin darle mucha importancia mientras daba un sorbo de café.

Los ojos verdes se clavaron en ella y notó una extraña agitación.

–No estoy casado –dijo con frialdad– y nunca he tenido la más mínima intención de ponerme esa soga de seda al cuello.

–Ah…

La miró con sarcasmo.

–¿Quién dijo: «ama a todos y no te cases con nadie»?

–Fuera quien fuera, has seguido el consejo.

Dijo las palabras hirientes antes de que pudiera evitarlo.

–Hasta ahora, sí –dijo él tranquilamente–. Parece que no lo apruebas –añadió con una mirada de soslayo.

Ella contestó con una pregunta.

–¿Quién dijo: «recoge las flores mientras puedas»?

–Ah, eso sí lo sé. Herrick.

Su voz, además de atractiva, estaba educada, pero dado que no lo consideraba un hombre interesado en la poesía, se sorprendió por sus conocimientos.

–¿Estas de acuerdo con la idea? –preguntó él.

–Me imagino que sí, pero no he tenido mucho tiempo para recoger flores.

–¿Por qué no?

–Cuando nuestros padres murieron en un accidente de tren, yo dejé los estudios para hacerme cargo de la casa –respondió ella.

–¿Cuántos años tenías?

–Diecinueve.

–¿Entraste a trabajar con tu hermano en ese momento?

–Sí.

–¿Cuántos erais de familia?

–Tres. Steve, que es el mayor, yo y Milly, que estaba en el colegio.

–De modo que has sido como una madre para tu hermana pequeña.

–Podría decirse que sí.

Al ver que él quería seguir indagando, ella forzó una sonrisa resplandeciente y cambió de asunto.

–Tengo entendido que estarás en Noruega unas seis semanas, ¿no?

–Exactamente.

–Parece mucho tiempo para un viaje de negocios. ¿Estás pensando en algún proyecto nuevo?

–No. Solo quiero poner en orden un negocio familiar que lleva funcionando desde hace generaciones.

–¿Un negocio familiar? –dijo ella con sorpresa–. Lancing no es un apellido noruego.

–No, mi madre era de ascendencia noruega. Su padre era noruego y su madre inglesa. Era hija única y vivió en Bergen hasta que conoció a mi padre y se casó con él. Desde entonces solo volvió a Noruega por vacaciones, aunque la familia permaneció muy unida hasta que ella murió en un accidente hace poco más de un año. Mi abuelo murió poco después y me dejó la naviera Dragon y un negocio de hoteles. Ha habido muchos problemas y yo mandé a uno de mis hombres de confianza para resolverlos. Paul pensaba que había encontrado la forma de afrontarlos sin mi intervención, pero desde hace un par de meses las cosas han empeorado otra vez. Esta mañana ha pasado algo grave y él ha decidido que me necesita. Me ha llamado para decirme que tengo que ir allí. Si se hubieran resuelto los problemas, habría pospuesto mi viaje hasta primavera, pero tal y como están las cosas, no puedo dejar que pase tanto tiempo.

Ella empezaba a sentirse aturdida.

–¿Por qué en primavera?

–Porque si bien septiembre es un mes fantástico para dar caminatas por el monte, Noruega es especialmente hermosa en primavera, cuando el deshielo hace que los ríos bajen rebosantes… Como verás, además de ocuparme de los negocios, tengo intención de tomarme un descanso. No he tenido vacaciones propiamente dichas desde hace un par de años y no he pasado más de unos días seguidos en Noruega. Me gusta mucho la tierra de mi madre, de modo que la idea de pasar unas auténticas vacaciones allí resulta muy tentadora…

Joanne pensó amargamente que la tentación era tan grande, que había estado a punto de conseguir que Milly abandonara a su marido.

Él arqueó una ceja.

–A juzgar por tu expresión, tú no opinas lo mismo.

–En absoluto –replicó ella–. Siempre he pensado que Noruega debe de ser maravillosa. ¿A qué parte vas?

–A Bergen. ¿Has estado allí?

–No.

–¿Has viajado mucho?

–No desde que murieron mis padres. Aunque a principios de año me tomé unos días.

–¿Dónde fuiste?

–Yo quería ir a Roma, pero Trevor prefirió Amsterdam.

¿Por qué demonios había dicho eso?

Él le tomó la mano izquierda y observó el diamante que llevaba.

–¿Trevor es tu novio?

–Sí –contestó ella después de una breve duda.

Le pasó el pulgar por los nudillos y ella sintió un escalofrío en todo el cuerpo.

–Pero, evidentemente, no es un hombre celoso…

–No.

Inquieta por el contacto, ella retiró la mano y miró fugazmente el reloj. Milly y Duncan deberían haber dejado la casa en cinco minutos aproximadamente.

–Pareces deseosa de marcharte –dijo él.

Lo estaba. Una vez cumplida la misión, no veía el momento de terminar la farsa y largarse.

–Bueno, si tienes que salir mañana temprano…

–Sí, tienes razón –hizo un gesto al camarero–. Va siendo hora de marcharse.

La hora exacta. Ella tomó aire para decirle lo que pensaba de él, pero en ese momento llegó el camarero.

Ella echó una ojeada alrededor mientras Brad pagaba y dejaba una generosa propina. Todavía quedaba gente cerca y desechó la idea de organizar una escena en el restaurante. Esperaría a que estuvieran fuera.

Ella agarró el bolso y él le retiró la silla. Ella se levantó con una ligera inseguridad. Él la tomó del codo y la acompañó fuera a través del vestíbulo.

Claramente mareada, tuvo que concentrarse para bajar las escaleras. Cuando le faltaban dos escalones para llegar al final, tropezó y él tuvo que agarrarla.

En la puerta los esperaba una limusina y un chófer. Antes de que Joanne saliera de su asombro, Brad la introdujo en el coche y se sentó a su lado.

–Yo pensaba tomar un taxi –protestó ella cuando ya era tarde y el coche se había puesto en marcha.

–Ah…

–¿Directos a casa, señor? –preguntó el chófer sin darse la vuelta.

–Sí, por favor, Gregory.

Brad presionó un botón y cerró la separación de cristal que había entre el conductor y los pasajeros. Acto seguido, unas cortinas taparon la separación y las ventanas.

Él se aprovechó de la penumbra para acariciarle la rodilla cubierta de seda.

Joanne se apartó dominada por el pánico y arrepentida de haber sido tan tonta como para entrar en el coche.

–Vivo en Fulham y… –balbució ella.

–Lo sé –él la atrajo hacia sí y un segundo después la boca de él cubría la de ella.

Ella, perpleja por lo inesperado del movimiento y por el torbellino de sensaciones que le produjo el beso, no hizo nada por librarse durante un segundo o dos.

Cuando al recordar quién estaba besándola reunió fuerzas e intentó apartarse, él se limitó a estrecharla con más fuerza y a profundizar el beso.

Aterrada, se resistió, pero él era más fuerte de lo que ella había imaginado y la retuvo con facilidad.

–Déjame, no quiero que me toques… –dijo cuando consiguió separar los labios.

–A juzgar por tu comportamiento, yo habría dicho que estabas provocándome –dijo él sin alterarse.

–Pues estabas equivocado. Quiero irme a casa –añadió nerviosamente.

–Ahí es adonde vamos.

–A mi casa –recalcó ella.

–Por algún motivo tenía la impresión de que, a pesar de que estás comprometida, querías ir a casa conmigo.

A ella se le salía el corazón del pecho.

–Pues estabas equivocado –repitió ella secamente–. Me gustaría que le dijeras al chófer que parara ahora mismo y me dejara salir.

Él arqueó las cejas con un gesto de sorpresa burlona.

–¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

–No he cambiado de opinión. Yo…

–Me alegro de oírlo.

Ella no hizo caso de la interrupción.

–No he cambiado de opinión porque nunca he tenido la más mínima intención de ir a casa contigo.

–No me gustaría pensar que me has incitado por puro placer –dijo él con tono amenazante.

Ella tragó saliva.

–No he estado incitándote por el placer de hacerlo…

–Bueno, como es evidente que me has incitado, me gustaría saber por qué lo has hecho.

–Porque quería mantenerte ocupado para evitar que te pusieras en contacto con Milly –reconoció precipitadamente ella.

Él sonrió con frialdad.

–Así que tu hermana estaba en casa. Aunque te parezca extraño, no me creí lo de la tía Alice… Pero no entiendo por qué estabas dispuesta a llegar tan lejos para evitar que me pusiera en contacto con mi secretaria.

–Si hubieras hablado con ella, lo habría dejado todo y habría venido.

–Entiendo –dijo él–. Y tú pensabas que ella… habría calentado mi cama esta noche.

–Sé que lo habría hecho.

–No tienes ni idea.

–Ella está enamorada de ti.

–¿Me culpas por ello?

–Naturalmente que te culpo. Me ha contado que la has llevado a cenar y la forma en que la mirabas. Si yo no hubiera interceptado la llamada, ella lo habría arriesgado todo para venir aquí.

Él frunció el ceño.

–¿Arriesgado todo?

Joanne había empezado y no iba a parar.

–Steve me ha contado que tienes una pésima reputación en lo que se refiere a las mujeres, pero nunca sospeché que fueras tan canalla como para seducir a una chica de dieciocho años y casada.

–¿Casada? –parecía asombrado.

–No finjas que no lo sabías –lo miró con desprecio–. Eres un miserable, un mujeriego sin principios. La engatusaste con un viaje a Noruega hasta que ella estuvo a punto de romper su matrimonio para ir contigo en vez de irse a Escocia con su marido…

–¿Te importaría ir un poco más despacio? Empiezo a no entender nada. Yo creía que vivía contigo.

–Así era. Ella y su marido vivían conmigo. Pronto habrán llegado a Edimburgo para instalarse lejos del alcance de un libertino y lascivo como tú… –Joanne se quedó sin aliento y se detuvo bruscamente.

–Empiezo a entenderlo todo –dijo tranquilamente Brad–. Supongo que habrán tomado el coche cama y que tú querías mantenerme ocupado hasta que ella estuviera a salvo y no pudiera cambiar de opinión…

–Efectivamente –Joanne no disimuló su satisfacción–. Si no te importa decirle al chófer que pare y me deje bajar… Si no lo haces, empezaré a gritar –añadió al ver que él no hacía nada.

–En el caso de que te permitiera gritar, dudo mucho que alguien pudiera oírte –replicó Brad tranquilamente y ella se estremeció al recordar la fuerza de él y su falta de escrúpulos–. Además, no puedo evitar pensar que me perteneces –ella no dijo nada–. Pareces convencida de que tu hermana se habría acostado conmigo esta noche.

–¡Yo no soy Milly! –gritó desesperadamente ella.

–Pero antes dijiste que habías venido en lugar de ella. Incluso alardeaste de tener mucha experiencia –él la miró burlonamente al ver que se quedaba pálida–. Ahora te comportas como una colegiala asustada en vez de como una mujer con un montón de experiencia –le acarició el muslo–. Dijiste un montón, ¿no? –añadió con voz sedosa.

Ella le apartó la mano y, por el brillo de la mirada, comprendió que él disfrutaba atormentándola, pagándole con su misma moneda.

–Por favor, no sigas –suplicó ella al ver lo lejos que estaban llegando las cosas.

–Eso está mejor.

–¿Me dejarías bajarme? –añadió con voz temblorosa a pesar de los esfuerzos que hizo para evitarlo.

Él inclinó hacia un lado la cabeza oscura y bien formada, como si lo estuviera meditando.

–Ya que lo pides con tanta amabilidad y como no quiero añadir el secuestro a mi larga lista de delitos –dijo él irónicamente–, estaré encantado de llevarte a casa. ¿Dónde vives?

Ella le dio la dirección.

Él apretó un botón y habló a una pequeña rejilla.

–Gregory, vamos a Fulham para dejar a la señorita Winslow en el número veintitrés de la calle Carlisle.

–Gracias –dijo ella con los dientes apretados.

Brad se dejó caer en el respaldo del asiento y se volvió hacia ella.

–Supón que te digo que estás completamente equivocada sobre mi relación con tu hermana –le dijo con tono serio–. Que en lo que se refiere a mí, solo es una chica simpática y una secretaria eficiente.

Estaba intentando excusarse y aparentar ser un santo.

Joanne recordó la mano de él en el muslo y le hirvió la sangre.

–Sé el tipo de hombre que eres y no creería ni una palabra –dijo ella mientras se apartaba de él.

Permanecieron un rato en silencio, lo cual era enervante dado lo furiosa que estaba. Reunió fuerzas y lo miró de soslayo.

Permanecía frío e inalterable y ella comprendió que estaba furioso aunque sin perder la calma.

No era solo un hombre al que habían echado en cara sus mentiras, sino que era un cazador que se veía desprovisto de su presa.

Ella pensó con satisfacción que se lo merecía. Que por una vez se iría a la cama con las manos vacías.

Él giró la cara y la miró. El ver la expresión satisfecha de ella, él endureció más el gesto.

En ese momento, la limusina frenó junto al bordillo.

El chófer abrió la puerta y ella se bajó sin volver la vista, pero comprobó que Brad la seguía a través de la ancha acera.

Subió los escalones junto a ella y esperó impasible hasta que Joanne encontró las llaves, las tomó con dedos temblorosos y abrió la puerta.

–Gracias –la voz de ella era gélida, guardó las llaves y se volvió.

–Antes de que te vayas –dijo él con tono sedoso–, y a la vista de las esperanzas que me había creado, creo que por lo menos me merezco un beso de despedida.

Él avanzó hacia el umbral y la inmovilizó contra la puerta.

–No me toques…

Sin atender a las quejas, él la besó profundamente.

Fue un beso insolente y castigador. Cuando se separó, ella estaba confusa y sin aliento.

La miró a los ojos empapados de lágrimas de furia.

–Ya que estás convencida de que soy un libertino, un lascivo y un bárbaro sin sentimientos, he pensado que a lo mejor te sentías decepcionada si no me comportaba como tal.

Él se apartó y ella lo abofeteó con todas sus fuerzas. Luego

tomó aliento con un sollozo, entró precipitadamente en la casa y cerró con un portazo.

Temblaba de pies a cabeza y se dejó caer en la butaca del vestíbulo, sacó un pañuelo y se frotó los labios como si quisiera borrar cualquier resto del beso.

Maldijo a Brad Lancing mientras oía cómo se cerraba la puerta y arrancaba la limusina. Era el hombre más repugnante que había conocido y esperaba no volver a verlo. Era inmoral, arrogante y sin escrúpulos.

Presa de la agitación, lo despellejó mentalmente hasta que consiguió calmarse algo.

El silencio era completo y todo estaba oscuro, menos el vestíbulo. Supuso que Steve y Lisa estarían en la cama. Echó el cerrojo de la puerta y subió hacia su cuarto.

Al llegar al descansillo, la puerta del dormitorio de Steve se abrió.

–Ya sé que te pareceré un cotilla –reconoció él con una sonrisa impertinente–, pero ha dado la casualidad de que te hemos visto salir de una limusina…

Era lo que le faltaba. Lo que menos le apetecía era tener que explicarle dónde había estado y por qué.

No sería justo contar el enredo de Milly cuando todo parecía resuelto.

–No puedo imaginarme que sea de Trevor –insistió Steve.

–No –dijo ella después de un instante.

Lisa apareció junto a él.

–El hombre que salió contigo…, aunque evidentemente no era Trevor, me resultaba conocido…

–¿De verdad? –dijo ella a la defensiva.

–Sólo lo he visto una vez, me lo señaló Milly un día que fui a recogerla, pero no es un hombre que se olvide fácilmente…

Joanne no dijo nada.

–Vamos, hermanita –continuó él tomándole el pelo–, ¿no te das cuenta de que los dos nos morimos de curiosidad por saber qué hacías con Brad Lancing?

La habían pillado desprevenida y no se le ocurría ninguna excusa convincente.

–He cenado con él –reconoció lacónicamente.

Steve silbó.

–Entonces, ¿mentiste sobre Trevor y las entradas del concierto?

–No del todo. Él tenía unas entradas, pero le dije que no podía

ir.

Steve frunció el ceño.

–Ya sé que el compromiso no es oficial, pero no es propio de ti…

Joanne gruñó para sus adentros. Para colmo, Steve pensaba que estaba engañando a Trevor.

Ella deseó, por enésima vez, no haber llevado el anillo de compromiso hasta que hubiera tomado una decisión firme, aunque hubiera herido los sentimientos de Trevor.

–Ni siquiera sabía que conocieras a Brad Lancing –dijo Steve, algo desconcertado al ver que Joanne no decía nada.

–Lo he conocido hace poco.

–¿Por qué…? No me lo digas; porque no querías molestar a Milly, que se había encaprichado como una colegiala de él…

De modo que Steve sabía que Milly se había enamorado, pero el tono despreocupado denotaba que no era consciente de las terribles consecuencias que podía haber acarreado.

–El problema es que no se puede confiar en hombres como ese –dijo él para demostrar que sí era consciente–. Si él hubiera dado un paso más, las cosas se habrían complicado, por no decir otra cosa. Sé que no es de mi incumbencia, hermanita, pero si tienes intención de seguir viendo a Lancing, tendrás cuidado, ¿verdad?

–Tengo casi veinticinco años –dijo ella con un tono ligeramente cáustico–. Soy lo suficientemente mayor como para saber lo que hago –sonaba a broma–. Por si te sirve de algo, te diré que no tengo intención de volver a verlo. Él se va mañana a Noruega durante seis semanas por motivos de trabajo. Ahora me voy a la cama –añadió enérgicamente–. Buenas noches a los dos.

Entró en su dormitorio, cerró la puerta y fue al cuarto de baño para desvestirse.

Pensó que había sido una noche espantosa. Solo esperaba que hubiera conseguido desconcertar a Brad Lancing tanto como él la había irritado a ella.

En vez de enamorarse de él, como parecía temer Steve, lo había encontrado odioso y despreciable. Las horas que había pasado con él habían sido unas de las peores que había tenido que soportar.

Sintió un escalofrío al recordar la mano de él acariciándole el muslo y la voz sedosa que le preguntaba si tenía un montón de experiencia. La había humillado y asustado intencionadamente.

Joanne se cepilló el pelo, se puso un camisón grande de algodón y se lavó los dientes con más vigor del habitual.

Luego se metió en la cama, apagó la luz, cerró los ojos e hizo un esfuerzo para olvidarse de Brad Lancing.

Una hora más tarde, seguía completamente despierta y pensando en él, dándole vueltas a todo lo que él había hecho y dicho.

Sobre todo, al último y devastador beso.

Todavía recordaba cómo le había dominado implacablemente la boca con la suya; el sutil aroma de la loción para después del afeitado; el ligero sabor a licor y la frescura de su aliento; la sensación de que cada terminación nerviosa se excitaba.

Solo de pensarlo se le agitaban todos los sentidos y, para su espanto, las entrañas empezaban a abrasarla.

Ella hizo todo lo posible por negarlo. ¿Cómo iba a consentir que un hombre al que odiaba y despreciaba le provocara un deseo que un hombre decente y recto como Trevor no le había hecho sentir jamás?

Era inimaginable.

Molesta y espantada, dio vueltas en la cama hasta que consiguió echar una cabezada al amanecer.

Joanne fue arrancada de las profundidades por un ruido persistente que tardó en reconocer como el timbre de la puerta.

Sería el cartero, que solía llegar temprano, y ella no quería que molestara a Steve. Trabajaba mucho y le gustaba despertarse tarde los fines de semana.

Se levantó torpemente, se puso la bata, se ató el cinturón alrededor de la esbelta cintura y bajó descalza.

El timbre no dejó de sonar con una insistencia que le atacó los nervios. Tanto ruido para entregarle unos de esos paquetes que se daban importancia con un aviso de «no doblar» y que solo contenían propaganda.

Quitó el cerrojo y abrió de golpe la puerta.

–¿Le importaría dejar de tocar el timbre? Mi hermano está dormido y…

Se quedó muda.

Allí estaba Brad Lancing con un traje de corte impecable y una camisa y corbata a juego. Recién afeitado, el tupido pelo peinado con raya en medio, los ojos verdes despiertos y penetrantes, peligrosamente atractivo y viril.

Él apartó el dedo del timbre y entró en la casa como si fuera suya antes de que ella pudiera cerrarle la puerta en las narices.

Joanne se apartó como si se hubiera quedado sin fuerzas, él cerró la puerta y se quedó mirándola desde sus casi dos metros.

Sin alterar el gesto, observó la nariz brillante de ella, el pelo oscuro y sedoso sobre los hombros, el recatado camisón, la bata y los pequeños pies descalzos.

–Recién levantada, compruebo.

–¿Qué haces aquí? –preguntó ella con furia por el evidente regocijo de él.

–¿No te lo imaginas?

–Es demasiado temprano para adivinanzas –dijo secamente ella–, de modo que podrías decirme qué quieres.

A él le destellaron los ojos.

–A ti.

–¿Qué? –preguntó ridículamente ella.

Me marcho a Noruega a mediodía y necesito una secretaria. Es fin de semana y no puedo encontrar ninguna, de modo que he decidido aceptar tu oferta.

–¿Oferta? ¿De qué hablas?

–Seguramente te acordarás de que me ofreciste ocupar el puesto de Milly si ella no podía venir.

–No lo decía en serio –dio un paso atrás realmente espantada–. Naturalmente, no lo decía en serio –repitió.

Él frunció las cejas negras.

–Es una pena, porque yo sí dije en serio que a lo mejor te tomaba la palabra. Está claro que tu hermana no va a poder venir, por lo que el trabajo es tuyo.

Joanne sabía que él se había dado cuenta de lo espantada que estaba y decidió aparentar tranquilidad.

–Gracias, pero ya tengo un trabajo.

–Estoy seguro de que tu hermano podrá encontrar otra ayudante personal para las próximas seis semanas.

–Aunque pudiera hacerlo –dijo ella con una rotundidad educada–, no voy a aceptar tu oferta.

La puerta de la cocina estaba entreabierta y Brad vio las cómodas sillas que había alrededor de la mesa.

–Mejor que seguir aquí de pie, podríamos comentarlo delante de una taza de café.

–No tengo intención de prepararte café y no quiero comentarlo.

Lo rodeó y abrió la puerta de la calle.

–Si no te importa, te agradecería que te fueras –él no hizo nada por moverse–. ¡Lárgate! Si no lo haces, llamaré a Steve para

que te eche.

–¿Estás segura de que sería una buena idea?

Lo dijo con tono tranquilo, pero claramente amenazador. Ella dudó. La firmeza de la boca y de la barbilla tenían algo que, a pesar de la tranquilidad y el encanto que transmitían, lo hacían imponente.

Ella sintió un escalofrío.

Steve no era un debilucho, pero ella notó instintivamente que no podía medirse con ese hombre.

Ella permaneció indecisa y él volvió a tomar las riendas del asunto. Cerró la puerta, la tomó del codo y la llevó hacia la cocina.

–Por lo que a mí respecta, no hay nada que comentar. Eres la última persona del mundo con la que trabajaría –dijo ella ariscamente.

Él sacudió la cabeza con un gesto que pareció una lamentación.

–Ya, pero me parece que no tienes otra alternativa. Por lo menos, si te preocupa lo que pueda pasarle a la empresa de Steve.

–¿Qué insinúas? Claro que me preocupa lo que pueda pasarle a la empresa de Steve –se dio cuenta de que el tono de espanto le había vuelto a la voz.

–En ese caso, me parece que sí tenemos que hablar.

Entró en la cocina con ella pegada a los talones.

–¿Qué podría pasarle a la empresa de Steve? –preguntó con impaciencia.

Él no hizo caso de la pregunta.

–¿Quieres hacer café? –preguntó él.

–Ya te he dicho que no voy a hacerlo.

Él señaló una de las sillas.

–Entonces, quizá prefieras sentarte.

–No quiero sentarme, solo quiero saber de lo que estás hablando.

Él empezó a preparar tranquilamente la cafetera y las tazas.

–Estaré encantado de explicártelo cuando estemos sentados delante de una taza de café.

Capítulo 3

Comprobó que él estaba dispuesto a salirse con la suya, se mordió el labio y se sentó mientras lo miraba con ojos furiosos.

Se movía con destreza. Puso agua en la cafetera y la llenó de café. Ella se preguntó cómo era posible que un hombre tan viril se sintiera tan cómodo en una cocina.

Era lo último que se esperaba.

Muchos hombres ricos con servicio doméstico seguramente no habrían pisado jamás la cocina.

Él, consciente de la mirada hostil de ella, se volvió y arqueó una ceja.

–¿Leche y azúcar?

–Solo leche, por favor –hizo el esfuerzo de contestar educadamente.

Le acercó la taza de café, se sentó en una silla y la observó con curiosidad.

Él estaba perfectamente arreglado y vestido, y ella se sintió desaliñada con el pelo suelto sobre los hombros y con la bata que Milly llamaba «de pobre huerfanita».

Ella, instintivamente, escondió los pies debajo de los faldones del camisón y notó que él sonreía.

Apretó los dientes y habló con toda la tranquilidad de la que fue capaz.

–Ya te has salido con la tuya y estamos sentados delante de una taza de café. ¿Sería tan amable de decirme lo que podría pasarle a la empresa de Steve?

Brad contestó con otra pregunta.

–Tengo entendido que tu hermano tiene dificultades para sacar adelante la empresa, ¿no es así?

–¿Qué te hace pensar eso?

–¿No es verdad?

–Era verdad, pero las cosas se están arreglando.

–¿De verdad? –dijo él lentamente.

–¡Sí! Steve ha encontrado una sociedad de inversiones dispuesta a meter dinero y también hemos cerrado un contrato para instalar una red de comunicaciones.

–¿De Liam Peters?

–Sí –dijo sin comprender por qué lo sabía, salvo que Milly se lo hubiera dicho.

–¿Qué haría tu hermano si ambas oportunidades se fueran por la borda?

Ella sintió un escalofrío en la espina dorsal.

–¿Por qué iban a no salir adelante?

Brad siguió hablando tranquilamente como si ella no hubiera hablado.

–Con la casa completamente hipotecada y sin apenas dinero para pagar la próxima nómina…

–¿Quién te ha dicho todo eso? –lo interrumpió.

–Anoche hice algunas comprobaciones…

–Bueno, sacaras la información de donde la sacaras…

–Digamos que lo sé de buena tinta.

–No sé lo que quieres decir.

–Acabas de decirme que tu hermano espera un préstamo de una sociedad de inversiones.

–Sí –apenas fue un hilo de voz al sentirse atenazada por un miedo que no podía reconocer.

–Lo primero que hace una sociedad de inversiones antes de prestar dinero a una empresa es tener una idea clara de la situación financiera del cliente y de sus perspectivas para el futuro. MBL no es una excepción.

–¿Cómo sabes que MBL…? –se quedó helada antes de que terminara de decir la frase.

Él esperó tranquilamente mientras observaba el terror que se apoderaba de los ojos azules.

Ella se irguió en la silla y levantó la barbilla con un valor que él tuvo que admirar.

–¿Qué quiere decir la M?

–Michael, pero mi familia siempre me llamó Brad.

–¿También eres propietario de Liam Peters?

–Es una filial de Lancing International.

–Pero seguramente no controles su línea de conducta ni interfieras en sus decisiones internas.

–Normalmente no. Pero si quisiera, podría hablar con la persona adecuada.

Ella intentaba asimilar la magnitud de lo que él decía mientras miraba al frente y se sentía petrificada y vacía.

Recordó haberle dicho que él era la última persona con la que trabajaría y que no tenía alternativa si le importaba lo que

pudiera pasarle a la empresa de su hermano.

–Tiene que haber formas decentes de conseguir una secretaria –dijo ella después de un rato.

–Estoy seguro de eso. Pero yo no quiero cualquier secretaria… Verás, en parte son mis vacaciones y no quiero solo una ayudante personal eficiente, sino algo de compañía también. No disfruto comiendo solo, ni paseando solo, ni pasando las noches solo… Quiero alguien inteligente con quien poder hablar, alguien con quien compartir las cosas…

–Si te refieres a la cama, no voy a acostarme contigo –interrumpió bruscamente ella–. No seré tu amante.

Él habló con sinceridad.

–Si quieres realmente salvar a tu hermano, harás todo lo que yo quiera. Serás lo que yo quiera.

–Tengo novio.

–Anoche no pareció importarte mucho.

Ella, con la cabeza gacha, apretó las manos hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Luego levantó la cabeza con los ojos tan oscuros que parecían negros. Se humedeció los labios.

–¿Por qué yo?

Él se rio como si fuera una pregunta estúpida.

Quizá lo fuera dadas las circunstancias.

–Podríamos llamarlo justicia divina. Me has privado de una secretaria muy buena…

–Pero Milly no podía…

Él continuó sin hacer caso de la interrupción.

–Y me has atacado e injuriado sin saber qué tipo de hombre soy. Me temo que no me gusta que me llamen libertino, lascivo y mentiroso y mi lema siempre ha sido: «no te pongas furioso, sé ecuánime».

La humillaría y la usaría para conseguirlo.

Notó que se le helaba la sangre y sintió un escalofrío al darse cuenta de que había jugado con fuego al encolerizar a un hombre tan despiadado como Brad Lancing.

Naturalmente, podía ser un farol. Por un instante se aferró a esa posibilidad, pero si ella lo rechazaba y no era un farol, no solo sería el fin para la empresa por la que tanto había luchado Steve, sino que sería el final del camino para todos ellos.

No había muchos empleos y sin ingresos no podrían pagar las elevadas hipotecas. Además, podía poner en peligro los planes de boda de la pareja y, con el bebé en camino, todo podría volverse una pesadilla.

Ella sería la culpable.

Si hubiera actuado con más sentido común…

Ya era tarde para las lamentaciones y, una vez organizado todo el lío, no podía permitir que Steve, Lisa y los fieles empleados de Optima pagaran los platos rotos de su estupidez.

Si no se hubiera entrometido, nunca habría conocido a Brad Lancing y no habría ocurrido nada de todo eso… pero algo peor podría haber ocurrido:

Milly podría haber estado en Noruega con un canalla que la abandonaría en cuanto se hubiera divertido con ella y habría arruinado su vida y la de Duncan.

No había vuelta de hoja. Por lo menos, de esa manera ella sería la única que sufriría…

Levantó la mirada para responder a Brad cuando se abrió la puerta y Steve entró en la cocina con una toalla azul marino atada a la cintura.

Iba descalzo y despeinado y se rascó la nuca mientras bostezaba sonoramente.

–Me tomaría un café.

–Debe haber algo en la cafetera –ella se sorprendió al comprobar la serenidad de su voz.

–Gracias. Lisa sigue dormida y yo… –se quedó callado al ver a Brad–. Perdona, no sabía que tenías una visita.

–Una visita tempranera, me temo –Brad se levantó y alargó la mano–. Soy Brad Lancing, tú debes ser Steve.

Se estrecharon las manos sin sonreír y Steve lo miró con ojos fríos y reservados.

Joanne tomó aire.

–El señor Lancing ha venido…

–Brad, por favor… No hay necesidad de formalismos fuera de la oficina.

–Brad –ella intentó no balbucear al decir el nombre– ha venido porque necesita una secretaria…

Ella se detuvo para encontrar las palabras adecuadas.

–Bueno –dijo Steve–, Milly está en Escocia…

Joanne lo interrumpió al notar un leve tono de antagonismo en la voz de su hermano.

–No puedes entenderlo. Ha habido cierta confusión.

–¿Qué tipo de confusión?

–Milly no se despidió y, al parecer, nadie sabía que iba a irse tan pronto. Brad se va hoy a Noruega y no cuenta con otra secretaria. He aceptado ir en lugar de Milly –terminó

precipitadamente.

Steve pareció quedarse atónito.

–¿Qué pasa con tu empleo?

–Lisa podría ocuparse durante unas semanas. Ayer dijo que no tenía mucho que hacer.

Vio que Steve estaba a punto de seguir discutiendo.

–Estoy segura de que le encantará tener la oportunidad de adquirir un poco más de experiencia –continuó Joanne con tono decidido– y como Milly ha dejado desasistido a Brad, creo que estoy en deuda con él.

–No entiendo que tengas la responsabilidad de arreglar los desaguisados de Milly.

–Quizá no –comprendió que tenía que convencerlo de que era lo que quería hacer–, pero me encantaría tener la oportunidad de conocer algo de Noruega.

–No creo que a tu novio le guste la idea de que pases tanto tiempo lejos.

Era evidente que Steve había recalcado la relación para que Brad se enterara.

–Él lo entenderá cuando le explique lo de Milly –dijo ella con más confianza de la que sentía.

–¿Vas a llamarlo?

–Sí.

Necesitaría tiempo para darle la noticia. Trevor estaba molesto por el asunto de las entradas y esa deserción, como él lo consideraría, no iba a ayudar mucho.

Se acobardó al notarse demasiado tensa como para enfrentarse a una reacción hostil e iracunda.

–Pero no todavía. Va a ir a Bournemouth con su madre a pasar el fin de semana. Buscaré la mejor ocasión cuando esté segura de que ha vuelto.

–Claro, es asunto tuyo –dijo Steve con una desaprobación evidente–. ¿Cuándo tienes que irte al aeropuerto?

–Lo antes posible –fue Brad quien respondió–. Hay un vuelo a la hora de comer que sale de Heathrow y va a Bergen vía Oslo.

–¿Estaréis en Bergen?

–Sí. Te daré la dirección y el número de teléfono –luego se dirigió a Joanne–. No has desayunado, pero ya tomaremos algo en el aeropuerto.

Ella asintió con la cabeza y se levantó.

–¿Cuánto tardarás en hacer el equipaje y prepararte?

–Como media hora. No puedo decírtelo exactamente –

respondió ella sin dar más explicaciones.

Lo miró a los ojos y se sintió intimidada por el brillo de irritación que vio en ellos.

–Pero tardaré lo menos posible –rectificó.

Se sintió furiosa consigo misma.

–Dos cosas… No te olvides del pasaporte…

Ella pensó que una escapatoria sería decirle que no tenía pasaporte, pero se acordó de que le había hablado del viaje a Ámsterdam. Deseó haberse callado, pero ya no tenía solución.

–Y lleva un impermeable.

A ella la molestó el tono imperativo.

–¿Llevo también botas de agua? –preguntó suave e irónicamente.

–Me parece una buena idea –contestó él sin alterarse–. Puede llover mucho en Bergen.

Derrotada, se retiró rápidamente.

Steve la siguió al vestíbulo con gesto de preocupación.

–Espero que sepas lo que haces –le dijo apremiantemente a su hermana.

–A mi edad, debería saberlo –contestó ella.

–Joanne, sé que no eres una colegiala estúpida, pero andarás con cuidado, ¿verdad? Brad Lancing tiene…

–Si vas a decirme que tiene esposa… –empezó a decir ella.

–No. Al parecer, mi informador lo confundió con su primo Blake Lancing, que trabaja en la empresa y tiene mujer e hijos. Lo que quería decirte era que Brad tiene mucho atractivo y muy pocos escrúpulos con las mujeres.

–¿Y bien?

–Que quizá tenga intenciones ocultas… –Joanne sonrió al oír una expresión tan anticuada– y en ciertos aspectos eres más ingenua y vulnerable que Milly, y menos capaz de cuidar de ti misma.

–Muchas gracias –dijo irónicamente ella.

–Escúchame –insistió Steve–. Lancing es un hombre rico y sofisticado. Es un rompecorazones con fama de usarlas y tirarlas…

–No te preocupes, conozco su fama –lo interrumpió con firmeza.

–¿Y sigues estando dispuesta a ir?

–Sí.

–No quiero que te hagan daño.

–No me lo harán. No te preocupes por mí –ella le dio un abrazo–. Te dejaré que se lo expliques a Lisa, pero tengo que

encontrar un momento para hablar con Milly antes de irme.

A él pareció sorprenderlo.

–A la vista de lo encaprichada que estaba con Lancing, pensaba que no ibas a decírselo.

–No pienso decírselo, pero si no la llamo para saber si han llegado bien, ella podría llamar cuando yo me hubiera ido.

–Claro, entiendo lo que quieres decir.

–Si consigo que no se entere, mejor para todos. Conozco a Milly y se pondrá a redecorar el piso nuevo, así que durante una temporada estará ocupada.

–De acuerdo. Si pregunta dónde estas, le daremos largas y te lo diremos para que la llames… Espera un segundo, nos olvidamos de algo. Tu cumpleaños.

–Es verdad –gruñó Joanne–. Seguro que me llama. Si es posible, me gustaría que no le dijerais que me he ido a Noruega con Brad. Me espantaría que se sintiera herida.

–Haremos una cosa, le juraré que te has ido a París con Trevor.

Joanne se duchó, se vistió con un elegante traje y una blusa blanca y se peinó con un impecable moño; luego sacó la maleta de las profundidades del armario.

Rechazó firmemente pensar en lo que le esperaba e hizo el equipaje todo lo rápidamente que pudo con las cosas que consideraba esenciales,

Cuando cerró la maleta, se fijó en el anillo de Trevor y se preguntó si sería mejor dejarlo. Pero si se lo quitaba, Brad podría hacerse una idea equivocada. Se lo dejaría puesto como una especie de protección.

Aunque si se tenía en cuenta la clase de hombre que era, eso sería una esperanza vana.

Bajó la maleta y la dejó en el vestíbulo mientras llamaba a Milly.

–¿Dígame? –contestó Milly con un gruñido.

–¡Hola! Veo que estás en casa.

–Ah, eres tú. Pensé que sería otro paciente. Ya nos han llamado dos y la consulta no abre hasta las nueve.

–¿Habéis tenido un buen viaje? –le preguntó Joanne.

–Muy bueno. Hemos dormido todo el rato y el tren ha llegado a su hora. Hay un supermercado a la vuelta de la esquina, así que hicimos algo de compra y estábamos en el piso a las ocho y

media.

–¿Qué tal es el piso?

–Bastante grande y no está mal amueblado, pero casi todas las paredes son de un marrón claro muy soso, lo que quiere decir que una de nuestras primeras tareas será redecorarlo un poco. Ya han llegado casi todas las maletas y hay que desembalarlas, así que tenemos bastante trabajo antes de instalarnos. Me espanta desembalar.

Los dos hombres aparecieron en el vestíbulo mientras Joanne oía una ristra de quejas. Steve, que solía ser una persona equilibrada, tenía un aspecto agresivo y congestionado, mientras que Brad parecía inalterable. Joanne se preguntó de qué habrían hablado.

–Por el momento –seguía diciendo Milly–, parece que falta la tetera, lo cual es un fastidio…

–Bueno, será mejor que te deje para que la busques –Joanne hizo que su voz sonara lo más alegre posible–. Te llamaré pronto para…

–Joanne –la interrumpió Milly–. ¿Ha llamado Brad?

–No. No lo ha hecho –mintió Joanne.

Se encontró con la mirada verde de él y supo, por el brillo burlón de los ojos, que sabía cuál era la pregunta que estaba contestando.

–Steve está aquí –añadió rápidamente– y quiere hablar contigo. Cuídate. Recuerdos a Duncan.

Le pasó el auricular a su hermano y él la abrazó.

–Si necesitas que vaya a rescatarte, dímelo –le susurró él.

Brad tomó la maleta y ella se dirigió hacia la puerta como una autómata. Al llegar al umbral, se volvió y le mandó un beso a Steve con la mano.

La mañana era limpia y soleada; mientras bajaban los escalones, una ráfaga de viento arrancó un puñado de hojas de un abedul que los rodearon en un remolino.

Ella pensó con una ironía amarga que podían parecer una pareja que partía de luna de miel.

Brad le abrió la puerta de la limusina mientras el chófer guardaba la maleta; la miró con curiosidad después de sentarse junto a ella.

Le pasó un dedo por debajo de la solapa del traje.

–¿Tu ropa siempre es una declaración de principios?

–Procuro ponerme lo que me parece adecuado a cada ocasión –contestó ella sin mirarlo.

–En ese caso, a ver qué te pones esta noche.

Ella contuvo un escalofrío y se apartó de él. Siguieron el viaje al aeropuerto sin decir una palabra.

En medio del silencio, Joanne dio un repaso a la última hora e intentó aceptar la penosa situación en la que se encontraba mientras buscaba una forma de librarse de ella.

Sin ningún resultado.

No encontraba una solución por mucho que se exprimiera el cerebro. Al parecer, tendría que pasar por ese calvario. Pero, ¿cómo jugaría exactamente las cartas que le había dado su propia estupidez?

Pensó por un instante si podría rechazar cualquier contacto social; si podría limitarse a hacer su trabajo y a hablar con él lo menos posible y exclusivamente de trabajo.

El sentido común le decía que eso no le serviría.

En realidad, si bien a ella le daría cierta satisfacción, solo podía empeorar las cosas.

Además, si ella iba a comer con él y lo escuchaba cuando quisiera hablar aparentando estar cómoda, eso no quería decir que se hubiera rendido.

Si mantenía una distancia cordial y se comportaba civilizadamente, como si él solo fuera su jefe, las cosas podrían ser más llevaderas; y si él tenía la intención de obligarla a acostarse con ella, a lo mejor cambiaba de idea y buscaba a otra.

Como había dicho Steve, Brad Lancing tenía mucho atractivo. Tenía que haber muchas mujeres que deseaban acostarse con él. ¿Qué ganaría con intentar coaccionar a una que no quería hacerlo?

Él no estaba interesado en ella. Ella no era hermosa ni el tipo de mujer que gustaba a ese tipo de hombres. Solo quería vengarse.

«No te pongas furioso, sé ecuánime».

Recordó las palabras que había dicho él y notó que toda la confianza se caía como un castillo de naipes.

Tendría que hacer frente a lo que sucediera y la única forma de conseguirlo era no pensar en el futuro. No debía preocuparse por lo que podía pasar en el futuro y, en cambio, encontrar la forma de salir indemne de lo que se presentara en cada momento.

Después de haberlo meditado y de haber tomado la decisión, Joanne se sintió algo más tranquila. En ese momento llegaron al bullicioso aeropuerto.

El chófer se ocupó del equipaje y ella acompañó a Brad al

mostrador.

–Tenemos una hora hasta el embarque, así que podríamos comer algo –dijo él.

–¿Cuánto dura el vuelo? –preguntó ella mientras él la llevaba al restaurante más cercano.

–El vuelo a Oslo dura una hora y tres cuartos y luego hay otro vuelo más corto hasta Bergen. En Noruega hay una hora más que aquí, de modo que si todo va bien, deberíamos de llegar a la hora de cenar.

Se sentaron y echaron una ojeada al menú. Al cabo de un rato, apareció un camarero con un lápiz y una libreta.

–Aunque estamos más cerca de la hora del almuerzo que del desayuno, ¿qué te parecen unos huevos fritos con beicon y todos los acompañamientos? –propuso Brad.

Ella notó que tenía un hambre voraz y aceptó.

–Me parece bien –captó la mirada de sorpresa de él.

El camarero se retiró.

–¿Esperabas que me declarara en huelga de hambre? –le dijo ella sin pensárselo dos veces.

A él le hizo gracia y se le iluminaron los ojos verdes con pupilas negras como el carbón.

–No, pero anoche me fijé en que comías muy poco.

–En ese momento no tenía hambre.

Se había concentrado tanto en representar su papel y le corría tanta adrenalina por la sangre, que no tenía ganas de comer.

–Me pareció que podías ser una de esas mujeres aburridas que prefieren mantenerse a base de zanahorias crudas y hojas de lechuga.

–No tardarás en desear que lo fuera.

–¿Por qué?

–Cuando estoy en tensión, tiendo a comer más y supongo que vas a hacerte cargo de mis comidas…

Él se rio y ella volvió a notar que la boca y los dientes eran perfectos.

–Creo que el presupuesto puede permitírselo. Además –añadió maliciosamente–, todo el mundo sabe que… ciertas actividades queman muchas calorías –ella se puso roja como un tomate–. Así que tendremos que hacer mucho ejercicio. ¿Qué pensaría tu hermano si vuelves a casa hecha una foca?

Ella sabía que, si se dejaba llevar por ese tono de conversación, solo conseguiría seguirle el juego.

–No lo creo. Tengo un metabolismo que quema toda la grasa,

incluso sin ejercicio –notó un brillo de admiración en los ojos de él–. A Steve le pasa lo mismo, pero Milly…

–No puede ver una galleta sin engordar. Lo sé, ella lo mencionó… antes de que te indignes, te diré que fue un comentario en la oficina durante un descanso.

En ese momento, llegó el desayuno.

Todos los acompañamientos eran zumo de naranja, tostadas y una cafetera.

–Tu hermano Steve y tú os parecéis mucho físicamente… y me temo que de personalidad también.

Añadió la última frase con sequedad.

–¿Por qué lo dices? –preguntó ella.

–¿Por qué crees? –le rebatió él.

Ella recordó la cara de horror que tenía su hermano cuando lo besó.

–¿No te…?

–No, no lo hizo. Pero me da la impresión de que tiene una opinión de mí tan mala como la tuya.

Ella sintió espanto. Steve no sabía del perjuicio que ese hombre podía hacerles a él y a su negocio.

Brad sonrió con frialdad.

–Aunque mantuvo las formas y la calma, me previno de forma contundente. Volvió a repetirme que estabas comprometida y añadió que si te ponía un dedo encima, tendría que vérmelas con él. Piensa que eres joven e inexperta y que corres el peligro de perder la inocencia…

–No le dirías la verdad –lo interrumpió ella.

–¿El qué? ¿Tu montón de experiencia? No, pensé que podía impresionarlo demasiado.

Ella se mordió el labio.

–Sabes lo que quiero decir. Que me coaccionaste para venir… No quiero que se preocupe.

–Solo le preocupa que seas vulnerable, que te quedes sin novio y te enamores de mí. Si supiera que no soportas mi mera presencia… –se detuvo un instante–. ¿Realmente no soportas mi mera presencia?

–¿Tú qué crees?

Él se rio por la vehemencia de ella y continuó.

–Si supiera que solo me has acompañado por una amenaza, me habría mandado al infierno y no te habría dejado venir. Tengo que reconocer que admiro sus agallas.

–Se preocupa por mí –replicó ella.

El viaje fue tranquilo y sin incidentes y Joanne, cansada después de una noche en vela, durmió casi todo el rato. Brad la despertó cuando empezaron a descender.

Aterrizaron en el aeropuerto de Flesland entre nubes bajas y lluvia.

–Si bien en la costa no hace mucho frío, llueve unos doscientos días al año –le dijo Brad–. Afortunadamente, el tiempo no estropea la belleza del paisaje.

Una vez pasados los trámites, recogieron el equipaje y salieron del aeropuerto. El aire era cálido y se vieron envueltos por la niebla y una fina lluvia.

Se acercó un taxi libre y Brad le entregó el equipaje al conductor mientras le decía la dirección en un noruego perfecto.

A Joanne la sorprendió que no hubiera un coche de la empresa esperándolos.

Él pareció leerle el pensamiento.

–No quería que nadie supiera nada de mi presencia hasta hablar con Paul Randall para valorar la situación.

–Parece una novela de espías.

–Es algo así –reconoció él desenfadadamente.

Él no profundizó en el comentario y al cabo de unos segundos ella cambió de tema.

–No me gustaría parecer una ignorante absoluta, pero, ¿dónde está el aeropuerto?

–A unos veinte kilómetros al sur de Bergen. Si no hay mucho tráfico, se tarda aproximadamente media hora en llegar al centro de la ciudad. Es una pena que haya habido tantas nubes, si no habrías tenido una vista preciosa desde el aire. Bergen es conocida como la ciudad de las siete colinas porque, además de estar en un sitio precioso de la costa, la rodean siete montañas por la espalda y siete fiordos por el lado del mar.

Los parabrisas se movían rítmicamente como metrónomos y dejaron el aeropuerto rodeados de otros muchos vehículos, entre los que había *flybussen*, que Brad tradujo como autobuses del aeropuerto.

La lluvia impedía cualquier vista desde las ventanillas del taxi y los aislaba del tráfico y del exterior.

Ella se dio cuenta de que repentinamente era muy consciente de la presencia de él y de que en un espacio tan pequeño los muslos de ambos casi se rozaban. Esa intimidad la abrumó

aunque ella no quisiera reconocerlo y se apartó un poco disimuladamente.

Él hizo una mueca con la comisura de la boca que le indicó a Joanne que se había dado cuenta de la maniobra y que le había divertido.

–¿Dónde nos alojamos? –preguntó ella por decir algo y romper la tensión.

–Hay muchos hoteles buenos y muy modernos, pero me ha parecido mejor quedarnos en Lofoten.

–¿Lofoten? –repitió ella sin saber qué quería decir.

–La casa donde nació mi madre. Se puede ir andando al puerto y a la oficina. He pensado que era un sitio tan bueno como cualquier otro. Lofoten es muy grande porque mis tatarabuelos tuvieron mucha descendencia, parte de la cual acabó en Chicago. Cuando mi abuelo murió, yo no quise deshacerme de la casa, de modo que se convirtió en un pequeño hotel… ¿Más tranquila? –preguntó burlonamente.

–Sí –dijo ella lacónicamente.

Lo estaba. Durante un minuto agobiante se había visto sola con él. Por lo menos, en un hotel habría más gente.

Capítulo 4

Una vez recorrida la circunvalación de la zona comercial de Bergen, atravesaron la parte moderna de la ciudad y llegaron al centro.

Joanne miraba por las ventanillas empapadas del taxi y todo le parecía antiguo y cargado de historia.

–Esto es Torget –dijo Brad mientras cruzaban el extremo del estrecho puerto–. El mercado de Bergen. También lo llaman Fisketorget. A principios del siglo pasado, los pescadores y las mujeres solían destripar aquí el pescado que habían capturado.

Después de recorrer un laberinto de calles estrechas bordeadas por edificios pintorescos que parecían albergar las más diversas tiendas de antigüedades, llegaron a un espacio algo más abierto.

–Ya hemos llegado –dijo Brad mientras el taxi se paraba delante de un viejo edificio de madera de dos pisos.

Se levantaba en el extremo de lo que parecía un gran jardín tapiado, estaba pintado de un color rojo ocre y tenía ventanas largas y arqueadas en la parte superior.

–Esta ha sido la casa familiar durante algunos centenares de años –ella notó cierto orgullo en el tono de voz–. El edificio en sí no ha cambiado mucho, aunque la casa ha sufrido algunos cambios durante ese tiempo.

La fachada era de piedra decorada con tiestos rebosantes de flores, maderas y unos amplios aleros. Sobre el porche de entrada había un tablón que decía: «Lofoten».

Joanne permaneció en la estrecha acera mientras Brad pagaba el taxi y se hacía cargo del equipaje. Miró hacia arriba y se quedó fascinada por el grupo de dragones tallados que se retorcían en el borde del tejado.

–¿Te gustan los dragones de Lofoten? –le preguntó él al darse cuenta de lo absorta que estaba.

–Son maravillosos. Son muy expresivos –señaló uno–. Mira la cara del pequeño, parece muy dolorido.

–¿Sabes por qué?

Ella volvió a mirar el tejado y se rio.

–Sí, el grande está pisándole la cola.

Brad la miró, la humedad le empapaba las cejas y las pestañas, y una gota de agua descendía por su mejilla. Se sorprendió al darse cuenta de que le parecía hermosa y tuvo que contener el impulso de besarla.

Ella no mostraba intención de irse de allí a pesar de la lluvia.

–¡Mira el bebé!

–Estoy de acuerdo, es precioso –dijo Brad–, pero en un sentido práctico te diré que tienes el pelo mojado y que si nos quedamos aquí más tiempo, acabaremos calados… aunque también podríamos compartir un baño caliente y frotarnos la espalda el uno al otro…

Joanne llegó a la puerta antes que él.

–¿Serías tan amable de abrirla? –le preguntó él sin disimular una sonrisa.

Ella obedeció mientras se preguntaba cómo conseguía acabar con su compostura y sacar de quicio a la mujer tranquila y equilibrada que se vanagloriaba de ser.

Él empujó con el hombro la pesada puerta y entraron en un gran vestíbulo en el que no había nadie excepto una mujer en el mostrador de recepción.

El suelo, el techo y las paredes eran de una madera vieja y de un color oscuro con reflejos dorados. En el centro, una escalera hermosamente tallada conducía a un pasillo con balaustrada.

Joanne, que estaba acostumbrada a las alfombras, se impresionó por la sensación de sencillez rústica y cierta austeridad. Si bien, al mismo tiempo, transmitía un aire hogareño y acogedor muy logrado gracias a una estufa de azulejos blancos y azules con forma de colmena gigante.

Delante de la estufa había una estera tejida con colores brillantes que entonaba con las cortinas de las ventanas, un sofá de cuero, unas butacas y una baja y rechoncha mesa en el medio. En un costado había un entrante lleno de troncos apilados que olían a pino.

La mujer rubia del mostrador levantó la mirada del ordenador y sonrió.

–Señor Lancing… me alegro mucho de verlo. Es una lástima que esté lloviendo –dijo en un inglés perfecto.

Él dejó el equipaje y sonrió también.

–¿Qué tal estás, Helga?

–Muy bien. Espero que usted también.

–Así es –pasó un brazo por la cintura de Joanne y la hizo avanzar–. Es la señorita Winslow.

Helga miró con curiosidad el anillo de compromiso de Joanne.

–Me alegro de conocerla, señorita Winslow –dijo con la misma sonrisa amistosa.

Joanne hizo un esfuerzo para corresponder con una sonrisa parecida.

–Siento haber avisado con tan poco tiempo –dijo Brad.

–Su habitación está siempre preparada para usted, de modo que no hay ningún problema. Avisaré a Edvard para que se ocupe del equipaje.

–No te preocupes, yo me haré cargo.

Se volvió hacia Joanne y la miró con unos ojos indiscutiblemente retadores.

–¿Vamos, cariño?

Desde que al principio del viaje había decidido cómo tenía que jugar sus bazas, todo lo había hecho como una actriz que tenía que pasar por una audición para un papel que no le gustaba ni quería.

El viaje había terminado y ya no había ningún papel que pudiera abandonar, todo era real y tenía que seguir adelante por el bien de todos.

Sin saber cómo, consiguió que las piernas se pusieran en movimiento para seguirlo hasta el pequeño ascensor. Las maletas ocupaban mucho espacio y tuvieron que estar muy juntos mientras el ascensor subía.

Salieron al pasillo y Brad giró a la izquierda. Abrió la puerta y la hizo pasar a un salón.

Era acogedor y la decoración era agradable; tenía un sofá, dos butacas, televisión, equipo de música, un reloj de pie y estanterías con libros abundantes.

Entre las dos ventanas había una estufa similar a la del vestíbulo. A ambos lados había leños y delante una alfombra blanca de piel de cabra.

A la izquierda, una puerta se abría a un despacho con una mesa y un equipo informático de última generación. Otra puerta daba paso al cuarto de baño.

–Como puedes imaginarte, esa habitación era otro dormitorio, pero decidí que sería más útil como despacho –dijo Brad mientras dejaba su maleta en el suelo.

A Joanne se le cayó el alma a los pies. Hasta ese instante, había tenido la vaga esperanza de tener su propio dormitorio.

Quizá no la hubiera presentado como su secretaria porque solo había un dormitorio. Al llamarla señorita Winslow había

permitido que Helga sacara sus propias conclusiones.

Él abrió la puerta de la derecha con los ojos clavados en ella como si no quisiera perderse su reacción.

–En cualquier caso, es lo suficientemente grande para los dos –dejó la maleta de ella sobre una cómoda baja–. Elegí las habitaciones de la parte de atrás del hotel porque son más tranquilas.

El dormitorio era espacioso y agradable y las ventanas daban a una terraza y lo que parecía ser un jardín bastante extenso. Los muebles eran modernos y tenía dos vestidores y una cama enorme con un edredón suntuoso.

Joanne, sin poder quitarse de la cabeza la noche que se le avecinaba, se encontró con la mirada fija en la cama, como hipnotizada y sin poder mirar a otro lado.

Podía ver a Brad junto a ella. Desnudo. Supo instintivamente que no usaría pijama. Su cuerpo sería duro y musculoso. Las manos… hasta ese momento no se había dado cuenta de que se había fijado en sus manos, eran fuertes, con dedos largos y uñas cuidadosamente cortadas. Unas manos diestras, sin duda…

Las imágenes eróticas le aparecieron en la cabeza y sintió que todo el cuerpo empezaba a arderle. Un calor que, para su espanto, no estaba producido solo por el temor y la aversión, sino que llevaba consigo una excitación que no deseaba.

–¿Qué lado de la cama prefieres? –preguntó él al ver que ella no apartaba la mirada de la cama.

Ella se recompuso y miró a otro lado.

–Yo prefiero dormir sola.

–¿Siempre?

–Siempre.

–¿Y Trevor?

–Trevor no es del tipo de hombres que…

Se detuvo. No quería hablar con él de Trevor. Joanne sintió un escalofrío al notar que una gota de agua le bajaba por la nuca.

Él se dio cuenta del escalofrío.

–Ya me hablarás de Trevor más tarde. Por el momento, tienes que secarte el pelo.

Ella quería habérselo lavado esa mañana, pero esa mañana parecía formar parte de otra vida.

–Me gustaría darme una ducha –lo dijo como si pensara en voz alta.

Él la miró de soslayo.

–¿Te apetece compartirla?

–No. Accedí a ser tu secretaria, no tu amante.

–Es una pena. Pero ha pasado poco tiempo todavía. Cuando me conozcas mejor…

–¡Seguiré sin querer serlo!

Al ver que él sonreía, Joanne deseó haberse callado en vez de haber mordido el anzuelo.

–Parece que deja de llover y que las nubes se levantan –dijo él desde la ventana–. Si quieres, reservo una mesa para cenar y damos un paseo.

–Me encantaría –dijo educadamente ella.

Él se pasó los dedos por la barbilla.

–Tengo que afeitarme y arreglar un par de cosas. También quiero charlar con Paul Randall. Aquí se suele cenar pronto, ¿te parece dentro de una hora?

Ella asintió con la cabeza.

Él se volvió con la mano en el picaporte.

–Por cierto, no hace falta que te arregles demasiado. Basta con algo bonito e informal.

Ella lo percibió como una orden aunque lo hubiera dicho con amabilidad.

–Será mejor que lleves una chaqueta por si hace frío –añadió él.

Cuando él salió de la habitación y cerró la puerta, ella se quitó el vestido y la blusa y abrió la maleta para buscar la bolsa de aseo.

Miró la ropa que había llevado y se alegró de que no tuviera que arreglarse mucho porque no había llevado nada que fuera realmente de vestir.

Aparte de otro vestido de trabajo, una gabardina, una capa, algunas prendas de lana y una chaqueta de marca que había metido por un impulso, todo lo demás eran vaqueros, faldas y algunas prendas para la parte superior.

También podía seguir con lo que llevaba puesto.

Entró en el lujoso cuarto de baño, cerró el pestillo para sentirse más segura y pasó al cubículo de la ducha mientras intentaba concentrarse en el futuro más inmediato.

Mientras se duchaba y se lavaba la cabeza, los pensamientos insistían en dirigirse hacia la noche que le esperaba con una mezcla de horror y fascinación.

¿Qué demonios le pasaba?, se preguntó con irritación. Era impropio de ella.

Incluso cuando era más joven y al revés que sus amigas, nunca

sintió ganas de experimentar lo que la habían hecho creer que era una energía explosiva. Algunos chicos mayores habían intentado seducirla, pero sus manos sudorosas y sus bocas ardientes le habían producido rechazo en vez de atracción.

Con los años, nunca había sido capaz de responder a sus novios como ellos esperaban y ella había llegado a la conclusión de que en su naturaleza faltaba esa chispa.

Cansada de que la tentaran sin conseguir nada, decidió evitar las situaciones comprometidas. Después de la muerte de sus padres, no tuvo tiempo para la vida social.

Decidió que, lamentablemente, no debía estar destinada a tener marido e hijos y se centró en su profesión.

Hasta que a principios de año, un conocido le presentó a Trevor Wilky y lo que empezó como una relación tranquila y sin grandes aspiraciones había evolucionado y la había hecho pensar en el futuro.

Pero ni se atrevía a pensar en lo que esa pesadilla en la que se encontraba atrapada podría significar para su relación.

Suspiró, cerró el grifo, salió de la ducha, alcanzó una toalla que se enrolló en la cabeza como un turbante, se secó y se puso un albornoz.

En el cuarto de baño había crema, secador y cepillo para el pelo.

Se secó el pelo mientras se preguntaba si todo eso estaría allí para las mujeres que Brad llevaba, se cepilló con su propio cepillo y se hizo el moño de siempre.

Fue al dormitorio, se puso ropa interior limpia y el vestido que llevaba antes.

No necesitaba mucho maquillaje con la piel, las cejas y las pestañas que tenía. Bastaba con un poco de polvos para que no le brillara la nariz, una ligera sombra azul en los ojos y algo de pintalabios.

Recogió el bolso y salió al salón. Al principio no vio ni rastro de Brad, pero se fijó mejor y, a través de la puerta entornada del despacho, lo vio con la cabeza inclinada sobre unos papeles.

Ella avanzó sin hacer ruido, pero él levantó la mirada como si hubiera notado su presencia.

Dejó lo que estaba haciendo y fue donde estaba ella. Estaba recién afeitado y tenía el pelo algo húmedo por la ducha. Se había puesto una ropa más cómoda e informal y su aspecto era relajado y atractivo.

La miró en silencio de arriba abajo, como si observara el

vestido, la blusa y el peinado de trabajo.

–Dijiste que no tenía que arreglarme –le recordó ella a la defensiva.

–Es verdad –reconoció con tono tranquilo–, pero también especifiqué algo bonito e informal. Ese traje no es ninguna de las dos cosas.

–Me temo que tendrá que ser suficiente –dijo fríamente ella.

Ella notó que el disgusto se convertía en enfado.

–Si bien es perfecto para trabajar, difícilmente podría decirse que es apropiado para salir a cenar. Todo el mundo pensará que eres mi secretaria.

–Lo soy –dijo ella, asustada por el enfado de él y enfadada consigo misma por estar asustada.

–Solo cuando estés en la oficina. Durante el resto del tiempo, por favor, vístete como si estuvieras cumpliendo la otra mitad del pacto.

–Me temo que no tengo nada lo suficientemente provocativo como para parecer una amante.

–En ese caso, tendremos que hacer algunas compras. Hasta entonces, me gustaría que te quitaras esa ropa y te pusieras algo más adecuado para salir a cenar.

–No tengo intención de quitármela… –dijo ella sin dar su brazo a torcer.

Se quedó boquiabierta y apenas pudo terminar la frase. Él le había quitado de las manos la chaqueta y el bolso y, con mucha lentitud, le estaba desabrochando los botones de la blusa.

Le rozó los pechos con los dedos y ella intentó apartarle las manos.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó ella con la voz entrecortada.

–Quitártela yo.

–Pero no tengo nada más adecuado –insistió ella sin saber qué decir.

Él terminó de desabotonar la blusa y, pese a la resistencia de ella, empezó a sacársela de la falda.

–Entonces nos quedaremos. Pediré que nos suban la cena y ya se nos ocurrirá algo que hacer.

–Es verdad… puedes comprobarlo tú mismo si no me crees –aseguró nerviosa y aterrada ante la idea de lo que podría querer decir con «algo que hacer».

Ella se cerró la blusa, lo llevó al dormitorio y abrió la maleta.

Él la revolvió un poco y eligió una falda sedosa con dibujos marrones y ocres, un jersey fino con escote caído, unas sandalias

de tirillas y la chaqueta de marca de imitación de piel.

–Esto está bien –dijo él con frialdad–. ¿Necesitas ayuda para ponértelo?

–No… y me cambio solo para que te calles.

–En ese caso, te esperaré fuera.

Ella se quitó con manos temblorosas lo que llevaba puesto y se puso lo que él había elegido mientras reconocía que había sido una estúpida al enfrentarse a él.

El enfrentamiento no la había llevado a ninguna parte y solo había empeorado las cosas. Le habría gustado poder mandarlo al infierno y largarse, pero no podía hacerlo por Steve. Brad dominaba la situación. Él tenía el látigo y estaba dispuesto a usarlo.

Recogió la chaqueta y salió al salón a regañadientes.

Él estaba de espaldas a ella. Parecía concentrado mientras miraba hacia el jardín en penumbra.

Ella se detuvo y volvió a fijarse en lo anchos que eran los hombros en comparación con las caderas, y en lo simétrica y flexible que era la columna vertebral.

Para entonces, ella ya sabía que era ágil, ligero y elegante en sus movimientos, aunque portara un aire de autoridad y confianza en sí mismo que rozaba la arrogancia.

Joanne suspiró. Su madre lo habría calificado de un hombre de los pies a la cabeza y un capricho femenino.

No podía negarse que era un ejemplar magnífico y ello hacía que ella lo odiara más todavía.

Él se volvió al notar que ella se acercaba y asintió con la cabeza.

–Una mejoría notable.

–Me alegro de que te guste –dijo ella con un tono empalagoso.

El brillo que notó en los ojos de él hizo que deseara dejar de provocarlo.

–Solo una cosa más…

Lo notó tan cerca de ella, que se sintió inquieta.

Antes de que ella pudiera sospechar sus intenciones, él le había dado la vuelta y había empezado a quitarle las horquillas del pelo.

–Mucho mejor –comentó él mientras el pelo tupido y sedoso le caía como una cascada sobre los hombros.

Dejó a un lado las horquillas y la giró sujetándola por los hombros. La miró fijamente a los ojos.

–Me gustas mucho más con el pelo suelto. Resultas mucho más

femenina –dijo él cuando ella apartó la mirada–. Me gusta que mi mujer resulte femenina.

Mientras aborrecía la forma de decirlo, ella pensó que era lo normal en un hombre tan masculino.

–¿Nos vamos?

Ella se mordió el labio, permitió que él la ayudara a ponerse la chaqueta y bajó las escaleras junto a él hasta el vestíbulo que estaba iluminado por una lámpara que colgaba del techo.

Un grupo de clientes se amontonaba en el mostrador y una pareja de ancianos estaba sentada delante de la estufa tomando café.

Cuando salieron a la calle, comprobaron que la noche era clara, seca y relativamente templada. Solo las aceras mojadas indicaban que había llovido.

Él pasó la mano de ella por su brazo.

–He pensado dar un paseo hasta la torre Rosenkrantz para estirar las piernas y luego cenar en Bryggen.

–¿Bryggen?

–El muelle. Un sitio histórico. Los edificios de esa zona son patrimonio de la humanidad. Son una atracción turística con tiendas de ropa, museos y restaurantes.

Las luces se iban encendiendo a medida que oscurecía. El tráfico era bullicioso y había grupos de personas que paseaban entre risas.

–¿Hay mucha vida nocturna? –preguntó Joanne.

–Bastante. Sobre todo en el centro y durante los fines de semana, la zona del puerto se llena de gente.

–¿Bares de copas y esas cosas?

–De todo. Desde bares con piano hasta discotecas y esos sitios de reunión acogedores donde te puedes encontrar a estudiantes aplicados y a los intelectuales de la zona. En Kirkenes hay un bar con piano que merece la pena visitar. Te llevaré mañana por la noche –siguieron caminando mientras ella miraba alrededor con interés indisimulado hasta que llegaron a la baja y rechoncha torre Rosenkrantz.

A ella le pareció un poco disparatada.

–¿Qué función tenía?

–La construyó Erik Rosenkrantz a mediados del siglo dieciséis como residencia oficial fortificada.

Muy cerca de ellos, un turista medio calvo y con una cámara colgando del cuello los escuchaba con interés.

Joanne admiró la pintoresca torre y luego volvieron sobre sus

pasos hasta llegar a Ovregaten.

–Ovregaten forma el límite posterior de Bryggen –le dijo Brad–. En estas callejuelas vivían los habitantes de Bergen en el siglo catorce.

Ella miró alrededor y comprobó que el turista los había seguido y estaba escuchando otra vez.

–Hubo algunos incendios devastadores –continuó Brad– y casi todos los edificios de Bryggen son reconstrucciones, el más antiguo es del siglo dieciocho…

Señaló unos edificios de madera cuyos tejados apuntaban hacia el puerto. Estaban pintados de colores.

El puerto estaba iluminado y los modestos edificios, la torre maciza y los yates que se alineaban en el muelle se reflejaban en el agua.

–Es maravilloso –dijo Joanne mientras aspiraba.

–Es famosa por ser una de las ciudades más bonitas del norte de Europa.

Al oír el sereno orgullo del tono, Joanne comprendió que él amaba la tierra de su madre.

Cuando llegaron al restaurante que Brad había elegido, resultó ser un viejo edificio de madera con suelo desvencijado y un ambiente muy animado que recordaba al de un *saloon* del Oeste.

Los recibieron en la entrada, donde se hicieron cargo de la chaqueta de Joanne, y los condujeron a un apartado debajo de un balcón de madera.

–Qué sitio tan fascinante… –dijo ella mientras se acomodaba en el banco.

–Pensé que te gustaría.

Ella vio que al turista medio calvo que los había seguido desde la torre Rosenkrantz le decían que no quedaban sitios libres.

–Parece que hemos tenido suerte de encontrar una mesa.

–Ya he visto que nuestro amigo no ha sido tan afortunado –a ella la sorprendió el tono de satisfacción–. Nosotros tampoco la habríamos tenido si no llegan a conocerme –añadió él–. Aquí trabajan dos de los mejores cocineros de la ciudad y el menú tradicional de alce marinado y reno asado está reservado con semanas de antelación por los lugareños y los turistas.

Ella le comentó que muchos de los clientes, bien vestidos aunque no muy arreglados, hablaban en inglés.

–Aquí –le explicó él– el inglés se enseña en el colegio, de modo que muchos noruegos lo hablan con fluidez.

Ella leyó el menú y se decidió por un salmón a la parrilla y un

postre de frutas.

Mientras esperaban a que llegara la comida, tomaron un cóctel y charlaron de temas impersonales con una tranquilidad que sorprendió a Joanne.

Él era un acompañante inteligente que en vez de rebajarla, como hacía con frecuencia Trevor, la trataba como si estuviera a su altura. Sus comentarios tenían un punto de ironía y un humor socarrón que a ella le parecían muy refrescantes y sus puntos de vista eran claros y estaban bien sustentados.

Puntos de vista con los que ella coincidía en gran medida, para su sorpresa mayúscula.

Tampoco podía quejarse de su comportamiento.

No se vislumbraba nada del hombre que había intentado seducir a Milly ni del libertino que le había acariciado el muslo.

Era un anfitrión encantador que no se pasaba de la raya y, a medida que avanzaba la cena, ella empezó a temer que podía llegar a disfrutar de su compañía.

Pero aunque la mona se vistiera de seda…

Ella se esforzaba por no olvidar el tipo de hombre que era en realidad cuando él levantó la mirada y se encontró con los ojos de ella.

–No hace falta que te pregunte lo que estabas pensando –comentó él con sarcasmo–. Tienes una cara muy expresiva.

Ella maldijo tanta perspicacia y notó que un rubor que la delataba se apoderaba de sus mejillas.

Para su alivio, en ese momento les sirvieron el café.

Sin embargo, fue como si todo el ambiente de la velada hubiera cambiado repentinamente y Joanne deseó que el pequeño incidente no hubiera ocurrido.

Se mordió el labio inferior e intentó encontrar la forma de romper el silencio.

Pero fue Brad quien rompió el hielo.

–Ibas a contarme algo de tu novio.

Ella no tenía ningún interés en hablar de Trevor e intentó zafarse del asunto.

–No hay mucho que decir… y no sabría por dónde empezar.

–Podrías empezar por contarme qué aspecto tiene.

La amabilidad de Brad se desvaneció como si no hubiera existido nunca y el tono de su voz dejaba claro que respondía a la animosidad tácita de ella.

Ella tendría que soportarlo ya que había sido la causante de esa actitud nueva y hostil. Lo cual significaba que tendría que

rendirse o luchar.

Eligió un camino intermedio. Aun así, como ella podría haber adivinado, resultó ser una batalla perdida en la que ella era la perdedora.

Brad no apartó la mirada de la cara de ella.

–¿Es alto o bajo, gordo o delgado, moreno o rubio?

–Es alto, rubio y bastante apuesto.

–Bastante apuesto… ¡No me digas!

–¿Es necesario que seas tan sarcástico?

Él sonrió con cierta tristeza.

–Una descripción tan poco entusiasta despierta mis peores instintos. Pero sigue, intentaré contenerme.

Ella pensó que no lo haría ni loco, pero evitó decirlo en voz alta como realmente deseaba.

–¿Qué quieres saber exactamente?

–Para empezar, ¿cuántos años tiene?

–Treinta y seis.

–De modo que ya no es un joven impetuoso.

Ella no dijo nada.

–¿Tú cuántos años tienes? ¿Veinticinco? Once años es una diferencia considerable.

–Cumpliré veinticinco dentro de unos días –dijo ella a la defensiva–, pero siempre he pensado que la edad no tiene importancia.

Brad cambió de terreno.

–¿Es hijo único?

A ella la pregunta la dejó perpleja.

–¿Por qué crees eso?

–Tengo la impresión de que es el niño de su mamá.

–Se pueden ser cosas peores –dijo ella con tono gélido–. Por lo menos, Trevor es decente y recto, lo cual no se puede decir de otros hombres.

Él pasó por alto la indirecta.

–Decencia y rectitud aparte, ¿qué hace que sea tu hombre ideal?

–Nos interesan las mismas cosas.

–¿Qué cosas?

–Leer… la música y el arte… en concreto, el teatro.

–¿Nada de deporte ni de actividades al aire libre?

–Trevor no es muy deportista.

–¿Ni siquiera lo ve por televisión?

–No.

–¿Y tú?
–Yo tampoco lo veo.
Él aceptó la réplica con una sonrisa resplandeciente antes de volver a plantear la pregunta.
–¿Practicas alguna actividad al aire libre?
–Me gusta caminar y nadar.
–¿Te gusta esquiar?
–No he tenido la oportunidad de intentarlo.
–¿Lo intentarías si tuvieras la oportunidad?
–Sí.
–¿Dejarías a Trevor en casa?
Ella permaneció en silencio.
–Háblame de sus defectos. No se puede valorar a una persona sin conocer sus defectos –dijo él.
En conjunto, Trevor tenía pocos defectos realmente notables. Aparte de querer dárselas de gran señor y de tener la tendencia a decirle cómo debía llevar su vida, había resultado ser un compañero ideal.
Aunque fuera muy amable y atento, no insistía en que ella se acostara con él ni le exigía el tipo de reacción que ella sabía que no podía ofrecerle.
Ella sabía que tenía un apetito sexual inferior a la media y él parecía satisfecho con la compañía y los besos que ni siquiera podían calificarse de apasionados.
–Él no tiene… –iba a decir muchos defectos graves, pero cambió de idea– … ningún defecto grave.
–Un modelo de virtud.
–Tengo suerte de que sea mío –dijo ella con firmeza.
–¿Desde cuándo es tuyo?
–Nos conocimos hace unos siete meses.
Brad le tomó la mano a través de la mesa y dio vueltas al solitario que llevaba en el dedo.
–¿Desde cuándo estás comprometida?
Ella se preguntó si debía decirle la verdad y decidió que no. Si a él le quedara un atisbo de decencia, el saber que estaba comprometida le serviría de protección.
Ella retiró la mano.
–No hace mucho.
–¿Cuánto es no hace mucho?
–Un par de semanas.
–¿Su madre lo aprueba?
–Sí –contestó lacónicamente Joanne.

–Quizá piense que es el momento de que su hijo esté a salvo con una chica como Dios manda. Seguro que no sabe que has llevado a su hijo por el mal camino.

–No he hecho tal cosa –replicó ella con indignación.

–Trevor y tú os habréis acostado juntos…

–No, no lo hemos hecho –respondió ella sinceramente y sin pararse a pensar en la conclusión que sacaría él.

–¿Ni siquiera cuando fuisteis a Amsterdam?

–No.

Ella había tenido la vaga esperanza de que Trevor reservara una habitación doble, pero tuvo que resignarse cuando él optó por dos individuales.

–¿Por qué no? –preguntó él secamente y mirándola a la cara–. No me dirás que él no quiso… ¿o es que su madre fue con vosotros para vigilar a su hijo?

–¡No, ella no vino!

–Entonces, ¿por qué no dormisteis juntos?

–No todo el mundo tiene la necesidad imperante de meterse en la cama con su novia. Trevor es feliz esperando hasta que estemos casados.

–¿De verdad? ¿Y tú? Mientras él espera, ¿tú te diviertes por otro lado?

–¡No! ¡Desde luego que no!

–Tienes que estar muy insatisfecha. No me extraña que te ofrecieras a ocupar el lugar de Milly.

Ella pensó sombríamente que se había metido sola en ese berenjenal.

–No quise hacerlo –negó entre dientes.

–Eso dijiste, pero creo que tal y como están las cosas, podrías disfrutar bastante.

Sintió un escalofrío mientras un calor sofocante se adueñaba de ella.

Él inclinó levemente la cabeza hacia un lado.

–¿Ha sido un escalofrío por pensar en lo que te espera?

–No –contestó rotundamente ella–. Ha sido un escalofrío de desprecio.

Pero volvió a sorprenderse al darse cuenta de que eso no era completamente cierto.

Ella volvió la cabeza para no mirarlo.

Él sonrió irónicamente.

–Con una cara que refleja cada sentimiento y pensamiento, es muy difícil ser una buena mentirosa… y cuando te niegas a

mirarme es porque no te atreves.

Capítulo 5

Me gustaría saber cuándo te casas –dijo él mientras ella hacía lo posible por recuperar el equilibrio.

–Todavía no hemos fijado la fecha –respondió ella.

–Claro, es una decisión que hay que meditar bien. No hay que apresurarse.

–Me alegro de que lo apruebes.

Él le pasó la yema de un dedo por la mejilla ardiente y le sopló después de apartarla.

–¿Por qué no me hablas de la propuesta? –dijo él al ver que ella apretaba los labios–. ¿Desde cuándo la esperabas? Pienso que las mujeres sabéis esas cosas.

Ella había pensado que Trevor era un soltero por naturaleza y la propuesta la había sorprendido. Aunque si lo pensaba bien, se dio cuenta de que por lo menos debía haberlo sospechado cuando él pidió champán.

–Yo no lo esperaba.

–¡Una propuesta sorpresa! Me imagino que al venir de un modelo de excelencia como es él, buscaría un banco en una rosaleda e hincaría la rodilla en el suelo.

–No, no lo hizo.

–Si me decido a proponer matrimonio a alguien, tengo que saber cómo se hace –dijo él con cierto tono burlón–. Cuéntame qué hizo…

Trevor la había llevado a uno de los mejores restaurantes de Londres y había empezado a hablar pomposamente.

–Nos llevamos muy bien, ¿no te parece?

–Sí –reconoció ella, un poco perpleja por el tono de él–. ¿Por qué lo preguntas?

–Quiero que nos comprometamos.

Antes de que ella comprendiera la situación, él le había tomado la mano y le había puesto un anillo.

–¿Y tu madre? –balbució ella, que todavía no había salido de su sorpresa.

–Mi madre lo aprueba.

–Ah… –dijo ella sin saber qué decir.

–Tengo un buen trabajo, puedo ocuparme de ti y darte todo lo que tú y nuestros hijos puedan necesitar.

–Bueno, yo…

–A juzgar por lo bien que te llevas con los gemelos de la prima Jean, sé que te gustan los niños.

Eso no era rigurosamente cierto. A ella no le gustaban los niños en general, pero uno a uno los encontraba interesantes y, en casi todos los casos, adorables.

–Te gustaría formar una familia, ¿no?

–Sí, pero yo…

–Verás, mi madre piensa que ya es hora de que me case y le dé nietos.

«Más gente a la que poder dominar», pensó Joanne.

Joanne apartó de su mente ese pensamiento.

–Si no te importa, me gustaría pensármelo.

A Trevor le dolió que ella no saltara de alegría ante la propuesta, como le había asegurado su madre que haría.

–No sé qué tienes que pensar –dijo ofendido.

Ella no tenía intención de hacerle daño.

–Antes de comprometerme, tengo que estar segura de que puedo ser la mujer que necesitas –le explicó.

–Mi madre piensa que eres exactamente lo que necesito –dijo él con los azules ojos llenos de complacencia–. A ella le gusta que seas una mujer con principios morales. De las que no se andan con frivolidades.

Joanne comprendió que ese era el mayor de los halagos.

–Me halaga mucho, pero me espantaría decepcionaros a ti o a tu madre –añadió con una leve ironía.

–Supongo que es lógico que quieras estar segura. Tómate el tiempo que necesites… –añadió generosamente.

Él la detuvo cuando ella hizo el gesto de quitarse el anillo.

–Me ha costado mucho elegir ese anillo en concreto…

Era la elección convencional y sin riesgo que ella habría esperado de un hombre como Trevor.

–Mi madre estaba segura de que te gustaría, y yo también…

–Me gusta –lo tranquilizó ella–, pero no sería correcto que lo llevara hasta que tomara una decisión. Imagínate que no quiero casarme.

Él era incapaz de pensar algo así.

–Estoy seguro de que no lo harás… –dijo convencido.

Ella comprendió que seguramente tenía razón. ¿Dónde iba a encontrar otro hombre decente con las virtudes de Trevor?

Si no conseguía querer casarse con él, podía ir asimilando el hecho de que nunca tendría marido e hijos.

–Ya que tienes el anillo en el dedo, prométeme que lo llevarás puesto mientras tomas la decisión.

–Muy bien, lo prometo –contestó ella de mala gana.

Él sonrió y mostró unos dientes blancos y regulares. Su madre le había contado cuánto tiempo tuvo que llevar aparato para conseguir un resultado tan perfecto.

–Estoy seguro de que serás una esposa perfecta para mí.

Pero Joanne, desafiando el sentido común, seguía albergando una ligera sombra de duda.

–Quizá se lo propusieras tú a él… –dijo Brad al ver que no recibía respuesta.

Ella sabía que solo estaba pinchándole.

–Trevor me llevó a cenar y pidió champán, sacó un anillo y me pidió que me casara con él –dijo Joanne.

–Supongo que con una promesa de amor eterno.

Ella sintió un escalofrío al darse cuenta de que en ningún momento había mencionado el amor.

–Naturalmente –mintió ella.

–¿Lo amas?

–¿Por qué iba a casarme si no?

Él se encogió de hombros.

–Depende de si crees que el amor es importante.

–¿Tú qué opinas?

La pregunta era un desafío.

–En realidad –respondió él con tono serio–, creo que es muy importante. Mientras los otros ingredientes necesarios no falten, el amor es el aglutinante del matrimonio.

–¿Cuáles consideras tú que son los ingredientes necesarios? –preguntó ella, sorprendida de que un hombre como él pensara de esa manera.

–Intereses comunes, entendimiento sexual, respeto, disfrutar con la compañía del otro.

–Yo pienso lo mismo –se encontró diciendo Joanne al no poder rebatir lo dicho por él.

–Entonces, ¿aceptaste completamente arrebatada?

–Sí –contestó en tono desafiante.

Brad se pasó los largos dedos por la barbilla.

–Es una versión algo distinta de la que me dio tu hermana –dijo pensativamente.

Joanne se quedó atónita.

–¿Qué versión te ha dado Milly?

–Me dijo que Trevor te lo había propuesto, pero que tú no le habías dado una respuesta; ella esperaba que, cuando tuvieras tiempo para pensarlo, lo rechazarías. Si no recuerdo mal, lo describió como un tipo pomposo.

–Incluso eso es mejor que ser un hipócrita mentiroso, que es lo que eres tú.

Él apretó los labios y un brillo gélido apareció en los ojos verde oscuro.

Ella no se dejó intimidar.

–¿No recuerdas haberme dicho que yo estaba equivocada sobre tu relación con Milly? ¿Que por tu parte solo era una secretaria amable y eficiente? –dijo ella sin respirar.

–Y lo es.

–Pues ese no es el tipo de conversaciones que tiene una secretaria normal con su jefe.

–Estoy de acuerdo si la conversación hubiera sido en la oficina…

–Entonces debió ser cuando la llevaste a cenar.

–Yo no la he llevado a cenar.

–Ella me dijo que la llevaste dos veces.

–Fueron cenas de trabajo –dijo Brad sin alterar el tono–. Las dos veces había más gente con nosotros, lo cual reconocerás que no es una cena íntima y romántica.

–No entiendo para qué necesitabas una secretaria…

–La reunión la propuso un hombre del que no me fío. Decidí llevar una secretaria para que tomara notas y él no pudiera desdecirse al día siguiente.

–¿Me estás diciendo que tuviste esa conversación con Milly en presencia de otra persona?

–La segunda vez, el hombre se retrasó y la señorita Willow y yo tomamos algo y charlamos mientras lo esperábamos. No hubo nada más.

Hizo que todo pareciera normal y creíble.

Pero Joanne sintió que la ira volvía a apoderarse de ella cuando recordó que Milly le había dicho que por algunos comentarios y algunas miradas de él, ella se había dado cuenta de que habría ido más lejos.

–Evidentemente, no me crees –dijo Brad al observar la cara de ella.

–No –dijo Joanne–. Milly me dijo otra cosa.

–Está bien, como parece ser la palabra de tu hermana contra la mía y estoy seguro de que la crees…

–Sí, la creo.

Sin embargo, no podía evitar albergar cierta duda ya que Milly tenía cierta tendencia a la exageración. A veces veía las cosas que quería ver. Si estaba obnubilada por su jefe, quizá hubiera interpretado algo que no se había producido.

Joanne vaciló por un instante. ¿Se habría equivocado sobre Brad Lancing?

Luego recordó cuando le acarició el muslo. No, no estaba equivocada. Sabía por experiencia propia el tipo de hombre que era.

–Entonces será mejor que cambiemos de tema –Brad parecía resignado, casi aburrido.

–Será mejor –concedió ella gélidamente.

–Dime, ¿qué pensará Trevor de que su prometida salga corriendo sin decirle nada? Dijiste que se había ido con su madre a Bournemouth…

Ella no hizo caso del tono provocativo.

–No será sin decirle nada, pienso llamarlo después del fin de semana.

–Imagínate que él te llama mañana a casa…

–Estoy segura de que Steve sabrá explicárselo.

Pero conocía a Trevor y sabía que no llamaría.

Las pocas veces que habían tenido una ligera diferencia de opinión, él siempre había esperado a que ella diera el primer paso.

Esa vez, la diferencia de opinión se había convertido en un incidente importante. Cuando ella renunció a ir al concierto, él la había acusado de ocuparse más de Milly que de él.

Al comprobar que no podía hacer que ella cambiara de postura, primero se irritó y luego se enfadó realmente.

–¿Por qué no dejas de mimarla y de renunciar a todo por ella? Ella ya no te necesita. Es una mujer casada, no una niña…

A pesar de los esfuerzos que hizo ella por suavizar las cosas, todo terminó en lo que su madre solía llamar una ligera discrepancia.

–En cualquier caso, hablaré con él el lunes –añadió secamente Joanne.

–¿Qué vas a decirle? ¿Toda la verdad?

–No, claro que no –gritó horrorizada.

–Creía que me habías dicho que no era celoso.

–No lo es… pero por el bien de todos quiero que crea que es estrictamente trabajo.

–Aunque lo crea, ¿no le preocupará que pases seis semanas en Noruega con un hombre que, según tú y tu hermano, tiene una malísima reputación en cuanto a las mujeres?

–Es posible.

–¿Solo posible?

–Él confía en mí.

–Entonces solo puedo decir que es tonto.

–¿Cómo te atreves a insinuar…?

Se detuvo bruscamente al acordarse de cómo se había comportado la noche anterior y se ruborizó.

–Exactamente –dijo delicadamente Brad.

–Yo no soy así… –balbució ella–. Solo intentaba…

–¿Jugar un poco? –sugirió él al ver que dudaba.

–Proteger a Milly.

–¿Estás segura de que Milly necesita protección?

–Cuando hay hombres sin escrúpulos como tú alrededor, sí, necesita protección.

–Tiene gracia, pero a mí no me lo pareció en absoluto. La verdad es que yo tenía la impresión de que era muy capaz de cuidar de sí misma. Quizá más que tú.

A Joanne le chocó que Steve, que las conocía mucho mejor, decía casi lo mismo.

–Muchas de las mujeres con experiencia que he conocido eran sofisticadas y duras como el pedernal. O eran el tipo de chicas que solo se podrían describir como débiles y promiscuas… A mí me parece que tú no eres ninguna de esas cosas. Me fascina que una mujer que reconoce tener un montón de experiencia elija para casarse a un hombre sin sangre en las venas –observó la cara de ella y sonrió ligeramente–. A no ser que hayas mentido sobre la experiencia y en realidad el sexo te dé miedo… Luego, cuando vayamos a la cama, resolveré el misterio –añadió antes de que ella pudiera abrir la boca.

Mientras lo escuchaba, Joanne notó que volvía a brotar esa excitación extraña y turbadora que había estado latente en su cabeza. La respiración se le aceleró y el corazón empezó a golpearle mientras se le aguzaban todas las terminaciones nerviosas.

El restaurante se había ido quedando vacío mientras hablaban y ya solo quedaban ellos y otra pareja.

–¿Estás preparada para que nos marchemos? –preguntó él educadamente.

–Sí, completamente preparada –las palabras sonaron seguras, pero el tono fue algo vacilante.

–Entonces creo que es hora de que nos vayamos.

Llamó al camarero, pagó la factura y se levantó para retirar la silla de Joanne.

Hacía unos minutos solo pensaba en cómo zafarse del interrogatorio de Brad, pero en ese momento, consciente de lo que se avecinaba, se levantó temblando y con un nudo en el estómago.

Al llegar a la puerta, él le puso la chaqueta de piel sobre los hombros y, con un gesto autoritario, le tomó la mano y la colocó alrededor de su brazo.

La noche seguía templada y sin lluvia. El cielo estaba salpicado de estrellas y la luna llena parecía flotar como un globo plateado.

La adrenalina que le recorría las venas hizo que Joanne caminara a un ritmo más rápido del normal.

Si bien él era más alto que ella, tuvo que adaptar el paso para caminar cómodamente; solo los roces ocasionales de los muslos hacían que ella titubeara.

–Parece que tienes prisa por volver –comentó maliciosamente él.

Ella hizo un esfuerzo evidente por ir más despacio.

–Me alegro de que nuestro amigo haya dejado de seguirnos –continuó él.

Ella tardó un momento en captarlo.

–¿Te refieres al turista que…?

–Dudo mucho que fuera un turista. Creo que le han pagado para vigilarnos. Lo que quiere decir que la oposición sabe que estamos aquí.

–Ah.

–Tenía que pasar antes o después. Además, ¿a quién le importan los negocios cuando tiene cosas tan emocionantes en las que pensar? Antes no he podido cruzar más de un par de palabras con Paul, de modo que tendré que ponerme en contacto otra vez con él. En cualquier caso, intentaré no hacerte esperar demasiado –prometió delicadamente–. Luego tendremos toda la noche para descubrir qué es lo que te produce más placer…

Ella pensó con espanto que lo que menos le apetecía era disfrutar de lo que estaba a punto de sucederle. Pero, a pesar de su frigidez habitual, era posible que sucediera exactamente eso. Pero la única forma de conservar un vestigio de orgullo y de respeto por sí misma era permanecer inmóvil, sufrirlo.

–No quiero descubrir nada… –empezó a decir titubeante. Luego volvió a intentarlo–. En las situaciones en las que no me interesa…

–¿Tu placer? –terminó él al ver que ella no lo hacía–. Ya, pero a mí sí me interesa. Mi satisfacción depende de que mi pareja disfrute de lo que está pasando…

Joanne, con la garganta seca y un escalofrío que le recorría la espina dorsal, se preguntó desesperadamente si era mejor callarse o seguir replicando.

El sentido común le respondió que él estaba azuzándola y que responder sería seguirle el juego.

Pero podría venirle bien llevar la conversación a otro terreno que no fuera esa noche. Por lo menos, sería un alivio temporal.

Se agarró a la poca serenidad que le quedaba.

–En cuanto a tus problemas de trabajo, sé tan poco…

Él suspiró y la miró de soslayo con ojos burlones.

–Es una pena desperdiciar una noche tan maravillosa hablando de trabajo.

Ella miró fijamente al frente.

–Si tengo que comportarme como tu secretaria –afirmó ella con decisión–, no estaría de más que me pusieras en antecedentes.

–Quizá tengas razón –aceptó–. En un principio, los problemas de Dragon parecían ser los problemas cotidianos que entorpecen el funcionamiento de cualquier empresa, pero poco a poco se comprobó que era algo más que eso…

–¿Un tipo de sabotaje industrial?

–Sí. Entonces fue cuando mandé a Paul para intentar solucionar las cosas. Tendió una trampa y atrapó al responsable: un estibador llamado Mussen. El hombre estaba resentido porque se había despedido a su hermano del hotel DL por pequeños hurtos y él estaba convencido de que era inocente. Después de algunas conversaciones, di instrucciones para que Mussen conservara el trabajo, ya que su mujer está enferma y tiene cuatro hijos pequeños. También se readmitió a su hermano con la promesa de que tras seis meses de prueba volvería a su puesto de jefe de recepción. Eso terminó con los problemas durante algún tiempo. Hasta que empezaron a pasar cosas más preocupantes…

Joanne, sin poder quitarse de la cabeza la noche que le esperaba, escuchaba a medias.

–¿Qué tipo de cosas? –preguntó distraídamente.

–Fallos mecánicos. Por ejemplo, el *Midnight Dragon*, no podía navegar porque las puertas no se cerraban herméticamente. Luego se atascó una válvula de vapor y hubo una explosión en una sala de calderas. Como esa vez el sabotaje podía haber tenido consecuencias muy graves, pensamos en avisar a la policía, pero tanto Mussen como su hermano tenían coartadas y después de investigar a fondo, Paul no encontró ninguna prueba de que lo sucedido no hubiera sido un accidente. Después de meditarlo, decidimos no sacarlo a la luz para no dañar la reputación de la Dragon.

–¿No acabaron ahí los problemas?

–No. Los dos pensamos que la situación volvería a ser normal. Pero nos equivocamos. Hace dos semanas atacaron a un oficial de seguridad de un barco que había interceptado a un intruso y sufrió una ligera conmoción… y a primera hora de ayer, se declaró un incendio en el almacén de uno de nuestros hoteles. Gracias a la alarma y a un guarda de seguridad del turno de noche bien preparado, se sofocó rápidamente.

Ya habían llegado a las callejuelas cercanas al hotel. Llegarían al cabo de unos minutos. La idea hizo que se le humedecieran las palmas de las manos y que las rodillas le flaquearan.

Ella hizo un esfuerzo por atender a lo que él decía.

–¿No crees que el incendio fuera un accidente?

–El guarda, que había sido bombero, se alegró bastante de que el incendio hubiera sido provocado…

En ese momento, llegaron al hotel y Joanne se detuvo a mirar los dragones que se recortaban contra el cielo.

–¿Te gustaría conocer a los demás?

–¿Los demás?

–Los demás dragones de Lofoten.

Él la llevó a un costado del edificio, atravesaron una gran puerta de madera y entraron en un jardín alfombrado de hojas e iluminado por faroles.

Joanne miró alrededor y pensó que era como un jardín encantado.

La luz de la luna daba un tono blanquecino a la escena y hacía que los árboles y las plantas adquirieran un color plateado extraño y fantasmagórico. Los vivos colores del otoño solo se apreciaban en las zonas iluminadas.

Unos escalones llevaban de la terraza empedrada a otros niveles. A un lado, un arroyo discurría por una hondonada rebosante de helechos y un sendero se abría paso entre rocas para llevar a algún lugar secreto.

Brad la tomó de la mano, lo que hizo que toda ella se estremeciera, y la llevó por un camino hasta llegar a un puente que cruzaba el arroyo.

Al otro lado había un cenador de madera con un porche iluminado por faroles y un par de tumbonas.

Ella se acomodó en una y él se sentó en el suelo.

–¿Qué te parece? –dijo él mientras señalaba con una mano el terreno que se elevaba ante ellos.

Se camuflaban tan bien que le costó un poco distinguirlos, pero cuando lo hizo se rio por la sorpresa.

La ladera rocosa estaba llena de dragones de todas las formas y tamaños. Unos jugaban, otros dormían, uno los observaba entre la maleza, otro se rascaba.

Eran distintos y todos ellos amigables.

–¡Son maravillosos! –exclamó ella.

–Cuando era niño los adoraba; luego, cuando fui un adolescente, me parecieron infantiles y cursis…

–¿Y ahora?

–Ahora me parece que encajan en el lugar.

–¿Cómo han llegado hasta aquí?

–Los del tejado son de cuando se construyó la casa, pero estos se encargaron cuando se arregló el jardín, hace unos setenta años. A mi abuelo le encantaban los dragones. Los pusieron para complacerlo.

Era una historia muy bonita y él la contó con un tono romántico. Joanne pensó que en su vida no había habido romanticismo y suspiró por lo que se había perdido.

–Es una noche preciosa –comentó Brad como si respondiera al suspiro.

–Sí –confirmó ella.

Él la miró con ojos burlones.

–Perfecta para unos enamorados, ¿no crees?

Él le tomó la mano y le besó la palma.

El gesto hizo que ella temblara y la llenó de anhelo. Se puso rígida por el espanto que le produjo su reacción inesperada y apartó la mano.

–No, no lo creo.

Se agarró la chaqueta que llevaba todavía sobre los hombros y

se levantó de un salto.

Él se levantó también.

–Entonces, ¿qué te parecería perfecto? ¿Una luna nueva para formular un deseo? ¿Otro entorno? ¿Una compañía diferente?

–Lo último.

–Bueno, por lo menos eres sincera. Lo cual es un avance respecto a anoche, porque dijiste que encontrabas estimulantes a los hombres atractivos y poderosos.

La tomó de la barbilla y le inclinó la cabeza para mirarle la cara a la luz del farol.

–Claro, debí imaginármelo.

Las palabras hicieron que ella se ruborizara más aún.

Él se rio suavemente.

–Entonces, si no quieres disfrutar de un pequeño beso, ¿de qué podemos hablar?

–No lo sé –dijo ella.

–Anoche sí lo sabías. Si no recuerdo mal, dijiste: «preferiría hablar de usted, señor Lancing».

Imitó tan bien la voz de chiquilla, que ella se habría reído si no hubiera estado tan nerviosa.

Él suspiró teatralmente al ver que ella no decía nada.

–Si no sabemos de qué hablar, tendré que besarte.

Le soltó la barbilla y le sujetó las solapas de la chaqueta mientras la miraba pensativamente.

Tenía los oscuros ojos como platos por el espanto y la piel de la chaqueta daba un tono luminoso a la cara que a él le pareció delicioso.

–¿Preparada para el sacrificio? –preguntó él mientras ella levantaba los ojos para mirarlo.

Ella tenía la boca seca por los nervios y la excitación. Retuvo el aliento y esperó con una especie de impotencia mezclada con ansiedad que hizo que comprendiera con espanto que quería que la besara.

Él, que sí tenía experiencia, debió notarlo, pero aun así, se lo tomó con calma.

Cuando por fin inclinó la cabeza y le rozó la comisura de los labios, ella se quedó completamente paralizada.

Al cabo de unos segundos, recorrió sus labios con la boca; le dio besos seductores. Cuando se retiró para rozarle la mandíbula y la delicada piel de la barbilla, ella permaneció expectante, temblorosa, con los ojos cerrados y los labios separados.

Luego se encontró libre tan repentinamente, que titubeó.

–Ya está. El sacrificio ha terminado –dijo él con tono alegre–. No ha sido tan horrible, ¿no?

Ella sintió ira en vez de alivio.

–Qué horror –murmuró él–, pareces decepcionada. ¿Querías que te besara como Dios manda? ¿O quieres besarme tú a mí?

–Antes me cortaría el cuello.

Se giró sobre los tacones y volvió a cruzar el puente para tomar el camino que llevaba hacia la casa.

Él la alcanzó y se mantuvo a su lado sin esfuerzo. Ella estaba convencida de que él sonreía, aunque no lo miró.

–Podemos entrar por aquí –dijo él cuando llegaron a la terraza.

Abrió un par de puertas que parecían unos ventanales y la acompañó a una especie de sala para desayunos.

–¿Quieres beber algo antes de que subamos a la habitación?

–No, gracias.

En cuanto hubo pronunciado las palabras, deseó haber dicho lo contrario. Le habría dado tiempo para recuperar el aliento.

–Entonces podemos ir por aquí.

La acompañó hasta que llegaron a un pequeño pasillo y a su habitación.

Entraron en la sala, él encendió la luz y echó el pestillo, lo que hizo que ella se sintiera atrapada.

Joanne avanzó vacilante y él le quitó la chaqueta de los hombros y le besó la nuca.

–Si quieres, puedes ir preparándote para acostarte, yo iré en cuanto hable con Paul –dijo él.

Ella sintió una punzada en el estómago.

Se moriría tanto si la tocaba como si no.

–No te apresures por mí –dijo ella con pasión.

Él se rio. Aunque se asustara fácilmente, no le faltaba valor ni ánimo.

–Si no vienes nunca, no te echaré de menos…

Terminó la frase con un jadeo cuando él le tomó la cara entre las manos y le pasó los dedos por el pelo.

–«Me parece que la dama se queja demasiado» –citó él–. ¿Será porque te gusto? –añadió con sorna.

Ella se sintió aterrada de que él hubiera notado el conflicto interno que la abrumaba.

–Te desprecio –dijo ella.

A él le brillaron los ojos.

–Ahora me has ofendido… justo cuando pensaba que empezábamos a llevarnos bien –inclinó la cabeza hasta que los

labios estuvieron a pocos centímetros de los de ella–. Creo que me debes un beso como compensación.

–No quiero que me beses –dijo ella rotundamente.

–¿Serviría de algo que te imaginaras que soy Trevor?

–No.

–Alabado sea Dios –dijo él.

Antes de que ella pudiera tomar aire, él ya le había cubierto la boca con la suya.

Ella habría estado equivocada si hubiese esperado el mismo beso castigador que recibió la noche anterior.

Su boca, delicada en vez de imperante, la sedujo; la lengua le recorrió el contorno de los labios antes de introducirse entre ellos para acariciarlos por dentro.

Cuando ella los separó, él profundizó el beso.

Ella ardió por dentro como si hubieran arrojado una cerilla encendida en un depósito de gasolina y, por primera vez en su vida, supo lo que era sentirse devorada por la pasión. Una pasión al rojo vivo que le abrasó el alma y le derritió todos los huesos del cuerpo.

Él, al notar que ella se dejaba llevar, la rodeó con los brazos y los besos se volvieron más ardientes y exigentes, pedían y recibían una respuesta que añadía leña al fuego.

Cuando él levantó la cabeza, ella se agarró a él perpleja y anonada y, poco a poco, se dio cuenta de que en algún lugar cercano sonaba un teléfono.

Si bien él respiraba como si hubiera corrido una carrera, su recuperación fue mucho más rápida que la de ella. La dejó en la butaca más próxima y fue al despacho.

Ella se daba cuenta vagamente de que él hablaba por teléfono, pero no podía distinguir las palabras.

Brad volvió al cabo de un momento.

–Era Paul. Tengo que hablar con él. Si quieres irte a la cama…

Ella lo miró con las mejillas arreboladas, los ojos abiertos de par en par y la mirada perdida. Se levantó titubeante.

–Será mejor que te eche una mano.

Él se inclinó, la tomó en brazos, la llevó al dormitorio y la dejó en la cama.

Encendió la lámpara de la mesilla y corrió las cortinas.

–¿Necesitas ayuda para desvestirte?

Ella, muda por la facilidad con la que la había llevado en brazos, negó con la cabeza.

–Estaré contigo en cuanto termine de hablar con Paul.

Salió y cerró cuidadosamente la puerta.

Capítulo 6

Agitada hasta la médula, Joanne necesitó algunos minutos antes de que pudiera recuperarse lo suficiente como para poder ir al cuarto de baño a prepararse.

Miró a la mujer que se reflejaba en el espejo mientras se quitaba el maquillaje. Si bien el pelo y los ojos oscuros eran los mismos, la que la miraba a ella era una desconocida.

En lugar de un cutis pálido, había un color sonrosado en los pómulos y los ojos azules eran tan oscuros que parecían negros.

La boca también era diferente. Tenía la delicada madurez de una boca que acababa de recibir un beso de verdad.

Se había acostumbrado a pensar que era una mujer con una carencia, que era lo más parecido a una mujer frígida. Una mujer para la que la pasión y la atracción sexual serían desconocidas. Alguien incompleto.

La idea que tenía de sí misma había cambiado para mejor.

Si el hombre que había obrado ese milagro hubiera sido otro, ella se lo habría agradecido.

Pensó que a lo mejor debía estarle agradecida por muchas cosas. Por primera vez en su vida se sentía emocionalmente plena.

Si bien Brad Lancing era un canalla y estaba podrido hasta las entrañas, ella tenía algo dentro de sí que reaccionaba ante su virilidad, que cobraba vida cuando la tocaba.

Ojalá pudiera sentir esa pasión por un hombre decente; un hombre al que pudiera amar y casarse con él, que fuera un buen padre; un hombre con el que pudiera pasar el resto de su vida.

Miró el anillo que llevaba en el dedo y se acordó de Trevor; supo con certeza que él no era ese hombre.

La respuesta ardiente que había dado a Brad habría aterrado al pobre Trevor.

Era el tipo de hombre que se encontraba más cómodo con una existencia agradable, estable y con pocas ambiciones. Gris y monótona.

Vio las cosas claras y comprendió que la razón fundamental, quizá la única, por la que le había pedido que se casara con él era que la consideraba segura y acomodaticia.

Los mismos motivos por los que ella había pensado en aceptarlo.

Suspiró. Todo ello demostraba lo ciega, lo dormida emocionalmente que había estado para siquiera plantearse aceptar a un hombre que quería casarse con ella solo porque su madre quería nietos.

Reconoció lo que siempre había sabido. Trevor seguía agarrado a la falda de su madre y, aunque se casara, seguiría permitiendo que le organizara la vida.

No podía casarse con Trevor. Se alegraba de no haber aceptado y de haber pedido más tiempo. Eso le facilitaría el devolverle el anillo.

Si no hubiera aceptado llevarlo puesto…

El haberlo hecho aumentaría el enfado y la decepción de Trevor, pero el sentido común le decía que solo se sentiría herido su orgullo.

Sin embargo, ¿qué pasaría si al rechazar a Trevor no encontraba a nadie más? Como solía decir Milly, ella no era Miss Mundo.

Incluso en ese momento, ella sabía que no era de las que se metían en líos.

Pero ella quería brillo, emoción y amor en su vida, y aprovecharía las ocasiones.

Se cepilló el pelo y, desnuda, fue a la puerta para pasar al dormitorio. Se quedó petrificada con la mano en el picaporte.

Había estado tan absorta con el efecto que Brad le había producido, que no había vuelto a acordarse de él. ¿Estaría en la cama esperándola?

Sintió un nudo en la garganta que era una mezcla de nerviosismo, excitación y vergüenza. Se quedó clavada en el sitio mientras oía su propia respiración.

Sabía el efecto devastador que tenían en ella los besos de Brad y dudaba que pudiera permanecer inmóvil. Él debía de estar muy seguro de que ella era la compañía que buscaba, al menos en el aspecto sexual.

Después de haberle tomado el pelo con su experiencia, podía quedarse impresionado cuando descubriera, como haría sin duda, que su inexperiencia era absoluta.

Después de un minuto aproximadamente, se leyó la cartilla. No podía quedarse en el cuarto de baño indefinidamente. Si Brad decidía ir a buscarla, ella se sentiría estúpida y cobarde.

Lo menos que podía hacer era salir de allí con la cabeza muy

alta y afrontar la situación. Se puso el albornoz y abrió la puerta con una especie de vértigo que la excitaba.

La cama y el cuarto estaban vacíos.

No sabía si sentir alivio o rabia. En cierto modo, la espera era peor.

Colgó el albornoz en la puerta del cuarto de baño, guardó el anillo en uno de los bolsillos que tenía la maleta y sacó un camisón que se puso.

Le llegaba a mitad de la pantorrilla, era de seda color marfil y tenía unos lazos que unían las dos piezas en la cintura.

El camisón, junto con otro camisón color café y un salto de cama, habían sido un regalo de Navidad de Milly y Duncan que no había usado hasta ese momento.

«Ya iba siendo hora de que tuvieras algo joven y seductor, en vez de esas cosas espantosas de pobre huerfanita que llevas», dijo Milly.

Pero Joanne había estado muy contenta con sus camisones de algodón victorianos, hasta que parecieron hacerle tanta gracia a Brad.

Cuando se puso a hacer la maleta, se acordó de la gracia que le había hecho y guardó la seda en vez del algodón en un arrebato de orgullo herido.

Se alegraba de haberlo hecho.

Dejó el salto de cama en la butaca y se acostó. Dudó si debería esperar con la luz encendida.

Si lo hacía, parecería que estaba esperándolo.

Quizá fuera mejor apagarla y parecer tranquila.

Apagó la luz y cerró los ojos. ¿Tardaría mucho en terminar sus asuntos? Ella no tenía experiencia, pero estaba segura de que él se había excitado tanto como ella.

Volvió a sentir el anhelo en todo el cuerpo y la espera se le hacía interminable.

Se encontró imaginándose cómo sería cuando él apareciera. Cuando la besara y la acariciara. Cuando le hiciera el amor.

Notó que las mejillas le ardían.

Pero no sería amor, se recordó. Sería lujuria. Esa reflexión debería haberla deprimido, pero por algún motivo no lo hizo. Sabía perfectamente la clase de hombre que era y seguía deseándolo con un anhelo que la asombró.

Si bien su parte sensata le decía que después lo lamentaría amargamente, el orgullo no disipaba su necesidad.

Antes, cuando Milly se relacionaba con muchachos poco

aconsejables, ella se preguntaba por qué su hermana no se controlaba.

En ese momento lo sabía.

Encendió la luz con impaciencia y miró el reloj. Llevaba más de una hora fuera. ¿Qué demonios lo retendría?

Se levantó y abrió la puerta de la sala.

Las cortinas estaban echadas y la habitación estaba en penumbra, tan solo iluminada por el resplandor rojizo de la estufa.

Debía estar trabajando en la mesa.

Pero la puerta del despacho estaba entreabierta y tampoco vio ninguna luz encendida.

Llena de curiosidad, cruzó la habitación y abrió la puerta. La habitación estaba vacía.

Sintió una decepción amarga y se dio la vuelta.

Había hecho una cama en el sofá y él estaba tumbado de espaldas con la colcha tapándolo hasta la cintura y las manos debajo de la cabeza. Los ojos resplandecieron con la luz de las brasas.

Estaba desnudo de cintura para arriba y ella supuso que el resto del cuerpo estaría igual. Parecía un anuncio sexy de alguna colonia masculina.

Permaneció de pie completamente desconcertada y sin poder apartar la mirada de él.

–Vaya, vaya… –murmuró él–. Pensaba que estarías dormida.

–No podía dormir –dijo ella sin saber por qué.

–La insatisfacción es un infierno –dijo él con tono irónico–. Pero ya que has venido a buscarme, creo que podríamos hacer algo al respecto.

Ella, abochornada y cohibida, se quedó clavada en el suelo sin hacer nada por tomar la mano que él le ofrecía.

–Ven –le ordenó delicadamente él.

Ella no se movió.

–Si tengo que ir yo por ti…

No terminó la amenaza, pero fue suficiente para conseguir que las vacilantes piernas de ella se pusieran en movimiento y, como hipnotizada, dio unos pasos hacia el sofá.

–Más cerca –dijo inexorablemente él.

Cuando estuvo junto al sofá, él alargó la mano y acarició la suave seda que le cubría el muslo. Todos los nervios de ella se aguzaron.

–La imagen victoriana tenía cierto encanto, pero prefiero esta

mezcla entre sexy y virginal.

Ella esperó con la boca completamente seca.

Él tomó la mano izquierda de ella.

–Veo que te has quitado el anillo de Trevor.

Ella pensó sombríamente que no se le escapaba detalle.

–He decidido que era un error llevarlo puesto.

–¿Por qué era un error?

–Bueno, me he… me he dado cuenta de que no lo quería lo suficiente.

–Me dijiste que lo querías.

–Quizá decir que lo quería era demasiado. Me… gusta.

–¿Él te quiere?

–No lo creo.

–Cuando te pregunté si él te prometió amor eterno, me dijiste que sí.

–No era verdad –reconoció ella–. Nunca hablamos de amor. Él me considera apropiada.

–Entonces, ¿has roto el compromiso?

–Nunca lo hubo en realidad –reconoció ella.

–De modo que la versión de tu hermana era la verdadera…

Joanne asintió con la cabeza sin decir nada.

–Mejor –añadió él para sorpresa de ella–. No acababa de sentirme cómodo con la idea de acostarme con la prometida de otro hombre. Dime, ¿por qué llevabas el anillo?

–Trevor me lo puso en el dedo y le prometí llevarlo hasta que tomara una decisión. Ya la he tomado.

–¿Es tu decisión definitiva?

–Sí. Dadas las circunstancias, he decidido que no puedo casarme con él.

–¿Dadas las circunstancias? –repitió Brad en voz baja–. Si no llega a ser por las circunstancias, ¿te habrías casado con él?

–Quizá –respondió ella pensativamente.

Vio que él fruncía las tupidas cejas.

–Pero me he dado cuenta de que habría sido un lamentable error –añadió Joanne.

–Debo decir que me alegro. Un matrimonio como ese no habría funcionado.

–¿Qué te hace pensarlo? –preguntó ella.

–Para empezar, tú eres demasiado cariñosa y apasionada para un témpano como Trevor… –ella sintió una sensación extraña al oír que la llamaba apasionada– y para continuar, el matrimonio es cosa de dos, no de tres. Solo me asombra que en algún momento

te plantearas aceptarlo.

A ella también la asombraba en ese momento.

–Teníamos mucho en común… o al menos, yo creía que lo teníamos… –dijo ella débilmente.

–Yo creo que nosotros tenemos mucho más –dijo él sorprendiéndola–. Podemos empezar comprobando cómo nos entendemos sexualmente.

Ella empezó a temblar por la tensión.

Él dio un tirón de la mano que sujetaba todavía y ella cayó encima de él con un grito de sorpresa.

La rodeó con un brazo, la estrechó contra el pecho desnudo y escondió la cara en el cuello de ella.

Esa especie de juego brusco y desordenado era lo último que ella esperaba y, en un arrebato de dignidad herida, apoyó las manos en el pecho de él para apartarse.

Él, entre risas, se dio la vuelta y la colocó debajo aplastándola y sin dejarla respirar. Luego la besó en el sensible punto de unión entre el cuello y los hombros.

Ella intentó emitir una queja mientras la boca de él y la calidez de su cuerpo desnudo sobre la seda hacían que ella sintiera oleadas de deseo por todo el cuerpo.

–¿No te gusta jugar? –preguntó él con seriedad.

–Es que me has tomado por sorpresa…

–Esa era mi intención. Libera la tensión –la besó en la punta de la nariz–. ¿Trevor no juega a juegos amorosos?

–No.

–¿Y tus otros amantes?

Ella permaneció en silencio sin saber qué responder.

Él arqueó una ceja.

–¿Es que no ha habido otros amantes?

Ella siguió sin responder.

–Da igual, dentro de poco, para mi satisfacción y para la tuya, espero, lo comprobaré por mí mismo. Pero antes, quiero mirarte.

La liberó de su peso y un instante después la tomó en brazos para tumbarla sobre la alfombra de piel de cabra que había delante de la estufa.

Él, absorto, le retiró los tirantes y bajó el camisón hasta quitárselo completamente.

Contuvo la respiración mientras la miraba a la luz de la lumbre. Era la criatura más maravillosa que había visto.

–Pareces tan perfecta como una estatua dorada.

–Soy cualquier cosa menos perfecta –replicó ella sin aliento–.

Tengo un lunar.

–Efectivamente –el tono era de fascinación–. Lo cual te hace más perfecta todavía. En realidad, no me gustaba la idea de acostarme con una estatua.

Él se inclinó y besó el pequeño punto oscuro que tenía en el vientre completamente liso antes de restregar la cara contra la suavidad de los pechos.

La leve aspereza de la piel de él añadía una nueva dimensión al placer y ella jadeó.

Él levantó ligeramente la cabeza.

–Una piel sin afeitar puede ser fatal para una piel tan delicada; si llego a saberlo, me habría afeitado otra vez, si quieres…

–¡No! No hace falta –no podía soportar que él la dejara en ese momento–. Me gusta, realmente me gusta –añadió precipitadamente mientras oía una risa sorda de él.

Luego él cerró los ojos y le recorrió los pechos con los labios buscando a ciegas los pezones.

Al encontrar uno, se lo metió en la boca y succionó con suavidad. Ella emitió unos sonidos sordos desde el fondo de la garganta y, cuando él bajó las manos para aumentar el placer, ella se encontró implorándole.

–Por favor… Ah, por favor…

Él no se apresuró y la condujo por un laberinto de deleite mientras se complacía en acariciar y paladear cada centímetro del cuerpo hasta que toda ella se estremeció en una oleada de sensaciones.

Cuando ella le rogó entre balbuceos que parara, él se rio.

–Mi pequeña inocente, no he hecho más que empezar.

Ella volvió a sentir el peso de él como una sobrecarga sensual y estaba segura de que no podría llegar más lejos. Pero volvió a comprobar lo equivocada que estaba cuando él entró en ella y la llevó a un éxtasis que nunca había soñado conocer.

Quedó con la cabeza apoyada sobre el hombro de él mientras el resplandor de la estufa calentaba su piel desnuda y comprendió que era completamente feliz.

–¿Por qué me dijiste que tenías un montón de experiencia? –le preguntó delicadamente él con la mejilla sobre el pelo de ella.

–No estoy segura. Me pareció que era parte del juego que estábamos jugando.

–Un juego para el que no tenías agallas, a juzgar por tu mirada. Dime, ¿cuántos amantes has tenido?

–Ninguno, aparte de ti.

–Es lo que me imaginaba, pero no podía creérmelo. ¿Te ha pasado algo que te hiciera rechazar las relaciones sexuales?

–No. Sencillamente no me pasaba nada bueno. Llegué a pensar que no podía… pero una parte de mí seguía queriendo tener un hogar e hijos…

–¿Por eso te planteaste casarte con un hombre como Trevor?

–Sí.

Él movió la cabeza de lado a lado.

–Una vida tan gris podría haber destrozado una vida como la tuya… o al menos hacerte tanto daño como yo te he hecho.

–Tú no me has hecho daño –negó ella con un bostezo.

–Al obligarte a acompañarme a Noruega he alterado el curso de tu vida.

A ella se le cerraban los ojos y flotaba en un cálido mar de satisfacción.

–Solo puedo estarte agradecida.

Ella estaba profundamente dormida cuando él se apartó para recoger el camisón y la tomó en brazos.

–Será mejor que te lleve a la cama. Pronto empezará a hacer frío –murmuró.

La llevó al dormitorio, la arropó y se inclinó para besarla delicadamente antes de apagar la luz.

Un rayo de luz entraba a través de las cortinas cuando Joanne se despertó. Era consciente de estar en la cama, pero no recordaba cómo había llegado hasta allí.

Lo último que recordaba era estar en brazos de Brad frente a la estufa. Todavía le duraba la euforia que había sentido en ese momento.

Suspiró y se estiró como si estuviera en una burbuja dorada de felicidad. Notaba algunas partes del cuerpo sensibles, pero a la vez lo sentía lustroso y satisfecho como un gato saciado de leche. Su mente, como en un sueño delicioso, se mantenía al margen de la situación real.

Permaneció un rato saboreando esa sensación extraordinaria de júbilo, hasta que giró la cabeza para ver al hombre que le había hecho un regalo tan valioso.

La almohada estaba lisa y sin tocar. Por el motivo que fuera, Brad había vuelto al sofá en vez de compartir la cama con ella.

Frunció el ceño y se preguntó por qué. No podía ser por motivos morales.

¿O sí?

Empezaba a pensar que no era el hombre que había pensado en un principio.

Si bien la había coaccionado para que fuera con él a Noruega, también había reconocido que no se sentía muy cómodo con la idea de acostarse con la prometida de otro hombre.

Pero ella le había explicado que nunca había existido compromiso. Entonces, ¿cuál era el problema?

Brad y ella eran personas adultas y libres. Ella había ido por él, de modo que no podría acusarlo de haberla obligado a nada.

Ella había ido por él… Solo de recordarlo debería sentirse avergonzada y humillada, pero no lo estaba.

Por una vez en su vida, había actuado de una forma completamente libre y había dejado a un lado el sentido común y el decoro.

El remordimiento debería corroerla, pero ni siquiera la visión del camisón en el respaldo de la butaca hacía que se arrepintiera.

¿Se arrepentiría Brad?

Él había disfrutado al hacer el amor con ella, aunque hubiera sabido lo ingenua que era en cuestiones sexuales. Entonces, ¿por qué se había ido a dormir solo en el sofá? ¿Por qué no se había acostado junto a ella?

Si lo hubiera hecho, se habría puesto a horcajadas sobre él y le habría acariciado su… Le habría pasado los dedos por los pezones y por los músculos que se ocultaban bajo la suave piel; le habría recorrido el vientre liso para jugar con los rizos oscuros del vello púbico.

Atónita por su sensualidad desbocada, fue desnuda al cuarto de baño para ducharse y lavarse los dientes.

Cuando estaba debajo del chorro de agua caliente y se enjabonaba los pechos, se acordó de Milly y se sintió absurdamente culpable.

¿Por qué iba a sentirse culpable?

Ella no había hecho nada para quedarse con el hombre que le gustaba a su hermana. Solo había querido salvar el matrimonio de Milly y eso era lo que había hecho.

La joven pareja había empezado una vida nueva en Escocia y, con un poco de suerte, Milly olvidaría pronto el estúpido enamoramiento.

Aunque resultaba realmente irónico que, habiendo sido capaz de salvar a Milly de una relación que podía haber sido tan peligrosa y destructiva, no hubiera sido capaz de salvarse ella.

Ya no lo haría aunque pudiera.

Joanne se vistió con una falda de lino y una camisa color avena, se cepilló el pelo y, tras dudarlo un segundo, se lo dejó suelto. Como le gustaba a su amante.

La idea le surgió inesperadamente en la cabeza e hizo que sintiera emoción. Nunca se había imaginado con un amante tan maravilloso y sensual como Brad.

Fue hacia la puerta con el corazón en un puño y se preguntó qué haría él. ¿Le alargaría la mano y sonreiría o la abrazaría y la besaría?

No hizo ninguna de las dos cosas.

Cuando abrió la puerta y entró en la habitación, él apartó el documento que estaba leyendo y se levantó.

Llevaba unos pantalones color piedra y un polo negro. Lucía un atractivo y viril aspecto.

Ella había deseado verlo con toda su alma, pero en el momento en que sus ojos se encontraron, ella notó que se ruborizaba.

–Buenos días. Espero que hayas dormido bien.

Lo dijo amable y amistosamente, pero ni el tono ni la actitud eran de un amante.

–Sí… gracias.

Desconcertada, se dio cuenta de que tartamudeaba.

–Estaba a punto de llamarte. El desayuno debe estar a punto de llegar.

Se oyó una llamada en la puerta.

–Adelante –dijo él.

La puerta se abrió y dio paso a una joven rubia que empujaba un carrito.

–Gracias, Lys. Puedes dejarlo aquí mismo.

Ella le sonrió fugaz e impacientemente y salió sin decir una palabra.

Brad apartó el sofá, donde no quedaba rastro de la cama, llevó el carrito delante de la ventana y colocó una silla a cada lado.

Luego se volvió hacia Joanne, que deambulaba sin saber qué hacer.

–¿Dónde quieres sentarte?

–No me importa lo más mínimo.

Se sentó en la silla que él apartó.

Él se sentó enfrente y arqueó una ceja.

–¿Té o café?

–Café, por favor.

Mientras él levantaba la cafetera y llenaba las dos tazas, ella pensó que a pesar de la intimidad de la noche anterior, o quizá precisamente por ello, se comportaban como dos desconocidos.

–¿Qué te apetece comer?

En el carrito había tostadas, mermelada, carne fría, quesos y pescado.

Ella estaba a punto de decidirse por las tostadas con mermelada cuando él la miró con un brillo en los ojos.

–¿Por qué no pruebas el arenque? Si te atreves.

Ella se animó por la picardía.

–Me encantaría.

Él le sirvió una ración generosa y le pasó el plato.

Ella lo aceptó antes de darle las gracias.

–Sospecho firmemente que esperabas poder llamarme cobarde –añadió ella.

Él sonrió y a ella le dio un vuelco el corazón.

–Lo último que te llamaría es cobarde, pero tengo que reconocer que me has sorprendido. Ninguna de las mujeres que he conocido lo probaría. Aunque es muy sabroso.

–En realidad, estás predicando a los conversos. Me encantan los ahumados –dijo ella mientras observaba cómo él se servía un poco.

Echó la cabeza hacia atrás y se rio.

–Empiezo a comprobar que eres una mujer con muchas facetas.

Ella no podía quitarse de la cabeza la presencia de él y su poderosa virilidad, pero hizo todo lo posible por concentrarse en el desayuno, aunque cada vez que levantaba la mirada se encontraba con los ojos de él.

Se sentía cada vez más incómoda por sentirse analizada y tenía que decir algo.

–¿Has hablado con Paul Randall?

–Sí –Brad frunció el ceño.

–¿Pasa algo?

–Esta noche ha habido algún problema. Nada grave, pero lo suficiente como para herir a un miembro de la tripulación e impedir que zarpara un barco. Lo malo es que cuanto más duren los sabotajes, más probabilidades habrá de que alguien resulte gravemente herido.

–¿No crees que quien esté detrás de todo esto dejará de hacerlo?

Brad negó con la cabeza.

–El señor X, por llamarlo de alguna forma, ha ido acortando el tiempo entre los ataques. Estoy seguro de que con la intención de traerme hasta aquí.

–¿Por qué querría hacer eso?

–Es más fácil tratar con la oposición en terreno propio, pero puedo sorprenderlo.

–No sé cómo vas a sorprenderlo si no sabes dónde se producirá el próximo ataque.

–Lo cierto es que es más fácil luchar en una guerra abierta y declarada y está claro que esa persona prefiere un enfrentamiento encubierto. Como dijiste cuando salimos del aeropuerto, parece una novela de espías… –él notó que ella se estremecía ligeramente–. No hay motivo para preocuparse. Tú no tienes nada que temer.

–Lo que quiere decir que tú sí lo tienes.

–Es posible. Paul ya ha tenido algún problema, que ha podido ser accidental o no.

–¿Qué tipo de problema?

–Le fallaron los frenos del coche. Afortunadamente, estaba entrando en el garaje de su casa y solo rompió uno de los faros. Le he dicho que no hable del asunto y que lleve el coche a examinar para ver si se manipularon los frenos –se levantó y se estiró con la flexibilidad de un gato grande–. Pero ya está bien de problemas… Es domingo y he pensado que prefiero hacer el vago a trabajar.

–Ah –dijo ella, que no sabía si eso quería decir que iba a dejarla abandonada a su suerte.

–¿Qué pasa? ¿Querías trabajar?

Ella negó con la cabeza.

–Entonces, hace un día tan bonito que te llevaré al monte Floyen. En la cima hay un mirador desde el que se ve toda la ciudad a vista de pájaro.

Él actuaba como un anfitrión amable y algo distante, pero ella notó que se le elevaba el ánimo. Él no tenía intención de dejarla. Estarían juntos.

Aunque le resultara extraño, lo único que le importaba de verdad era estar con él.

–No se prevén lluvias –siguió diciendo Brad–, de modo que no necesitarás más que una chaqueta por si refresca.

–Iré por una –dijo impacientemente ella.

Caminaron algo más de un kilómetro por las soleadas y agradables calles de Bergen antes de llegar a una puerta de cristal que era la entrada a la estación.

–Floyen tiene unos tres mil metros de altura –le dijo Brad–, así que casi todo el mundo toma el *Floybanen.*

El funicular estaba lleno de turistas con mochilas, pero consiguieron un asiento sin dificultad.

Joanne, alterada por el contacto del musculoso muslo de Brad contra el suyo, miraba fijamente por la ventana mientras ascendían lentamente.

Había varias paradas intermedias antes de llegar a la cima, pero a ella, que estaba distraída por cuestiones más personales, se le hizo corto.

Al llegar, Brad la ayudó a salir y, tomándola de la mano, la llevó hasta una espaciosa plataforma que parecía estar suspendida en el aire.

Ella se quedó boquiabierta. Diseminada debajo de ellos, Bergen, resplandeciente con los colores otoñales, parecía una maqueta a escala perfecta rodeada por un collar de islas verdes y doradas como piedras preciosas sobre un mar de lapislázuli.

–Es impresionante –dijo ella.

–Siempre me lo ha parecido.

Después de pasar un rato admirando la vista, se fueron hacia un pequeño pueblo.

–Espérame aquí –le ordenó Brad cuando llegaron a un banco de madera.

Joanne se sentó obedientemente mientras veía alejarse los magníficos hombros de Brad.

Cuando volvió, llevaba dos cucuruchos largos y rizados en las manos.

Le entregó uno a Joanne.

–No podía permitir que te perdieras uno de los festines favoritos de mi infancia –dijo Brad con una sonrisa.

Los dos, sentados al sol uno al lado del otro, empezaron a paladear un helado mezclado con naranjas, melocotones, cerezas y nueces caramelizadas.

Joanne, mientras mordisqueaba la parte superior del crujiente cucurucho como había hecho cuando era una niña, pensó en el hombre que estaba junto a ella.

Brad había dicho que ella era una mujer con muchas facetas. En ese momento se daba cuenta de que lo mismo se podía decir de él.

El hombre sofisticado y mundano que había conocido se había desvanecido, y en su lugar estaba uno despreocupado como un niño.

Uno al que podía amar.

Capítulo 7

Era imposible, cómo podía pensar eso. No podía olvidar su reputación de conquistador; no podía olvidar a Milly.

Nunca podría amar a Brad.

La atracción era una cosa. Física. Efímera. Un magnetismo superficial que podía acabar ampliándose o desapareciendo por falta de raíces. No se necesitaban los sentimientos, salvo los evidentes.

El amor verdadero era otra cosa. Era profundo y duradero, era una semilla que una vez arraigada, crecía y florecía hasta convertirse en otra cosa. Un sentimiento que, si se tenía suerte, cambiaría y duraría toda una vida.

Pero, ¿cómo lo sabría? Ella, que no había estado enamorada nunca. Lo que sí sabía, se dijo firmemente, era que lo que sentía por Brad era una mera atracción sexual.

Fuera lo que fuese, él era sencillamente irresistible.

Lo miró disimuladamente y vio que tenía los ojos entornados por el sol, el pelo algo despeinado y un trozo de melocotón en el labio inferior.

Mientras lo miraba fascinada, él lo retiró limpiamente con la punta de la lengua y, como si notara la atención de ella, se volvió para mirarla. Aunque notó que se sonrojaba, ella fue incapaz de apartar la mirada, como si los ojos de él la hubieran atrapado. Eran unos ojos fascinantes como pozas cubiertas por el musgo con un anillo de un verde más oscuro alrededor del iris y unas diminutas manchas doradas que flotaban en lo más profundo.

Ella lo miró hipnotizada hasta que él rompió el hechizo.

–Somos un par de cochinos –dijo desenfadadamente mientras se inclinaba para limpiarle con la lengua un poco de helado que tenía en la comisura de los labios.

Ese pequeño gesto erótico hizo que a ella se le desbocara el corazón.

Apartó la mirada precipitadamente y se concentró en el helado. Cuando lo terminó, se lamió los dedos.

Brad agarró su chaqueta y sacó una botella de agua y un pañuelo del bolsillo. Lo mojó y se lo dio a Joanne.

–Gracias, ¿has sido boy scout?

Él sonrió y se limpió las manos.

–No, pero la experiencia me ha enseñado a estar preparado.

–Ha sido una delicia –dijo ella mientras se limpiaba también los dedos.

–Tú también lo eres.

Ella se sintió emocionada por el halago y contuvo la respiración sin disimulo mientras le daba con manos temblorosas el pañuelo.

–Podíamos dar un paseo si te apetece –propuso él.

–Me apetece mucho.

Ella se levantó sin mirarlo para que no notara el torbellino de sensaciones que la abrumaban.

–No creo que ese tipo nos haya seguido hasta aquí –continuó él–, pero si lo ha hecho tendrá que hacer un poco de ejercicio.

Lo dijo con tanta tranquilidad, que Joanne decidió no preocuparse para no estropear un día tan bonito.

Él pasó la mano de Joanne alrededor de su brazo.

–Si recorremos la ruta circular, estaremos en este punto a la hora de comer.

–Parece perfecto.

Era un día de otoño ideal, lleno de quietud y aromas y con el aire dorado tan tonificante como el champán.

Tomaron un sendero en el que el sol se filtraba a través de las ramas de los árboles. Caminaron en silencio y disfrutando de la sensación de tener una moqueta de agujas de pinos bajo los pies.

Eran casi las dos cuando, habiendo recorrido casi todo el circuito, llegaron a un hotel de cuento de hadas que colgaba de un saliente impresionante.

–He pensado que podemos comer en Trondheim –dijo Brad–. Tiene unas vistas preciosas.

Era tan idílico que ella, incapaz de hablar por la felicidad, asintió con la cabeza.

Los acompañaron a la terraza, donde se sentaron a una mesa cubierta por una sombrilla. Luego les sirvieron un vino blanco frío y una ensalada excelente.

Habían terminado la tranquila comida y tomaban café cuando una mujer rubia, elegantemente vestida y de proporciones esculturales se acercó a la mesa.

–¡Brad, cariño! –gritó ella–. He estado intentando ponerme en contacto contigo para invitarte a mi fiesta, pero en tu oficina me dijeron que estabas fuera. ¿Por qué no me has avisado de que

venías?

–Erika… –él dejó la servilleta en la mesa y se levantó.

Joanne calculó que tendría veintipocos años y era casi tan alta como él. Los tacones hacían que las miradas quedaran a la misma altura. Al cabo de unos segundos, ella tenía los brazos alrededor del cuello de Brad y lo besaba en los labios.

Él permaneció quieto durante unos segundos y luego, tras desembarazarse de los brazos de ella, se apartó para observarla de arriba abajo. Un pelo rubio colgaba liso y lustroso y enmarcaba un rostro ovalado de rasgos perfectos y con unos ojos de un azul pálido y glacial.

–Erika, estás tan guapa como siempre –comentó él con una educación un tanto fría.

Luego se volvió hacia Joanne.

–Joanne, te presento a la señora Reiersen. Erika, ella es mi secretaria, la señorita Winslow.

–Encantada –murmuró Joanne.

La mirada de la rubia pasó sobre ella con desdén y, sin dignarse a responder, se volvió hacia Brad.

–¿Desde cuándo estás aquí?

–Llegué ayer.

–Estoy muy enfadada de que hayas venido a Bergen sin avisarme. Papá lo estará también.

–Fue una decisión repentina.

–Bueno, te perdono si vienes a mi fiesta.

–¿Cuándo es?

–Esta noche… así que has llegado justo a tiempo. Es para celebrar mi divorcio. A partir de este momento, soy una mujer libre –mostró las manos sin anillos.

–Bueno, yo…

–Sé que papá esperará que vayas. Aunque es una fiesta, estoy segura de que querrá hablar de negocios contigo, pero no le dejaré que te monopolice. Paul Randall viene también, de modo que no puedes faltar.

A Joanne le pareció que el ansia de la rubia y el motivo para dar la fiesta eran penosos.

Un joven rubio, con barba y bronceado apareció junto a ella.

–¿Estás preparada, Erika? –preguntó con una mirada hostil hacia Brad.

Ella no le hizo el más mínimo caso y posó una mano perfectamente cuidada sobre el brazo de Brad.

–Prométeme que irás –le apremió.

–Supongo que la invitación incluye a la señorita Winslow.

–¿Para qué demonios quieres llevar a tu secretaria? –preguntó groseramente–. ¿Vendrás?

–Me temo que he prometido a la señorita Winslow que la llevaría al Kirkesen esta noche –dijo él con un tono de lamentación.

–Bueno, estoy segura de que a ella no le importará…

– A mí no me importa…

Las dos mujeres hablaron a la vez.

–La señorita Winslow no conoce Noruega y no quiero dejarla sola en la habitación del hotel.

–Por el amor de Dios –dijo Erika con irritación–. No es una niña, puede salir sola si quiere…

Miró a Brad y comprendió que estaba perdiendo el tiempo.

–De acuerdo, llévala si crees que tienes que hacerlo. Os espero a las siete.

Ella le puso la boca para que la besara.

Él le dio un casto beso en la mejilla.

Ella se dio la vuelta visiblemente decepcionada.

Su joven acompañante fue tras ella.

–Nunca fue un tipo muy educado –comentó Brad mientras se sentaba– y los celos no lo han mejorado. Te pido disculpas por la grosería de Erika. Espero que no se lo tengas en cuenta. Verás –añadió con un tono tolerante–, la culpa no es completamente suya. Siempre ha sido la niña de los ojos de su padre y él le ha consentido todo.

–Claro que no se lo tengo en cuenta. En realidad, me ha dado cierta lástima. Que un matrimonio se rompa no puede ser divertido.

–Sobre todo cuando ya lleva otras dos relaciones que acabaron mal, pero ese tipo de educación no favorece el deseo de compromiso. Ni crea una base para la felicidad conyugal. Además, tuvo la desgracia de casarse con su primo, por lo que tenían muchos defectos comunes.

–¿Cuánto ha durado el matrimonio?

–Se separaron al cabo de unos meses.

Unos meses y estaba celebrando estar soltera otra vez…

–Para mí –añadió Brad como si le hubiera leído el pensamiento–, el divorcio sabe a fracaso y no creo que sea un buen motivo para hacer una fiesta. No tendremos que quedarnos mucho tiempo.

A Joanne toda la situación la disgustaba profundamente.

–Creo que deberías ir solo.

–No quiero ir solo. Resulta que quiero que vayas conmigo.

–Eres muy amable por preocuparte por mí, pero no me importa que me dejes.

–No tengo intención de dejarte.

Ella renunció a ser diplomática.

–Y yo no tengo la intención de ir a una fiesta donde la anfitriona no quiere que vaya.

–Erika puede parecer un poco brusca, pero estoy seguro de que estará encantada de que vayamos los dos –la tranquilizó delicadamente Brad.

–¡Encantadísima! –murmuró Joanne entre dientes.

–En cualquier caso, yo quiero que vayas.

Ella se mordió el labio dispuesta a no dar su brazo a torcer. No iría ni arrastrada.

–¿Quieres más café? –le preguntó él mientras miraba la cara obstinada de ella.

–No, gracias –contestó ella lacónicamente.

–Entonces, será mejor que nos vayamos. Se puede bajar a la ciudad por Fjellvein, pero creo que ya hemos andado bastante por hoy. Sobre todo cuando esta noche bailaremos –añadió intencionadamente.

Ella no dijo nada y él, que tomó el silencio como una aceptación, pasó la mano de ella alrededor de su brazo. Llegaron a la estación del funicular y comprobaron que acababa de salir.

Tendrían que esperar media hora hasta que saliera el siguiente y se sentaron en un banco. Joanne se encontró preguntándose cuál sería la relación de Brad con Erika. A juzgar por el beso que ella le había dado, debía haber sido bastante íntima.

¿Haber sido o lo sería todavía? Brad había dicho algo sobre los celos del joven.

Pero, seguramente, la relación habría terminado, si no Brad la habría avisado de que iba Bergen.

Eran casi las seis y cuarto cuando llegaron a Lofoten.

–Te apetecerá una taza de té –propuso Brad.

Joanne, que había pensado que la llevaría directamente a la habitación, se tranquilizó.

–¿Dónde has aprendido a leer el pensamiento?

–En lo que se refiere a ti, me parece muy fácil –contestó con un brillo en los ojos.

Ella se enfadó consigo misma por haberle dado pie.

El vestíbulo estaba vacío y cuando Helga levantó la cabeza

para saludarlos, Brad le encargó el té.

–Tengo que hacer una cosa antes de que subamos, pero no tardaré –dijo él cuando Joanne se hubo sentado delante de la estufa.

Un instante después, él había desaparecido por la entrada principal.

Ella ya había tomado dos tazas y empezaba a preguntarse dónde habría tenido que ir cuando él apareció.

–¿Quieres té? –preguntó ella.

Él sacudió la cabeza.

–No tenemos tiempo. Son casi las siete y tienes que arreglarte.

–Si has pensado por un minuto que voy a ir a la fiesta… –empezó a decir ella con rabia.

–Shhh… –le puso un dedo en los labios y miró hacia Helga–. No debemos discutir delante del personal. El ascensor no está aquí, llegaremos antes por las escaleras.

Los tablones de madera crujían bajo el peso de los dos mientras ella lo acompañaba rumiando la obstinación.

–Ahora –dijo él en cuanto cerraron la puerta de la habitación– los dos tenemos que ducharnos y cambiarnos. Voy a pedir un taxi, de modo que si quieres tener una discusión, será mejor que te des prisa.

El reloj dio las campanadas como si quisiera añadir énfasis a las palabras de él.

–No quiero tener una discusión –dijo ella con toda la tranquilidad que pudo.

–Perfecto. En ese caso, podemos arreglarnos.

–Yo no tengo que arreglarme. No quiero ir a la fiesta.

Él movió la cabeza con aire de paciencia.

–Quizá te hayas olvidado de que lo único que importa es lo que yo quiera y quiero que me acompañes.

–Quiero quedarme.

–Pero no tienes elección –dijo él secamente–. Por favor, ve a arreglarte.

–No lo haré.

Él no cambió de expresión, pero ella se quedó aterrada al notar que lo dominaba la ira.

Pero, ¿qué podía hacerle? No le haría daño. ¿O sí? Si bien la idea se le pasó por la cabeza, ella estaba segura de que él no golpearía a una mujer.

Él se acercó a ella y le levantó la barbilla hasta que tuvo que mirarlo.

–Haz lo que he dicho, Joanne –insistió él.

Los ojos azules chocaron con los verdes.

Ella intentó aguantarle la mirada, pero la fuerza de voluntad de él era mayor que la suya. Bajó los ojos, se dio la vuelta y salió corriendo mientras notaba que el valor la abandonaba repentinamente.

Se duchó, se cepilló el pelo y se lo peinó en un elegante moño antes de maquillarse.

Él no podría acusarla de no intentar estar lo más guapa posible, pensó ella con satisfacción.

Aunque había una cosa que él parecía haber olvidado y ella no había mencionado intencionadamente. No tenía qué ponerse para ir a una fiesta. Él preferiría que se quedara antes de que ella estuviera fuera de lugar.

Oyó un golpe en la puerta.

–¿Qué tal vas?

–Estoy casi preparada.

Se puso el salto de cama y fue a la sala, donde Brad, impresionantemente atractivo con esmoquin, se hacía el nudo de la pajarita.

Él la miró.

–Hay un pequeño detalle… No tengo nada que ponerme… –dijo ella con dulzura.

Un golpe en la puerta cortó la frase.

Brad abrió la puerta, dio cincuenta coronas de propina por un paquete y volvió a cerrar la puerta.

Entregó a Joanne una caja larga y fina.

–¿Qué me dices de esto? –dijo tranquilamente.

A ella se la llevaban los demonios al darse cuenta de que le habían tirado por tierra su plan. Dejó la caja en el sofá, quitó el lazo y rompió el papel dorado.

Por un momento miró hacia abajo en silencio, luego levantó el vestido con una opresión extraña en el pecho.

Era exquisito.

Le llegaba hasta los tobillos, era de una seda natural azul oscuro como sus ojos y llamativo por su sencillez.

Un hombro quedaba desnudo, mientras una tira de hojas de hiedra plateadas trepaba a lo largo del otro y atravesaba el cuerpo hasta llegar al muslo.

En la etiqueta solo ponía la palabra Tessin.

Ni en sus sueños más disparatados habría podido comprarse un vestido como ese.

–Si buscas un poco más –dijo Brad–, encontrarás algunos accesorios.

Debajo del vestido había unas medias de seda, ropa interior delicadísima y, envueltos en un lado, unas sandalias plateadas y un bolso de noche.

¿Cómo demonios había conseguido todo eso en domingo?, se preguntó ella, medio mareada.

–Tengo una amiga que vive encima de su tienda de ropa. Por suerte, está al otro lado de la calle –dijo él en respuesta a la pregunta que no había formulado.

Ella empezó a darse cuenta de las implicaciones.

–Es precioso, pero de ninguna manera puedo aceptar un regalo tan caro –dijo ella, un poco envarada.

–No es un regalo ni un pago por los servicios prestados –ella se ruborizó–. Cuando el viaje haya terminado, te lo habrás ganado con creces. Y no me refiero a tus dotes como secretaria –añadió sarcásticamente.

Él, al ver que ella endurecía los labios, se acercó y le pasó el pulgar por la palma de la mano.

–Por favor, Joanne, ¿me acompañarías?

A ella la desconcertó que se lo pidiera en vez de ordenárselo y tomó aire.

–No puedo entender que quieras que vaya.

–Paul estará a allí y quiero que lo conozcas y, además, tenemos que pensar en el pobre Knut.

–¿El pobre Knut? –repitió ella.

–El joven que Erika llevaba como un perrito faldero. Lleva mucho tiempo enamorado de ella, pero me parece que ella solo se aprovecha de él.

–No sé qué puede cambiar mi presencia.

–Si voy solo, ¿qué crees que pasará?

Dicho así, Joanne no tenía dudas. Durante la comida había quedado claro que si Brad estaba delante, Knut pasaba a un segundo plano muy doloroso.

Al darse cuenta de que a Erika no le haría ninguna gracia, Joanne sacó pecho.

–De acuerdo, iré.

Brad tiró de la mano que todavía sujetaba para acercarla a él y la besó levemente en los labios.

–Esa es la chica que me gusta.

Ella se sintió radiante por ese beso fugaz, llevó la caja con su contenido al dormitorio y se vistió lo más rápidamente posible.

Todo le sentaba perfectamente. Lo que indicaba que Brad tenía un grado de experiencia que ella prefería no pararse a pensar.

Se puso el vestido y se dispuso a abrochar los diminutos cierres cosidos a mano que recorrían toda la espalda. Consiguió abrochar dos tercios antes de reconocer que tendría que pedir la ayuda de Brad.

Se miró al espejo y se imaginó la sorpresa de su familia ante semejante transformación. ¿Quién habría pensado que podría llegar a tener ese aspecto?

La maravillosa tela se ceñía delicadamente a las finas caderas y al busto, pero aunque no llevaba sujetador y el escote era bastante bajo, el vestido estaba tan bien cortado que se sentía muy cómoda con él puesto.

Bueno, bastante cómoda.

Al comprobar que cuando se movía la falda se abría lo suficiente como para ofrecer una ligera visión de la pierna enfundada en seda, ella dio gracias a los astros que la protegían por tener unas piernas tan bien formadas.

Cuando, después de lo que le pareció una eternidad, recogió el bolso y el chal y volvió a la sala, Brad la recibió en silencio.

–Me temo que no tengo joyas –dijo ella sin saber si él estaba decepcionado.

Él la tranquilizó con un tono ligeramente hosco.

–No necesitas joyas, sería como adornar un lirio. Estás sencillamente maravillosa.

Ella se sintió como embriagada por la felicidad y la delicadeza de su aceptación.

–Me temo que no soy capaz de abrocharme todos los cierres.

–Yo lo haré.

Ella se dio la vuelta y, mientras él abrochaba los cierres con dedos diestros, ella pensó que parecían un matrimonio consolidado.

Pero como si quisiera desmentir esa imagen, él le besó suavemente la nuca y le recorrió con la punta de la lengua la parte desnuda de la columna vertebral.

Él la giró mientras ella sentía un escalofrío de excitación por todo el cuerpo, y le besó la punta de la nariz.

–No debemos estropear el pintalabios –dijo Brad.

Le puso el chal sobre los hombros y la acompañó hasta el taxi que los esperaba.

El destino estaba fuera de la ciudad y, durante el trayecto, Brad, aparentemente absorto en sus pensamientos, no dijo nada.

Joanne se dedicó a preguntarse lo que estaría pensando y a preocuparse, solo un poco, por la noche que le esperaba.

La casa de los Reiersen era enorme y antigua, situada en la cima de una ladera boscosa. Joanne decidió que, más que una casa, parecía un castillo deslumbrante.

El taxi se paró en una zona adoquinada repleta de coches. Brad la ayudó a salir y, tras una breve conversación con el conductor, la acompañó hasta una enorme puerta tachonada.

Tiró de la campanilla y un mayordomo de edad avanzada abrió la puerta, hizo una ligera reverencia con la cabeza y se hizo cargo del chal de Joanne.

Mientras cruzaban el vestíbulo forrado de madera, un camarero se acercó con una bandeja y Brad tomó dos copas de champán.

A la derecha, un arco daba paso a un salón enorme donde la gente charlaba, reía y tomaba bebidas en grupos.

La era noche cálida y, en el extremo de la habitación, unos ventanales hasta el suelo estaban abiertos a la terraza iluminada por faroles y al jardín.

La orquesta tocaba sobre una tarima y algunas parejas estaban bailando. Todo el mundo iba muy bien vestido.

Joanne se alegró de, por lo menos, estar a la altura.

Acababan de llegar al arco y de pararse para contemplar la resplandeciente escena cuando un hombre apuesto, de estatura media, pelo oscuro y rostro inteligente, se abrió camino entre la multitud y se acercó a ellos.

–Me alegro de verte –lo saludó Brad.

Se estrecharon la mano.

–Joanne, él es Paul Randall… Paul, mi secretaria, Joanne Winslow.

Ella alargó la mano y sonrió.

–Encantada de conocerlo.

Él se quedó perplejo por un instante, hasta que correspondió con una sonrisa encantadora.

–Encantado, señorita Winslow…, ¿es… señorita?

–Sí.

Estrecharon las manos.

–Perdone mi desconcierto. Verá, yo creía que conocía a la secretaria de Brad, una chica baja, encantadora, pelirroja y con unos ojos resplandecientes… Incluso he coqueteado con ella. Ahora me encuentro con alguien del mismo nombre pero completamente distinta… aunque igual de hermosa –añadió en

tono galante.

Brad permanecía con un gesto enigmático y sin dar ninguna explicación.

–Quizá el señor Lancing debería haberme presentado como su secretaria temporal –dijo ella sin alterarse–. Estoy sustituyendo a mi hermana.

–¿Su hermana? Ah, entiendo. No se parece en absoluto. Espero que su hermana no esté enferma –añadió con una preocupación sincera.

–No. Milly está bien. Ha tenido que marcharse inesperadamente a Escocia con su marido.

–¿Su marido? ¿Cuándo se casó?

–La primavera pasada. Poco después de entrar a trabajar en Lancing.

–Ya, lo siento –parecía atónito–. No lo sabía. No llevaba anillo de casada y siempre la he conocido como señorita Lancing.

Joanne frunció el ceño y se preguntó por qué Milly no llevaba el anillo cuando iba a trabajar. En ese momento, apareció un hombre alto y corpulento con cejas pobladas y una mata de pelo canoso como el acero.

–Me alegro de que hayas venido, Randall.

–Gracias por invitarme –dijo él educadamente mientras se estrechaban las manos.

El recién llegado, grande, imponente y atractivo con un esmoquin impecable, parecía rondar los setenta años.

–Brad, ¿qué tal estás?

Hablaba un inglés excelente aunque con un acento un poco gutural.

–Muy bien, ¿y tú?

–Empiezo a notar la edad.

Los dos se estrecharon las manos, pero no sonrieron.

Joanne se dio cuenta de que había una cordialidad escrupulosa, pero no cariño.

Brad le pasó un brazo por la cintura.

–Joanne, te presento al señor Reiersen. Harald, ella es mi secretaria, la señorita Winslow.

–Encantado de conocerla, señorita Winslow.

Le tomó la mano y sonrió. Ella observó que la sonrisa no se reflejó en los ojos y comprendió que estaba ante un hombre muy acostumbrado a seducir a las mujeres.

–Encantada –murmuró ella mientras correspondía a la sonrisa.

Él levantó la copa de champán medio vacía que tenía en la

mano y brindó.

–Es usted absolutamente encantadora.

–Gracias –dijo ella, que se encontraba más que incómoda como objetivo de la mirada de él.

Un camarero llegó apresuradamente con una bandeja y Reiersen, después de cambiar la copa por otra llena, se volvió otra vez hacia ella.

–¿Cuánto tiempo tiene previsto quedarse en Bergen?

–No lo sé –respondió ella con cautela–. Depende de lo que tenga que hacer el señor Lancing.

–No me diga que como secretaria personal de Brad no sabe lo que tiene que hacer –dijo él con tono jocoso.

Ella, que no sabía bien qué contestar, se sintió aliviada cuando Erika, impresionante en un vestido aguamarina que lanzaba destellos al andar, se unió a ellos.

–¡Brad, cariño! Por fin has llegado. Has llegado tan tarde que empezaba a pensar que no ibas a venir.

Lanzó una mirada superficial a Joanne y agarró posesivamente el brazo de Brad.

–Ven a bailar conmigo.

Él no se había movido cuando Erika pareció darse cuenta de algo y volvió los ojos gélidos hacia Joanne.

–Llevas un vestido que parece muy caro –dijo con tono cortante y mirándola de arriba abajo–. Ya me contarás cómo lo has conseguido. Estoy segura de que no te lo compras con el sueldo de secretaria.

Joanne notó que las mejillas le ardían. Debería haber estado preparada para ese tipo de comentarios.

–Como lo has preguntado tan amablemente, estoy seguro de que a la señorita Winslow no le importará decirte cómo ha conseguido el vestido –dijo Brad antes de que Joanne pudiera articular palabra.

Joanne se mordió el labio. Sí le importaba. La verdad era que no tenía la más mínima intención de reconocer que se lo había comprado Brad. Tampoco quería mentir.

–A lo mejor, chicas, no os importa hablar de vuestros trapos más tarde –intervino diplomáticamente Paul–. La orquesta está tocando mi canción favorita e iba a pedirle a la señorita Winslow que bailara conmigo.

Tomó la copa de Joanne y la dejó junto a la suya en una mesa. Alargó la mano, Joanne la tomó y fueron a la pista de baile.

–Hace mucho tiempo que no bailo –lo avisó ella.

–Bailar es como montar en bicicleta. Además, si te equivocas, nadie se dará cuenta. Te seguro que con ese vestido nadie te mirará a los pies. ¿Hace que te sientas mejor o peor? –preguntó con curiosidad.

Ella sonrió.

–No lo sé muy bien, pero gracias por rescatarme.

–Siempre a su servicio. Supongo que le habrías dicho educadamente a esa mocosa que se metiera en sus asuntos –añadió con tono serio.

–Me alegro de no haber tenido que hacerlo. Habría sido embarazoso para todos.

–¿Sobre todo para Brad?

–Sí, claro.

–Hay veces que me encantaría ponerme a esa chiquilla sobre las rodillas. Aunque supongo que nunca lo haré –dijo con tono de lamentación–. Entre otras cosas, es más alta que yo –Joanne se rio–. En serio, no sé cómo la soporta Brad.

–Será porque no viene mucho a Noruega.

–No mucho, pero Erika pasa temporadas en Londres. Los Reiersen tienen una casa cerca de Hyde Park. Él vivió mucho tiempo allí cuando su mujer estaba enferma y necesitaba un tratamiento especial. Cuando volvieron a Bergen, él conservó aquella casa y se la regaló a Erika cuando se separó. Cuando los conozcas, te darás cuenta de que él babea por su hija.

–Supongo que es hija única.

–¿No se nota? Además, bastante tardía. Al parecer, Reiersen esperó un hijo y heredero durante años y ya se había resignado a no tener descendencia. Tenía cuarenta y muchos años cuando nació Erika y, después de tanto tiempo, estaba encantado. Su mujer murió poco después y Erika fue lo único que le quedó.

–Es muy triste –dijo Joanne con un sentimiento de lástima por ambos.

–Estoy de acuerdo. Erika podría haber sido mucho más agradable si no llega a ser por la influencia de su padre –era casi lo mismo que le había dicho Brad–. En mi opinión, él ha sido quien la ha estropeado. Si no hubiera permitido que se casara con su primo…

–Quizá no pudiera evitarlo.

Paul movió la cabeza de un lado a otro.

–Cuando se encaprichó de Lars, él estaba a punto de casarse con otra chica. Erika ha tenido siempre lo que ha querido, así que apeló a su padre…

–Pero seguro que ni siquiera él puede manipular a las personas.

–En eso te equivocas. Esa era la rama pobre de la familia y papá pudo comprar a su hija el hombre que quería con solo poner una considerable cantidad de dinero en la empresa que Lars luchaba por mantener a flote. Naturalmente, a Lars le convenía. Reiersen estaba deseando preparar a su yerno para que siguiera sus pasos y fuera el hijo que no había tenido nunca. Pero me imagino que Lars se cansaría pronto de hacer el papel de marido solícito y, al darse cuenta de que había vendido su alma, decidió retirarse.

–¿Qué crees que hará ella? –preguntó Joanne con toda la naturalidad que pudo.

–Erika es muy hermosa y ardiente bajo esa capa de hielo. Si no fuera por su padre, habría docenas de hombres dispuestos a abrasarse.

Había algo en el tono que hizo que ella se aventurara.

–¿Tú también? Perdona, no debería habértelo preguntado –rectificó inmediatamente.

–¿Por qué no? Es una conversación muy franca y tienes razón; sí, yo también.

La canción terminó y la orquesta, sin apenas una pausa, atacó un clásico.

Paul la estrechó un poco más y siguió hablando.

–Créeme, no me hago ilusiones sobre el tipo de mujer que es y no creo que fuera a cambiarla de la noche a la mañana, pero creo que con el hombre adecuado…

Dejó la frase sin terminar.

–¿Cómo describirías al hombre adecuado? –preguntó ella.

–Creo que el hombre adecuado sería alguien fuerte que la quiera de verdad, pero que no quiera terminar de malcriarla. El problema es que ella siempre elige al hombre equivocado.

–Lo dices como si pensaras que ya ha elegido.

–Estoy casi seguro de que lo ha hecho, pero, si conozco en algo a las personas, creo que esta vez ha pinchado en hueso.

–¿Qué quieres decir?

–Quiero decir que esta vez ha podido fijarse en uno de los pocos hombres en los que papá no puede influir.

Capítulo 8

Te refieres a Brad –afirmó lacónicamente Joanne. –Sí. Como habrás comprobado, está loca por él. –¿Tú qué crees que siente él? –preguntó ella, aunque sabía que no debería haberlo hecho.

–No es fácil decirlo. No es un hombre que abra mucho su corazón, por lo que es difícil adivinar por dónde va a salir. Siempre ha sido muy tolerante con los defectos de Erika –Joanne recordó cómo había justificado la grosería de la rubia durante la comida–. Si decidiera aceptarla, él, desde luego, es suficientemente fuerte y no creo que vaya a consentirla, pero de todos modos…

Ella se fijó en Erika y Brad, que bailaban en el otro extremo de la pista. Bailaban muy juntos y ella le rodeaba el cuello con el brazo y apoyaba la mejilla en la de él.

Joanne sintió tal punzada de rabia, que perdió el paso y pisó a Paul.

–Lo siento –balbució.

–No importa –dijo él mientras miraba en dirección a la mirada de Joanne–. Me parece que los dos sufrimos la misma enfermedad, pero dejemos a un lado nuestros maltrechos sentimientos y disfrutemos. ¡Maldita sea!

–¿Qué pasa? –preguntó ella, asustada.

–Reiersen se acerca y me parece que ha empinado el codo. Siempre le han gustado demasiado las burbujas… Te pedirá que bailes con él, de modo que si no quieres correr ese riesgo, dilo rápidamente e intentaré distraerlo mientras corres a refugiarte en el cuarto de baño.

Ella se rio y sintió un gran afecto por ese hombre.

–Gracias, pero creo que jugaré mis bazas en la pista de baile. A ti ya te he dejado casi lisiado, de modo que, a lo mejor, el que corre un riesgo es el señor Reiersen.

–Bobadas –afirmó rotundamente Paul–, cuando no te distraes, bailas mejor que Erika.

–Eso espero –comentó Reiersen, que había aparecido junto a ellos–. Esa hija mía parece un pato mareado. Por eso procuro no bailar con ella.

–No creo ni una palabra –dijo desenfadadamente Joanne mientras veía pasar a Brad y la rubia.

–La elegancia en persona –comentó Paul.

Reiersen ofreció su mano a Joanne.

–¿Les enseñamos lo que sabemos hacer? ¿Te importa, Randall?

–En absoluto –contestó dócilmente él–. Quizá pruebe suerte con Erika.

–Dudo que lo consigas. Me parece que prefiere a la pareja que tiene. El joven Knut lo ha intentado y ella lo ha despachado con viento fresco.

–Bueno, un corazón débil nunca conquistó a una mujer hermosa –dijo Paul mientras se retiraba.

Como confirmación de la suposición de Paul, Reiersen se movía con torpeza y, al tomar el brazo de Joanne, le tiró el bolso al suelo.

–Lo siento –se disculpó él mientras se agachaba para recogerlo.

–Es un incordio –reconoció ella–. Tendría que haberlo dejado en algún sitio.

–Permítame.

Dejó el bolso en una mesa auxiliar.

–Gracias.

Para sorpresa de Joanne, resultó ser un buen bailarín.

Mientras daban vueltas, él inició la seducción.

–Erika me ha contado que usted y Brad estaban comiendo en Floyen. ¿Qué le ha parecido la vista?

–Maravillosa –contestó sinceramente ella.

–Entonces, le gusta Bergen…

–Sí, claro.

–Llegó a ser la ciudad más grande de Noruega y su capital indiscutible en comercio y navegación…

Ella escuchó mientras él hablaba del pasado de Bergen. Hasta que él se detuvo para hacer una pregunta.

–¿Dónde se aloja?

–En Lofoten –contestó aturdida por el repentino cambio de tema.

–Creo que Brad tiene una suite allí.

Ella no contestó y él siguió hablando.

–Erika es muy comprensiva sobre las pequeñas diversiones que paga Brad, pero cree que él debería estar con ella, como lo estuvo en el pasado…

Las palabras se enroscaron como un tentáculo alrededor del corazón de Joanne y el dolor le impidió atender al resto de la

frase.

Al cabo de unos instantes consiguió recuperarse lo suficiente como para seguir escuchando a Reiersen.

–Así que, ¿te importaría mucho si él no volviera contigo esta noche?

Ella comprendió que la había sacado a bailar solo para transmitirle ese mensaje tan concluyente.

–En absoluto; siempre puedo pedir un taxi –se alegró de comprobar que la voz le había salido muy tranquila.

–No creo que sea fácil conseguir uno. Esta noche hay varias representaciones y los taxis estarán ocupados. No obstante, Randall ha alquilado una casa cerca de Lofoten y estoy seguro de que estará encantado de acompañarla.

–Si el señor Randall puede conseguir un taxi y me admite, estaré encantada de acompañarlo.

–Ha venido en su propio coche.

–Ah, pero yo creía que había tenido un problema con los frenos –dijo ella.

–Así es, pero lo ha solucionado. Randall no es de los que se quedan parados: si no trabajara para Brad, no me importaría contratarlo. No le costó mucho dar con Mussen… –dijo como si hablara para sí mismo.

A ella el nombre le sonó vagamente, pero antes de que pudiera pensarlo, Reiersen siguió hablando.

–Pero estoy hablando demasiado. Seguramente sea porque usted escucha muy bien…

Joanne pensó que se debía al champán.

–He oído el rumor de que Dragon ha tenido algunos problemas –continuó él–, que incluso ha habido un incendio en uno de sus hoteles. ¿Sabe qué piensa hacer Brad? ¿Ha pensado en hablar con la policía?

–Me temo que no sé nada –dijo ella con frialdad.

–A lo mejor si tiene un poco de tiempo para pensarlo… Después de todo hay una cosa que se llama lealtad inmerecida y Brad, después de haberse divertido con usted…

Dejó la frase sin terminar, pero el mensaje era muy claro.

–Estoy seguro de que usted es lo suficientemente sensata como para no comentar a nadie esta conversación y sacar unos buenos dividendos de una información valiosa. ¿Daría a un anciano el placer de llevarla a comer?

Ella sacudió la cabeza.

–La verdad es que no creo que tenga tiempo libre… –dijo

vacilante.

–Es una pena. Me gustaría enseñarle el nuevo complejo de ocio que he construido. Hay algunas tiendas maravillosas donde venden joyas y ropa.

–¿Puedo recuperar a mi pareja? –como un caballero con resplandeciente armadura, Paul apareció.

Por un instante, Reiersen pareció molestarse, pero recuperó inmediatamente la amabilidad.

–Me cuesta separarme de ella, pero no puedo negarme –soltó la mano de Joanne–. Si encuentra un rato para comer conmigo, dígamelo.

–Gracias, pero estoy segura de que no podré.

Paul la tomó en sus brazos y ella notó que las piernas le temblaban mientras se alejaban de allí.

–Empezabas a parecer desesperada, así que he pensado que tenía que rescatarte –murmuró él cuando estuvieron a una distancia prudencial.

–No sabes cómo te lo agradezco –dijo ella.

–¿Qué te ha hecho el viejo diablo? ¿Te ha tirado los tejos? –ella negó con la cabeza–. Como ha dicho algo de una comida…

–No. Ha oído rumores de que Dragon ha tenido problemas…

–¿Dónde ha oído eso? –Paul parecía atónito.

–No lo ha dicho, pero me ha preguntado qué pensaba hacer Brad al respecto. Le dije que no lo sabía. Como piensa que soy la clase de mujer que se puede comprar, dejó caer que si le daba información me lo recompensaría. No entiendo por qué me lo ha preguntado a mí en vez de a Brad.

–Quizá sepa que Brad no se lo diría –se quedó pensativo–. ¿No te ha dicho que estés callada?

–Sus palabras exactas fueron: «estoy seguro de que usted es lo suficientemente sensata como para no comentar a nadie esta conversación y sacar unos buenos dividendos de una información valiosa».

Paul asintió con la cabeza.

–Empiezo a comprender la forma de actuar de Reiersen. Aunque suele ser mucho más prudente. Supongo que la bebida ha hecho que pensara que te podía comprar.

–Yo creo que es más probable que haya sido por el vestido.

Paul no hizo ningún comentario y bailaron en silencio durante un rato. Cada uno absorto en sus pensamientos.

La música cesó y se abrieron las puertas de la habitación contigua.

–¿Cenamos algo? –propuso Paul.

Joanne seguía dándole vueltas a la cabeza y no tenía mucha hambre, pero lo siguió a la mesa donde se servía un inmenso bufé.

Se sirvieron algunas cosas con un aspecto delicioso y una copa de vino, y se sentaron en una de las mesitas redondas que había por todos lados.

No había ni rastro de Brad y Erika y Reiersen también había desaparecido. Ella, repentinamente cansada, deseó que la velada hubiera terminado.

Pero cuando lo hiciera, ella volvería sola a Lofoten. Se preguntó con desolación por qué habría insistido Brad en que fuera si iba a pasar toda la noche con Erika. No tenía sentido…

–Por lo menos, Reiersen sabe atender a sus invitados –comentó Paul para romper el silencio–. El caviar es extraordinario, uno de los mejores que he probado. ¿No quieres probar un poco?

Ella negó con la cabeza.

–No me apetece, gracias.

–No comes nada. ¿Seguro que estás bien?

Ella dejó escapar un suspiro, tomó el tenedor y empezó a comer esas delicias que no apreciaba al tener la mente ocupada con Brad.

Él era un enigma. Si Erika estaba en Bergen, ¿para qué necesitaba una amante y una secretaria?

Quizá no la necesitara…

Quizá ella se hubiera confundido debido a la reputación que tenía con las mujeres. Quizá no hubiera tenido la intención de acostarse con ella.

En ese caso, ¿por qué la había dejado pensar…? Mejor dicho, ¿por qué la había animado a creerlo?

Todo era dolorosamente evidente.

Al acordarse del comportamiento que había tenido ella, de la bofetada que le había dado, comprendió que obligarla a ir era una forma de vengarse.

Lo veía desde una perspectiva ligeramente distinta y comprendía que él nunca se había propuesto acostarse con ella. Si lo hubiera hecho, habría ido a la cama en vez de tumbarse en el sofá.

Él no la había necesitado; ella lo había necesitado a él.

Recordó claramente cómo había ido donde estaba él.

Luego, cuando la llevó a la cama, tampoco durmió con ella.

Eso lo explicaba todo.

Sintió que la vergüenza se apoderaba de ella y comprendió

que había hecho el ridículo. Él habría sentido lástima por ella; se habría divertido con su falta de experiencia; se habría reído de su credulidad…

«No te pongas furioso, sé ecuánime».

Él había hecho que pagara por su estupidez. Si era así, ella ya no creía que fuera a arruinar a Steve y al día siguiente tomaría el primer vuelo a Londres.

–¿Quieres algo más? –preguntó Paul–. Un dulce, café…

Ella se sentía algo mareada y sacudió la cabeza.

–No, gracias.

–Entonces, ¿volvemos a la palestra?

Se levantaron.

–Ánimo –la apremió él–, parece como si estuvieras subiendo al cadalso.

Aunque no podía reconocerlo, ella sentía algo igual de doloroso.

–Paul, ¿pensabas quedarte mucho tiempo esta noche? –preguntó ella inesperadamente.

–No, ¿por qué? Ah, no te preocupes, si Brad no aparece, yo me quedaré todo el tiempo que me necesites.

–Gracias, eres encantador, pero iba a pedirte que me llevaras cuando te fueras.

–Claro. Aunque Brad seguramente…

–El señor Reiersen me ha dicho que Brad irá a casa con… –no terminó la frase al darse cuenta de que podía herirlo.

–¿Con Erika? Bueno, yo te aconsejo que no hagas caso de todo lo que dice el señor Reiersen. He comprobado que le gusta manipular a las personas.

Cuando volvieron a la sala de baile, el director de la orquesta estaba diciendo algo en noruego.

–Es un vals tradicional para los enamorados –tradujo Paul mientras las parejas llenaban la pista.

Un vals para los enamorados. Ella podía imaginarse a Brad y Erika bailando muy cerca el uno del otro.

No tenía por qué importarle, pensó ella con rabia.

Pero lo hacía.

–Vamos, no pongas esa cara tan tensa –le dijo Paul–. No es tan complicado como parece a simple vista. Además, puedes seguir con tu pareja.

Estaba negando con la cabeza cuando apareció Brad como caído del cielo.

–Creo que es nuestro baile –dijo él.

Apenas le había tomado la mano, cuando Erika irrumpió hablándole en noruego.

Él respondió tranquilamente en inglés.

–La última vez que te vi, estabas bailando con Knut.

–No quiero bailar el vals con Knut –replicó ella fuera de sí–. La había reservado para ti.

–Lo siento, pero acabo de pedirle a la señorita Winslow que baile conmigo.

–Si tienes que bailar con ella, seguro que puedes dejarlo para más tarde.

–Me temo que no.

–Por favor, Brad… –al ver que la súplica no servía para nada, estalló de rabia–. ¿Cómo eres capaz? Sabes perfectamente que es un vals para enamorados.

Ella había gritado y las cabezas se habían vuelto para mirarlos.

–Entonces no debemos desaprovecharlo.

Paul le rodeó la cintura y llevó a Erika a la pista.

Cuando ella empezó a quejarse, Paul se detuvo, la agarró de los brazos, la volvió hacia sí y le dijo algo en voz baja.

Al cabo de un instante, la soltó, se apartó un poco y le extendió la mano sin sonreír.

Ella, que parecía impresionada y extrañamente vulnerable, la tomó y se unieron a las demás parejas.

–Es posible que se haya encontrado con la horma de su zapato –comentó Brad. Luego la tomó por la cintura–. Bailemos.

¿Por qué se había empeñado en bailar con ella en vez de con su novia?, se preguntó Joanne mientras iban hacia la pista. ¿Sería una táctica para sacar de sus casillas a Erika? ¿Querría demostrarle quién mandaba?

Si era así, ella no debería permitirle que la utilizara ni prestarse a un juego tan sucio. Pero lo amaba tanto, que no podía dejar pasar esa última oportunidad.

Lo amaba tanto…

Había decidido que lo que sentía por Brad era meramente físico, que era lujuria y no amor. Pero su subconsciente sabía la verdad. Era amor.

El amor podía ser doloroso. Si Erika lo quería de verdad, ella sentía lástima por la chica.

La orquesta empezó a tocar y Brad, sonriendo, la tomó entre los brazos e hizo que todo el cuerpo le reviviera de anhelo.

Ella, aterrada de que él pudiera notar lo que sentía, miró hacia otro lado y empezaron a bailar.

–Tranquilízate –le dijo él–. Bailabas mucho más suelta con Paul.

Bailar con Paul no la había afectado y ella había podido estar tranquila.

Brad la estrechó un poco más contra sí e inclinó la cabeza para apoyar la mejilla en la de ella.

Se movía con una elegancia masculina que a ella le resultaba muy fácil y agradable seguir.

Ella se recordó que esa sería la única vez que bailaría con él. Si desperdiciaba esa ocasión, lo lamentaría.

Se concedió el placer de estar en brazos de él, de sentir la leve aspereza de su mejilla. Se libró de todas las tensiones y dejó que su cuerpo se fundiera con el de él.

–No sueltes mi mano a no ser que quieras cambiar de pareja, lo cual está permitido en este momento –le dijo él después de haber dado un par de vueltas a la pista.

Ella agarró con fuerza la mano ante la idea de que Erika pudiera reclamarlo y las parejas se separaron en dos filas paralelas.

Hubo algunos cambios de pareja entre risas y bromas, pero Joanne se tranquilizó al ver que Erika y Paul seguían agarrados de la mano en el otro extremo de la fila.

Las filas dieron una vuelta a la pista. Se detuvieron, las parejas levantaron las manos unidas formando un arco y quedaron mirándose unos a otros.

Al terminar el último movimiento, Brad la atrajo hacia sí con el brazo izquierdo y se inclinó para besarla.

Debería haber estado preparada, pero no lo estaba. La oleada de sensaciones la dejó agarrada a él como un náufrago a una tabla.

Los labios seguían pegados cuando la mayoría de parejas se habían separado y, al apartarse, ella se sintió perpleja y aturdida.

Ella notó que Erika tenía clavada en ellos una mirada abrasadora y que su padre estaba al lado con la intención aparente de hablar con Brad.

Ella se soltó y salió corriendo.

No había rastro de Paul y, con la necesidad urgente de escapar, atravesó la puerta que llevaba a la terraza, que estaba vacía.

Había refrescado, pero no hacía frío. Fue hasta el rincón más alejado de las luces, se sentó en un banco de hierro y se quedó con la mirada perdida en el jardín iluminado por la luna.

Los tres últimos días le habían alterado toda la vida.

Al día siguiente, ella volvería a la rutina de todos los días e intentaría ser la de siempre. Pero ella ya sabía que eso sería imposible.

Por lo menos, se había sentido viva. Sabía lo que era amar a un hombre, sentir pasión, arrebato y celos; sentirse viva.

Nadie podría arrebatarle eso y, aunque se hubiera enamorado de la persona equivocada y le hubiera proporcionado tanto placer como dolor, seguía siendo la cosa más maravillosa que le había pasado jamás.

Era una afortunada. Algunas personas se hacían viejas sin haber conocido el amor verdadero. Como le habría pasado a ella si no hubiera conocido a Brad.

Un movimiento le llamó la atención. Se volvió y vio la figura de un hombre alto que se acercaba hacia ella a través de la terraza.

Estaba a contraluz y no podía verle el rostro, pero lo habría reconocido entre un millón de hombres. Habría reconocido ese porte y la leve inclinación de la cabeza.

–De modo que era aquí donde te escondías –dijo Brad.

–No me escondo –negó ella sin saber cómo había podido articular una palabra–. Solo necesitaba respirar un poco de aire puro.

–¿Quieres bailar más?

–No… gracias. ¿Paul quiere irse? –preguntó esperanzada.

–¿Qué tiene que ver Paul?

–Le he pedido que me lleve.

–Me ha parecido que os llevabais bien –replicó él fríamente–, pero cuando voy con una mujer, yo me ocupo de llevarla a casa.

–Ah, pero yo…

–Me temo que has perdido la ocasión de cambiar de pareja, de modo que tendrás que quedarte conmigo. Así que, si estás preparada…

Ella se levantó.

–Mañana tenemos que madrugar –añadió él.

Ella tomó aire.

–Pienso volver a casa mañana.

–¿De verdad? –dijo sombríamente él–. ¿Qué pasa con tu hermano? ¿Has decidido que no te importa lo que le pase a su empresa?

–Claro que me importa.

–Entonces espero que cumplas nuestro trato.

–Si te propones utilizarme para poner celosa a tu novia…

–¿Qué te hace pensar eso? –la interrumpió él.

–¿Acaso no te has empeñado en bailar conmigo por eso? ¿Por qué me has besado de esa manera? Porque Erika estaba mirando.

–¿Está mirando Erika ahora?

–No…

La estrechó entre los brazos y la besó apasionadamente.

Luego la soltó tan bruscamente, que ella se tambaleó.

–Era solo para demostrarte que te encuentro lo suficientemente atractiva como para no necesitar ese tipo de artimañas que me atribuyes… ¿Estás preparada? El taxi debe estar esperándonos. Ya me he despedido de nuestro anfitrión y anfitriona y de Paul…

Joanne se lo agradecía.

La tomó del brazo y la acompañó a través de la sala de baile y del vestíbulo.

Dijo algo a un camarero y al instante tenía puesto el chal y Brad la ayudaba a entrar en el taxi.

Hicieron el viaje de vuelta en silencio. Brad miraba al frente mientras Joanne intentaba poner un poco de orden en sus caóticos pensamientos. Sin conseguirlo.

Lo único que parecía importante era que, después de todo, al día siguiente no se iría a Londres. Lo único que podía sentir era alegría. Estaría con él y escucharía su voz durante un poco más de tiempo.

Pero, ¿con qué condiciones?

Él había dicho que esperaba que cumpliera el trato.

Ella recordaba bien cuál era el trato.

Cuando ella le dijo que no sería su amante, él le contestó que si quería salvar a su hermano, sería lo que él quisiera.

¿En qué lugar quedaba ella?

No tenía ni idea.

Solo estaba segura de una cosa, sabía que él no pretendía convertirla en su amante y ella no iría a él.

El taxi paró delante de Lofoten y le interrumpió los pensamientos. Brad la ayudó a salir, pagó al taxista y la acompañó sin tocarla a través de la entrada adoquinada.

Ella notaba la ira que le bullía bajo la superficie y entró sin mirar los dragones.

Mientras cruzaban el vestíbulo, él se paró para pedir a un joven que estaba en el mostrador que le llevaran una cafetera y unos emparedados a la habitación.

–Inmediatamente, señor Lancing.

Entraron y Brad se hizo cargo del chal de Joanne, se quitó la chaqueta y la pajarita, se remangó la camisa y echó unos leños en la estufa. En ese momento, un golpecito en la puerta anunció que les llevaban la cena.

Brad tomó la bandeja, dio las gracias y la dejó en la mesa. Luego señaló al sofá.

–¿Me acompañas? –dijo con tono irónico.

Joanne, que iba de un lado a otro sin saber qué hacer, se sentó a una distancia prudencial de él. La abertura de la falda dejó ver un precioso muslo y una rodilla enfundados en seda.

Ella se recompuso apresuradamente.

Él sonrió pícaramente.

–¿Quieres café?

–Sí, por favor.

Él sirvió dos tazas y puso una delante de ella antes de ofrecerle un emparedado.

–No, gracias.

–¿Has comido algo esta noche?

–Sí. Paul y yo pasamos por el bufé –esperaba poder recuperar el tono amistoso–. Él comentó que el caviar era de los mejores que había tomado. ¿Tú qué piensas?

–Yo no llegué a comer nada –replicó él con brusquedad–. Antes de que saques conclusiones, te diré que no estuve con Erika, estuve hablando con Reiersen.

Había sido una noche cargada de sentimientos y ella notaba que los ojos se le empañaban de lágrimas por la frialdad de él.

–Brad… lo siento si estás enfadado conmigo… –dijo entre balbuceos.

–Perdóname si te he parecido brusco, pero no me gusta que otro hombre se interponga, aunque sea Paul.

–Pero… yo… creía que ibas a irte a casa con Erika.

–¿De dónde te sacaste esa idea?

–El señor Reiersen me dijo que ella quería.

Él frunció el ceño.

–Será mejor que me digas lo que te dijo el señor Reiersen exactamente.

–Me dijo que Erika era muy comprensiva sobre lo que pagas por tus pequeñas diversiones…

Ella se detuvo para intentar poder seguir hablando.

–Me imagino que se refería a tu vestido –dijo Brad–, pero sigue.

–Luego continuó y me dijo que ella quería que estuvierais juntos como lo habíais estado en el pasado y que si me importaría que esta noche no volvieras conmigo.

–Entiendo –dijo Brad–. Naturalmente, siempre he sabido que Reiersen está dispuesto a mentir y a manipular a las personas para lograr sus objetivos.

Era algo parecido a lo que había dicho Paul.

–O los de Erika –continuó Brad–. Hará lo que sea para conseguir lo que quiere su hija.

–Y ella te quiere a ti –dijo Joanne.

–No voy a negar que ella me hizo una invitación muy apremiante para que fuera a su casa y me quedara. Una invitación que rechacé. Lo cual no le hizo ninguna gracia. Seguramente por eso Reiersen creyó que tenía que alborotar un poco.

Joanne se limitó a mirarlo.

–Nunca he estado con Erika. La única vez que hemos dormido bajo el mismo techo fue una noche del invierno pasado en casa de Reiersen. Ella había vuelto después de separarse y él me invitó para hablar de negocios mientras cenábamos. Me quedé a dormir. Solo.

Joanne sintió una oleada de felicidad tal, que tuvo que mirar a otro lado por temor a que él se diera cuenta.

–Supongo que pensarás que estoy mintiendo.

Ella volvió a mirarlo.

–No, no creo que estés mintiendo. Además, no tienes por qué darme ninguna explicación.

–¿Quieres decir que no te importa si me he acostado con Erika o no?

–Quiero decir que no es asunto mío.

–En condiciones normales, lo que yo haya hecho antes de conocerte no sería de tu incumbencia, pero esto es un poco diferente y quiero dejar las cosas claras. Empiezo a estar un poco cansado de que se me juzgue erróneamente –añadió con cierto sarcasmo.

–Lo siento, sinceramente, pero con tu…

Se detuvo demasiado tarde.

–¿Mi reputación?

Ella se ruborizó.

–Bueno, tienes que reconocer que no es muy buena.

–No tengo que reconocer nada de eso –dijo con furia–. Los únicos que piensan mal de mí en ese aspecto sois tú y tu hermano. Si bien no he vivido como un monje, tampoco soy Casanova.

–Entonces, ¿cómo explicas que quisieras seducir a una chica de dieciocho años y casada? –replicó ella.

Él apretó los labios.

–Me da igual las mentiras que haya podido contarte tu hermana. Siempre he dejado al margen a las mujeres de otros hombres y a sus novias y puedo decir sinceramente que ninguna mujer se ha arrepentido de haberme conocido.

–Supongo que quieres decir económicamente –Joanne se miró el vestido–. Tengo que reconocer que eres generoso –añadió cáusticamente.

Él hizo un movimiento brusco y ella se apartó al comprender que se había excedido.

–No tengas miedo –dijo gélidamente él–. No tengo por costumbre pegar a las mujeres. En cualquier caso, sería mejor que te fueras a la cama.

Ella se levantó con ganas de llorar y fue a ciegas hasta el dormitorio.

Cuando cerró la puerta, deambuló nerviosa y mareada. ¿Cómo podía haberse organizado esa pelea cuando ella solo quería disculparse?

Pero se había organizado y había sido culpa suya en gran medida. No quería haber hablado de su reputación ni haber sacado a relucir el vestido.

Si hubiera tenido más cuidado; si se hubiera mordido la lengua en vez de decir las cosas que había dicho; si fuera diferente.

Después de todo, él había vuelto a Lofoten con ella y se había tomado la molestia de desmentir a Reiersen.

¿La escucharía si volviera a disculparse?

No, después de la noche anterior, no podía volver a repetirlo. Él pensaría lo peor. Además, ya era demasiado tarde. Le había hecho demasiado daño.

Sintió que se le congelaba el corazón. Independientemente de la reputación que tuviera, ella lo amaba.

Antes se había preguntado muchas veces cómo era posible que mujeres juiciosas amaran obstinadamente a hombres que no les convenían.

Ya lo sabía. No era algo que se eligiera; era algo que sucedía y no tenía solución.

Todas las sensaciones nuevas, la pasión, los celos, el sufrimiento, le parecieron excesivas repentinamente. Exhausta, se tumbó en la cama y empezó a sollozar descontroladamente con la cara oculta en la almohada.

Capítulo 9

Se sentía tan desgraciada, que no oyó ni los golpes en la puerta ni la entrada de Brad. Solo oyó su voz.

–Vamos, no llores.

Tragó saliva y se incorporó con las mejillas llenas de lágrimas.

–No estoy llorando.

–Pasaré por alto una mentira tan evidente.

Él llevaba una bata corta de seda y tenía el pelo húmedo de la ducha.

–Pero, ¿por qué ibas a llorar sobre la almohada cuando tengo un hombro muy acogedor?

Él alargó los brazos y ella se arrojó en ellos como alguien que vuelve a casa.

En ese momento, las lágrimas eran de alivio. Él le acariciaba la espalda en un gesto de consuelo que le pareció que lo conocía de siempre.

–¿Ya? –preguntó él.

Ella levantó la cabeza con un gemido y se retiró de sus brazos. Él sacó un pañuelo doblado y se lo dio.

–Gracias –ella se sentó en la butaca más cercana mientras se frotaba la cara–. No he debido decir lo que he dicho. Habría ido a decírtelo, pero he pensado que a lo mejor creías…

Él la miró con ojos burlones.

–Si hubiera creído lo que tú pensabas que podía haber creído, ¿qué habrías hecho?

–Sentir vergüenza. Después de anoche…

–Es muy natural desear a un hombre.

No lo había deseado, lo había necesitado como necesitaba respirar.

–¿Por qué ibas a avergonzarte?

–Pensaba que a lo mejor no me deseabas.

–¿Cómo puedes dudarlo?

–No tenías pensado hacer el amor conmigo.

Ella suspiró al comprobar que él no lo negaba.

–Tampoco tenías la necesidad cuando Erika estaba aquí más que dispuesta.

–No tenía nada que ver con Erika.

–Pero no querías hacer el amor conmigo. Si hubieras querido, no te habrías ido al sofá.

–Te equivocas. Lo quería y mucho, pero nunca he estado con una mujer que no quisiera… Pensé que a lo mejor tú querías, pero no podía estar seguro y decidí que sería mejor dejarte dar el primer paso.

–¿Y si no lo hubiera dado?

–Seguirías siendo virgen.

Ella notó que las mejillas le ardían y se mordió el labio. Desde que había conocido a Brad, su control y frialdad la habían abandonado completamente.

Pensó que se había comportado como si estuviera en un melodrama victoriano. Se había estremecido, se había ruborizado y había llorado.

No pensaba hacer nada de eso.

–Bueno, no puedo decir que lamente no ser una virgen de veinticinco años –dijo–. Tiene algo de ridículo.

–Yo no lo creo –rebatió él–. La virginidad es un don tan precioso, incluso hoy en día, que a veces se desprecia. Además, no cumples veinticinco años hasta mañana.

–¿Cómo sabes que es mañana?

–Oí algo de tu cumpleaños y se lo pregunté a tu hermano. Le costó mucho decírmelo. Era como si pensara que aprovecharía la ocasión para cubrirte de diamantes y así conseguir mis perversos propósitos.

El reloj de la sala dio las doce mientras él hablaba.

–¿Vas a hacerlo? –preguntó ella con atrevimiento.

Él sacudió la cabeza con arrepentimiento.

–Me temo que ya he conseguido mis perversos propósitos. Sin embargo, cuando te desabroche el vestido, es posible que me apetezca repetirlo.

–¿Es posible?

–Me propongo hacerlo.

–Eso está mejor –se vio la cara en el espejo–. Quizá no te apetezca hecha un adefesio.

Él la besó en los enrojecidos párpados.

–Me apeteces de cualquier forma que pueda tenerte.

–Brad… anoche…, ¿por qué te fuiste a dormir al sofá? –preguntó ella con verdadera curiosidad.

De pie, la miró desde su altura.

–Pensé que a la luz del día podías arrepentirte de todo lo que

había pasado. Si eso hubiera ocurrido, habría sido una sensación muy desagradable encontrarte a tu lado a un hombre al que consideras un canalla.

A ella le dolió, pero se lo había merecido.

–¿Te quedarás conmigo esta noche?

–Si tú quieres, pero si mañana vas a tener remordimientos, será mejor que me lo digas ahora.

Ella notaba que el pulso le golpeaba el cuello.

–No tendré remordimientos.

Cuando estuvieron desnudos en la cama, él se giró y se colocó sobre ella mirándola a la cara.

–¿Estás segura? –preguntó él.

–Completamente. Por favor, no me hagas esperar –le rogó abrasada por el deseo.

No lo hizo. Fue directo, sin preámbulos y la elevó a las alturas, hasta que, como unos fuegos artificiales, el éxtasis creciente que estaba engendrando estalló en una lluvia de estrellas doradas.

Ella gozaba con el peso de la oscura cabeza de él sobre los pechos, hasta que los latidos de los corazones y los ritmos de las respiraciones volvieron a ser casi normales.

Ella esperaba que él se apartara, pero simplemente levantó la cabeza.

–Eso ha sido para complacerte.

–Lo has conseguido.

–Pues voy a complacerte un poco más.

Ella se sentía completamente saciada.

–Eso no es posible. Al menos por el momento.

–Lo veremos.

Se dio la vuelta y la arrastró con él hasta que la tuvo encima, le puso las manos en los costados y la levantó.

Ella jadeó cuando le lamió un pezón antes de succionarlo con un leve mordisco que hizo que ella sintiera un estremecimiento en todo el cuerpo.

En ese instante, el anhelo que ella creía tener completamente satisfecho cobró vida y exigió que lo aplacara.

Él volvió a bajarla, le dio la vuelta hasta que estuvo de espaldas junto a él. Le recorrió los pechos con la boca y le acarició la sedosa y ardiente cara interna de los muslos.

Ella respiraba entrecortadamente y él se detuvo.

–¿Sigues pensando que no es posible? –le preguntó él.

–No.

–Entonces, supongo que quieres que siga –preguntó lleno de satisfacción.

Estaba tan seguro de sí mismo, que a ella le habría gustado darle en las narices y contestar que no.

–Sí, por favor –tuvo que responder.

Esa vez hizo el amor tan lenta y provocativamente, que estuvo a punto de volverla loca. Sabía exactamente dónde tenía que tocarla para excitarla, para llevarla al límite y hacer que le rogara. Hasta que se abandonó y se dejó arrastrar al abismo en una espiral frenética. Luego apoyó la cabeza de ella en su hombro.

–Duérmete, mañana tenemos que madrugar –le dijo.

Joanne se despertó y comprobó que habían dormido juntos. Él la rodeaba con los brazos y tenía la barbilla ligeramente apoyada en la cabeza.

Ella notaba los latidos del corazón de Brad y el movimiento del pecho al respirar. Satisfecha, dio gracias a los dioses por ocuparse de la felicidad de los mortales.

–Buenos días –dijo él.

–¿Cómo has sabido que estaba despierta?

–Por la respiración.

La luz del día empezaba a filtrarse por las cortinas azul verdosas y la habitación tenía una tenue iluminación, como si fuera una cueva submarina.

–¿Qué hora es? –preguntó ella perezosamente.

–Hora de que me ponga en marcha. El coche que he alquilado debe estar a punto de llegar y todavía tenemos que desayunar.

Ella se estiró mientras admiraba la esbelta elegancia del cuerpo de Brad al salir de la cama y ponerse la bata.

–Entonces, será mejor que…

–Te quedes donde estás. La chica del cumpleaños desayuna en la cama.

–Me parece decadente. No recuerdo haber desayunado jamás en la cama.

–Bueno, ya sabes que siempre hay una primera vez para todo.

Ella se dejó caer en la almohada.

–¿Por qué tienes que salir tan pronto? –preguntó.

–Como regalo especial voy a llevarte a ver el Briksdal y está un poco lejos.

–¿El Briksdal? ¿Qué es eso?

–Si no lo sabes, lo mantendremos como una sorpresa.

–¿Cómo debo vestirme?

–Una camisa y unos vaqueros estarán bien. Ah, y unos zapatos cómodos. Pasaremos la noche, así que tendrás que llevar una bolsa… Eso debe de ser el desayuno.

Cuando volvió empujando el carrito, ella estaba sentada y con el edredón cubriéndole los pechos.

Él colocó el carrito junto a la cama y le mostró las manos.

–Nada por aquí, nada por allá –se levantó las mangas de la bata.

Luego, con una sonrisa, levantó el trapo y apareció un ramo de flores que él le entregó.

–Feliz cumpleaños.

–Gracias, son preciosas. Mucho mejor que unos diamantes –añadió impulsivamente.

–Muchas mujeres discutirían esa afirmación.

Él se sentó en el borde de la cama y le dio una tarjeta de felicitación, pero en noruego.

Él había escrito unas palabras, pero como también estaban en noruego, ella solo entendió el nombre de él.

La imagen era un alce macho con una sonrisa sensiblera que le daba un ramo de flores a un alce hembra con unas pestañas enormes.

Era tan absurdo, que ella empezó a reírse.

–¿Qué pone? –preguntó ella cuando dejó de reírse.

–No sé si puedo decírtelo. A lo mejor te lo cuento cuando te conozca mejor.

Esas palabras hicieron que ella recordara que, si bien se encontraba más cerca de él de lo que nunca había estado de otro hombre, solo hacía cuatro días que lo conocía.

Era un pensamiento extraño y le daba qué pensar.

–Por último, aunque no por ello menos importante…

Le dio un paquete que no era mayor que su pulgar.

Ella lo desenvolvió y rio de nuevo.

Era una figura de madera con jubón y botas. Tenía largos jirones de pelos canosos, una verruga y una nariz ganchuda que casi se tocaba con la barbilla en punta.

–¿Qué demonios es? –consiguió decir ella.

–Un gnomo de la suerte –respondió él con el gesto serio–. Se llama Olaf y, como eres una mujer de buen gusto, estoy seguro de que llegarás a amarlo.

–Ya lo amo. Lo llevaré conmigo a todos lados. Gracias, no

recordaba un cumpleaños tan divertido.

–El día apenas ha empezado, así que espero que nos divirtamos mucho más. Y ahora para desayunar…

Le sirvió un cuenco con algo que parecían natillas con frutos del bosque y una especie de cruasán relleno de jamón ahumado y queso fresco.

–Mmm… Delicioso –dijo ella mientras le acercaba el plato para que le pusiera más.

Al hacerlo, un pecho le quedó al descubierto y ella, con un arrebato de timidez ridículo, utilizó la mano izquierda para taparlo.

Él suspiró y arqueó una ceja.

–¿No crees que puedes ponerte algún kilo?

Ella se acordó de la conversación que habían tenido mientras comían en el aeropuerto.

–No. Como te dije, tengo un metabolismo que quema toda la grasa y, además… estoy haciendo mucho ejercicio… Nunca se tiene demasiado de las cosas buenas.

–Yo lo tendría después de una comida como esa.

Él se inclinó hacia delante y le susurró algo al oído que hizo que se ruborizara.

–¿No habías dicho que tenías que salir pronto?

Él le dio un leve beso en los labios.

–Empiezas a hablar como una esposa –le dijo burlonamente.

Ella sabía que tenían una relación fugaz, pero sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

Pero él se había dado la vuelta y no lo notó.

Al cabo de una hora, Brad, vestido impecablemente, ayudaba a Joanne a montarse en el todoterreno que había alquilado.

Guardó la bolsa en el maletero junto a una cesta de picnic y se sentó al volante.

Se pusieron en marcha hacia el nordeste de Bergen, en dirección a los fiordos centrales.

El día era resplandeciente. Unas nubes como de algodón colgaban de un cielo añil y los primeros rayos de sol daban color a los rojos y dorados otoñales.

–Hace un tiempo maravilloso –comentó ella.

Él sonrió mientras la miraba de soslayo.

–Lo he encargado especialmente para ti.

Pronto se encontraron en un escenario imponente con

montañas cubiertas de nieve, fiordos de un azul profundo, bosques y saltos de agua que iban desde cascadas finas como hilos de seda hasta estruendosas cataratas.

Joanne iba en silencio y consciente de que nunca había sido tan feliz.

–Ya no tardaremos mucho –dijo Brad mientras abandonaba la carretera para entrar en un sendero que discurría por el bosque.

Llegaron a un claro y paró el coche.

–Aquí tenemos que emplear otro medio de transporte.

El otro medio de transporte eran unos caballos de poca alzada con unos carruajes que los esperaban a la sombra de los árboles.

Los carruajes eran negros y de aspecto victoriano, con las capotas verdes plegadas. Los caballos eran de un color marrón claro.

Él levantó la mano y el cochero que estaba el primero de la fila puso en marcha su vehículo y se acercó a ellos.

Brad ayudó a Joanne a montarse y, después de subir la cesta de picnic, se sentó junto a ella.

El cochero se montó con la agilidad de un mono y se volvió para dedicarles una sonrisa desdentada. Era un hombre arrugado y bronceado con una maraña de pelo gris y una nariz aguileña; se parecía tanto a Olaf, que Joanne tuvo que contenerse para no soltar una carcajada.

Llegaron a un desfiladero impresionante donde una cascada caía desde las alturas y se perdía en las profundidades formando un arco iris. Para atravesarlo, había un puente de madera.

El cochero se volvió para cubrirlos con la capota y azuzó al caballo para que fuera al galope.

El carruaje se sacudió sobre los tablones y Brad pasó el brazo alrededor de Joanne, que se aferró a él entre divertida y aterrada. El camino seguía ascendiendo como si se dirigiera al cielo y, después de que Brad cruzara unas palabras con el cochero y se hiciera cargo de la cesta, siguieron el camino a pie.

Cuando llegaron al borde del bosque, Brad dejó la cesta en el suelo, tapó los ojos de Joanne, la agarró del codo y avanzó unos pasos.

–Ahora mira.

Ella se quedó boquiabierta.

Un glaciar sobrecogedor llenaba el final del valle como si fuera un montón de azúcar reluciente.

–Eso es el Briksdal –dijo emocionada.

–Sí. Es la ramificación más accesible del glaciar Jostedal.

–Nunca había visto un glaciar.

–Bueno, si quieres verlo más cerca, hay guías que te enseñan las partes más seguras, pero tendremos que dejarlo para la próxima visita.

La próxima visita… Las palabras le envolvieron el corazón.

Joanne, abrumada por el espectáculo, permanecía de pie sin poder moverse hasta que Brad tomó la cesta y se dirigió hacia el lago que se formaba debajo del glaciar.

Eligió un claro de hierba, se quitó la chaqueta, extendió una manta y sacó la comida.

Embriagados por el olor de los pinos, el sol y la preciosa vista, tomaron una copa de vino blanco y empezaron a comer en un agradable silencio.

Luego, él abrió un pequeño frasco de caviar, lo untó en una diminuta galleta y se la metió en la boca.

–¿Es tan bueno como el que alababa Paul?

Ella se preguntó por qué habría sacado eso a colación.

–Me temo que no lo sé. Yo no lo probé.

–Conociste bien a mi mano derecha –siguió diciendo él con tono tranquilo–. ¿Qué te pareció?

Ella dudó al recordar que él dijo que no le gustaba que se interpusiera otro hombre aunque fuera Paul.

–Me gustó mucho.

Si no fuera porque le parecía ridículo, ella habría dicho que Brad estaba celoso.

–Eso me pareció –comentó él secamente.

–Le agradecí que se compadeciera de mí, si no habría estado sola.

Él suspiró, le tomó la mano y la besó.

–Siento mucho haberte dejado desatendida, pero Reiersen quería hablar de negocios y me pareció que tenía algo importante que decirme.

Para alivio de ella, dejó a un lado el asunto y volvió a relajarse.

Terminaron de comer, tomaron café y se tumbaron al sol con el brazo de Brad alrededor de los hombros de ella.

Joanne cerró los ojos y se quedó dormida. Un sueño sereno que, después de tanto tumulto, le resultó balsámico.

Soñó que Brad la besaba, pero repentinamente se apartaba y ella temió que fuera a abandonarla.

–No, no…

–Despierta, Bella Durmiente.

Ella comprendió que se había dormido y se acurrucó un instante en el brazo de él. Luego se sentó.

–Lo siento –dijo.

–No tienes por qué sentirlo –él la miraba con una expresión que podía ser de ternura–. Me daba pena despertarte, pero el sol está poniéndose y tenemos que volver.

–¿Cuánto tiempo…?

–Casi dos horas.

–¡Dos horas! –exclamó ella.

–Lo necesitabas, así que tómatelo como una terapia.

Había refrescado y ella agarró la chaqueta.

Cuando Brad la ayudó a ponérsela, ella notó que movía con dificultad el brazo derecho y comprendió el tiempo que había aguantado con ella encima por no molestarla.

Volvieron hacia donde habían dejado el carruaje.

–Gracias –dijo ella cuando estuvieron los dos sentados.

Él la miró de reojo.

–Y todavía falta la noche.

–¿Dónde vamos a pasar la noche?

–En un pequeño pueblo que se llama Lanadal. He pensado que podemos quedarnos en Trollfoss, una antigua casa privada. Se construyó en la época victoriana. Las camas son grandes y cómodas con cabeceros de latón y colchones de plumas. Creo que te gustará.

–Estoy segura.

El pequeño y pintoresco pueblo de Lanadal estaba al pie de una ladera y junto a un caudaloso y estrecho río que corría sobre un lecho de piedra.

Cuando llegaron a sus estrechas callejuelas, casi había oscurecido.

Trollfoss estaba apartado del pueblo y en un alto. Era de madera pintada de verde y estaba coronado por un tejado de dos aguas, torreones y agujas.

Cuando llegaron al patio iluminado por faroles, Joanne rio de felicidad. Una réplica de un gnomo los observaba desde un nicho que había encima de la puerta.

–Pensé que podrías presentar a Olaf a sus colegas.

Una vez dentro, comprobaron que el hotel era muy victoriano, con alfombras rojas, cuadros con grandes marcos y cortinajes con borlas doradas.

En el impoluto mostrador había un hombre anciano con un rostro alegre y rubicundo que, en un primer momento, se hizo un lío con la reserva.

Cuando Brad le aclaró que solo necesitaban una habitación, los condujo por una escalera en curva hasta una de las sorprendentemente grandes habitaciones del torreón.

–Nunca había estado en una habitación circular –dijo ella sin salir de su asombro–. ¿Por qué creía que habías reservado dos habitaciones?

–Porque lo hice en un principio. Verás, hice la reserva el sábado, nada más llegar a Lofoten. En ese momento pensé que necesitaríamos dos.

–Entiendo… –dijo ella intentando no ruborizarse.

–¿Prefieres dos habitaciones?

Ella se puso roja y negó con la cabeza.

–Lo bueno es que tenemos la única habitación del hotel con cuarto de baño propio.

Al ver que él esperaba una reacción, ella preguntó:

–¿Qué es lo malo?

–Que hay que bajar unas escaleras y no tiene ducha.

–Bueno, no me parece que sean unos problemas graves. ¿Tiene bañera?

–Sí, claro. Ven.

Lo siguió a través de una pequeña puerta, bajaron unos escalones de madera y entraron en un cuarto de baño casi tan grande como el dormitorio.

Ella se quedó pasmada mirando la inmensa bañera colocada en el centro de la habitación.

Él la miró con picardía.

–No sé qué pensarás, pero a mí me parece que una bañera puede ser más divertida que una ducha.

–Estoy segura de que tienes razón –concedió recatadamente ella.

Él echó atrás la cabeza y soltó una carcajada.

–Creo que si no has hecho el amor en una bañera victoriana, no sabes lo que es la vida. Veamos, el champán no procede, ¿qué te parece tomar un vino caliente con especias? Luego iremos al pueblo y te llevaré a un restaurante muy especial para tu cena de cumpleaños.

–Me parece perfecto.

–Espero que lo sea.

Como la noche era cálida, Joanne decidió que podían ir paseando hasta el pueblo.

–No olvides que la vuelta será cuesta arriba –bromeó Brad.

–Bueno, si veo que no puedo llegar, estoy segura de que tú me llevarás en brazos –dijo ella.

–¿No te arrepentirías luego de que me hubiera quedado sin fuerzas?

–Me sorprende que no te hayas quedado todavía.

Él arqueó una ceja dejándola llena de dudas.

El restaurante estaba en el centro del pueblo, pero al otro lado del río.

Mientras cruzaban el puente adoquinado, Brad señaló con el dedo.

–Allí está, To Kokker. Quiere decir «dos cocineros». Lo llevan dos hermanos gemelos.

Para sorpresa de Joanne, el restaurante no parecía más que una cabaña grande.

El interior no podía ser menos pretencioso. Estaba iluminado por lámparas de aceite y tenía dos estufas negras, una en cada extremo.

La docena de mesas, casi todas ocupadas, eran de madera, el suelo de tierra prensada y la loza era muy sencilla. Pero los recibieron con calidez y la comida, cuando se la sirvieron, era extraordinaria.

Tomaron alcachofas, langosta a la mantequilla blanca y *krumkake*, un hojaldre finísimo relleno de crema de arándanos.

Con el excelente café, les sirvieron unas copas del vino dulce casero que compartieron con los hermanos y la pareja que quedaba. Fue una especie de fiesta que terminó bastante tarde.

Agarrados de la mano, como dos jóvenes enamorados, cruzaron el puente y salieron del pueblo.

–¿Llegarás andando o quieres que te lleve en brazos? –preguntó él.

–La oferta es tentadora, pero prefiero que guardes las fuerzas que te quedan, si te queda alguna.

–Además de hermosa eres práctica –dijo él.

A esa hora de la noche, había muy poco tráfico y apenas algunos peatones.

No habían andado ni cincuenta metros, cuando se oyó el motor de un coche que se ponía en marcha. Los faros los cegaron y el vehículo se dirigió hacia ellos.

Joanne se quedó paralizada y Brad la arrastró hasta que los dos cayeron rodando en un callejón mientras el coche seguía su camino a toda velocidad.

Brad se levantó y ayudó a Joanne.

–¿Estás herida? –le preguntó realmente preocupado.

–No, en absoluto.

Él la había rodeado con sus brazos y su cuerpo la había protegido.

–¿Seguro?

–Seguro. ¿Tú estás bien?

–Perfectamente.

–Mi gnomo de la suerte ha debido surtir efecto.

Ella vio el brillo de la sonrisa de él.

–Quédate un minuto donde estás –le dijo él.

–¿Por qué? ¿Dónde vas?

–Solo quiero estar seguro de que se han ido.

Eso quería decir que él pensaba que había sido algo intencionado. Que el responsable podía volver a intentarlo.

–Voy contigo.

–Es más seguro que te quedes.

Ella negó con la cabeza.

–Por favor, Joanne.

–No pienso quedarme en un callejón mientras tú te vas solo –dijo ella con firmeza.

–Eres una cabezota.

En cuanto salieron del callejón, un coche se acercó y se detuvo junto al bordillo. Joanne reconoció a los ocupantes, era la pareja con la que habían tomado vino en el restaurante.

El hombre se bajó y se dirigió a ellos en noruego. Parecía como si estuviera proponiendo algo que Brad no quería aceptar.

Tras una breve conversación, Brad mencionó Trollfoss, el hombre asintió con la cabeza, abrió la puerta trasera del coche y los invitó a entrar.

Cuando se sentaron, la mujer se dio la vuelta; parecía como si les preguntara nerviosamente si estaban bien. Cuando Brad consiguió tranquilizarla, ya habían llegado a la puerta del hotel.

Les dieron las gracias, Brad en noruego y Joanne en inglés, salieron y los despidieron con la mano antes de entrar en el hotel.

Brad, aparte de unas palabras con el recepcionista, no dijo nada hasta que llegaron a la habitación.

Ella no había conseguido verlo bien hasta que a la luz de los apliques comprobó que tenía la chaqueta rota y sucia, que la

mejilla izquierda estaba arañada y tenía manchas de sangre en la cara.

Si él no hubiera estado alerta, podrían haberlos matado a los dos o haberlos herido gravemente.

Ella notó que de repente asimilaba lo ocurrido, se dejó caer en una de las mullidas butacas y empezó a temblar.

–¿Seguro que estás bien? –le preguntó él, asustado al verla temblar y completamente pálida.

–Seguro. Pero te has herido en la cara –dijo ella.

–Solo es un arañazo.

–Tienes que limpiártelo. ¿Hay botiquín en el hotel?

–Seguro, pero yo siempre llevo uno de emergencia.

Se quitó la chaqueta y, después de revolver en su bolsa, sacó una caja.

–Debería haber todo lo necesario ahí dentro.

Ella, encantada de poder hacer algo positivo, abrió la tapa y miró dentro.

–Tenemos lo que necesitamos –rasgó el envoltorio de toallitas antisépticas–. Siéntate ahí.

Él se sentó con cara de inocencia absoluta.

Cuando ella se acercó lo suficiente, él le rodeó la cintura con un brazo y la sentó en sus rodillas.

–Siempre he pensado que una enfermera tiene que estar cerca de sus pacientes –comentó él.

–No tan cerca –replicó ella severamente.

Pero cuando ella intentó zafarse, él se limitó a estrecharla más contra sí.

–De acuerdo… –se resignó ella–, pero gira la cabeza hacia allí.

Le limpió la herida y le puso un ungüento sobre la carne viva.

–Con esto debería bastar.

–Gracias, enfermera, pero has olvidado algo.

–¿Qué he olvidado?

–Cuando era un niño y me hacía una herida, la niñera solía darme un beso.

–Ya no eres un niño.

–De lo cual me alegro. Mi niñera tenía un bigote que pinchaba.

Joanne hizo lo posible por no reírse.

–Ya te he contado mis secretos de infancia, ¿qué me dices del beso?

–De acuerdo, pero solo uno.

Ella se inclinó para darle un beso en la mejilla.

–¿Llamas a eso un beso? Esto es un beso.

Se lo demostró entre rugidos y ruidos espantosos.

Cuando la dejó libre por fin, ella no podía dejar de reírse y había recuperado el color.

–¿Te encuentras mejor? –le preguntó amablemente él.

–Mucho mejor.

Era verdad. Las bromas habían distendido el ambiente. Que era lo que él pretendía, comprendió ella.

Capítulo 10

Brad, yo…

Un leve golpe en la puerta cortó la frase. –Debe ser el brandy y el café que he pedido –dijo Brad.

La dejó en la butaca que acababa de abandonar y fue hacia la puerta.

Ella oyó un murmullo de voces y, al cabo de unos momentos, él volvió con una bandeja que dejó en la mesilla junto a la cama.

Él tomó la botella y sirvió un poco del líquido ambarino en las dos copas.

–Esto debería completar la cura.

Ella dio un sorbo con mucho cuidado, tosió, dio otro sorbo y notó que esa bebida ardiente disiparía cualquier resto de frialdad.

Cuando terminaron las copas, él sirvió las tazas de café y se sentó en el borde de la cama.

–Solo lamento haberte implicado en esto –dijo él.

Ella sacudió la cabeza.

–Yo no. Hasta ahora, mi vida estaba tristemente falta de aventuras.

–Nuestros amigos, lo que salieron del restaurante detrás de nosotros y vieron toda la escena, querían llamar a la policía.

–¿Por qué no los dejaste?

–Habría sido una pérdida de tiempo. No vieron la matrícula y solo sabían que el coche era oscuro. Además, la policía habría decidido que era un conductor borracho que había perdido el control del coche.

–¿Y tú estás seguro de que no lo era?

–Completamente seguro.

–Entonces es parte del asunto que te ha traído aquí.

–Efectivamente. Como te dije, es más fácil luchar contra la oposición en terreno propio y mejor aún si no es muy cerca de ese terreno. Creo que todo se planeó para que el «accidente» ocurriera lejos de Bergen. Creo que el conductor llegó a Lanadal antes que nosotros y esperaba la ocasión propicia.

–Pero, ¿quién sabía que íbamos a venir a Lanadal?

–Seguramente, tú eras la única que no lo sabía. Se lo dije a

Erika cuando me propuso ir a su casa. Helga, que nos preparó la cesta, lo sabía. Lo sabían en la agencia donde alquilé el coche. Paul también y seguro que mucha gente más.

–Supongo que sigues sin saber quién está detrás de todo esto…

–Lo he pensado mucho y estoy casi seguro de saberlo.

–En ese caso, ¿no podrías ir a la policía?

–No serviría de nada en este momento. No tengo pruebas y esa persona no es un delincuente normal y corriente. Es un hombre rico y poderoso al que todos consideran por encima de toda sospecha.

–¿Sabes por qué lo hace? –preguntó ella, perpleja.

–Creo que puede haber dos motivos. Uno es que su empresa marítima y Dragon son competidoras. El otro se remonta cincuenta años atrás, cuando él y mi abuelo eran amigos de la infancia. Las dos familias tenían empresas navieras, pero como Noruega tiene una costa enorme, había espacio suficiente para que las dos funcionaran sin problemas. Todo fue como la seda hasta que los dos jóvenes se enamoraron de la misma chica, pero mi abuelo ganó. El otro hombre acabó casándose con otra mujer, pero él y mi abuelo se convirtieron en eternos rivales y él juró que algún día encontraría la forma de igualar el resultado. Cuando mi abuelo murió y yo heredé Dragon, él me hizo una oferta muy generosa, pero el deseo de mi abuelo fue que la empresa quedara en la familia y yo la rechacé.

Joanne frunció el ceño.

–Si, como dices, hay espacio para que las dos empresas funcionen, ¿por qué quiere la tuya con tanta ansia?

–Es posible que él piense que una forma de igualar ese resultado que te decía puede ser quedarse con la empresa a la que mi abuelo dedicó su vida para luego cerrarla.

Brad vio el expresivo gesto de ella.

–Si bien tengo motivos fundados para sospechar de él, no tengo pruebas convincentes para acusarlo.

–Ya entiendo lo que quieres decir –dijo ella–, pero si no consigues detenerlo, él seguirá adelante…

–Creo que sí. Pero nunca le daré lo que quiere.

–Supongo que si te conoce sabrá que nunca te plegarás bajo su presión.

–A lo mejor no me conoce tanto. En cualquier caso, no creo que se dé por vencido fácilmente. Detrás de su aspecto respetable hay un hombre implacable.

Ella se estremeció.

–¿Quieres decir que puede llegar a matarte?

A pesar de la mejilla en carne viva, todo parecía completamente irreal.

–Creo que él preferiría no llegar tan lejos. Lo de esta noche ha podido ser una mera advertencia. Una exhibición de fuerza. Por otro lado, si yo no me interpusiera en su camino y solo tuviera que tratar con Blake, las cosas le resultarían mucho más fáciles.

»En este momento, mi primo sería el próximo heredero del imperio Lancing. Por desgracia –continuó con cierto tono cínico–, aunque tenga esposa y dos hijos, a Blake se le da mejor la buena vida y las mujeres que los negocios. Lo que significa que siempre necesita dinero y no me fío de que no fuera a vender Dragon. Nuestro competidor lo habrá investigado y lo habrá adivinado.

–Pero, entonces, es tan implacable como dices –exclamó ella, espantada.

–Aumentaría mucho el riesgo –reconoció tranquilamente él.

–A pesar de todo, no tienes intención de permitirle que se quede con Dragon…

–¡En absoluto! ¿Lo harías tú?

–No –la respuesta fue rotunda–, pero tiene que haber algo que puedas hacer.

–Mi única posibilidad es encontrar alguna prueba que lo acuse directamente. No puede permitir que se le hunda la reputación de hombre ejemplar. Mañana, cuando volvamos a Bergen, hablaré con Paul para ver si se nos ocurre alguna estrategia.

–¿Sabe Paul quién es?

Brad negó con la cabeza.

–Todavía no. Estaba esperando a ver si él encontraba algo que corroborara mis sospechas. Pero se hace tarde y ya hemos tenido suficientes preocupaciones por una noche. ¿Quieres pasar primero al cuarto de baño?

Ella volvió al dormitorio después de lavarse la cara y los dientes y se metió en la deliciosa cama de colchón de plumas de ganso antes de que Brad pasara a asearse.

Cuando él volvió, ella estaba medio dormida a pesar de las emociones y el temor por su seguridad.

Ella miró cómo se quitaba la bata y comprobó que tenía el brazo izquierdo y todo el costado muy dañados.

–Me dijiste que no te había pasado nada –le dijo ella acusadoramente.

–No me ha pasado nada.

–¿Y esas heridas?

–Siempre podrías emplear mi tratamiento favorito… –dijo él con un brillo en los ojos.

–Dudo que un beso sirva de algo.

–Por lo menos puede hacer que me olvide de ello.

La mañana siguiente amaneció soleada y resplandeciente y, después de un desayuno tardío, visitaron las cataratas de Troll antes de volver a Bergen.

Si bien él parecía relajado y despreocupado, ella sabía, que estaba tenso.

A mediodía, se pararon para comer en un restaurante de la carretera.

–¿Quieres comer dentro o fuera? –le preguntó Brad.

–Creo que prefiero fuera.

En el porche había unas pequeñas mesas con manteles de cuadros rojos desde las que se podía ver una vista espectacular de la polvorienta carretera que bajaba serpenteando por la ladera de la montaña.

–Si me disculpas, tengo que llamar a Paul –dijo él en cuanto se hubieron sentado y esperaban la comida.

–Naturalmente.

–Estaremos en Bergen a última hora de la tarde –le dijo animadamente Brad–. Me gustaría hablar contigo… Sí, eso será lo mejor… ¿Qué te ha pasado…? ¿Estás herido…? Cuídate. Te veré luego.

–¿Le ha pasado algo a Paul? –preguntó ella nerviosamente en cuanto se guardó el teléfono en el bolsillo.

–No, gracias a Dios. Anoche estaba en el muelle de carga comprobando un flete cuando una grúa se derrumbó y no lo alcanzó por centímetros.

Esa noticia hacía que la amenaza sobre la vida de Brad cobrara más visos de veracidad. Se estremeció. Si le pasara algo a él…

Él notó que ella palidecía.

–No hay motivo para preocuparse. Paul me ha asegurado que no ha sufrido ni un rasguño. Espero que esta reacción no signifique que te has enamorado de él –añadió con sarcasmo.

–Desde luego que no.

–Me alegro. Él está por los huesos de Erika.

–Lo sé. Él me lo dijo.

Brad arqueó una ceja.

–Paul no es muy dado a las confidencias. Parece que os habéis compenetrado muy rápidamente –añadió.

–Eso parece –contestó ella sin alterar el tono.

–¿Por eso decidiste que te llevara a casa en cuanto pensaste que yo me iba a ir con Erika?

–Yo no decidí nada. Mi primera intención fue llamar a un taxi, pero el señor Reiersen me dijo que todos los taxis estarían ocupados por la cantidad de representaciones que había ese día. Me propuso que ya que Paul había ido en coche y vivía cerca de Lofoten, estaría encantado de llevarme. Yo pensaba que el coche de Paul estaba estropeado, pero…

–¿Se lo dijiste a Reiersen?

–Sí, pero no le dije el motivo.

–¿Qué dijo él?

Joanne lo recordaba bien.

–Dijo que creía que había tenido un problema con los frenos, pero que, evidentemente, lo había solucionado.

–¿Dijo algo más?

–Dijo que Randall no era de los que se quedaban parados, y que si no trabajara contigo no le importaría contratarlo. Que no había tardado en dar con Mussen…

Ella dejó de hablar cuando llegó el camarero con una fuente llena de albóndigas en salsa de tomate.

Brad tenía el rostro crispado.

–¿Estás segura de que dijo Mussen? –preguntó él.

–Completamente segura. El nombre me sonó de algo, pero no sabía de qué.

–Supongo que Reiersen no estaba sobrio.

–No. Antes de que me sacara a bailar, Paul me había advertido de que había bebido.

Brad frunció el ceño.

–Espero que no lo pasaras muy mal.

Ella recordó lo mal que se sintió.

–No, claro que no.

–Mientes más que hablas.

–De acuerdo, no fue muy agradable, pero no pasó nada.

Él se relajó y le tomó la mano.

–Creo que comprobarás que ha servido de mucho.

Cuando llegaron a Lofoten, empezaba a anochecer y el cielo se

cubría de jirones azules y morados.

Brad paró junto a la puerta de entrada y, después de agarrar las bolsas y la cesta, acompañó a Joanne dentro del hotel.

Paul los esperaba sentado delante de la estufa. Al verlos entrar, los saludó con la mano.

Brad le devolvió la cesta a Helga.

–Espero que todo haya ido bien –dijo ella.

–Muy bien.

–Llamaré a Edvard para que se ocupe de las bolsas.

–¿Podrías pedirnos una tetera?

–Naturalmente.

–¿Habéis disfrutado de la excursión de cumpleaños? –preguntó Paul.

–Mucho –respondió Joanne.

–Aunque nos pasó una cosa en Labadal –dijo Brad antes de explicarle brevemente el incidente.

Paul silbó entre dientes.

–Podría haber sido grave y coincide con el informe que me han dado en el taller. Me han confirmado con toda seguridad que manipularon el sistema de frenos. Lo que parece indicar que somos el objetivo.

–También indica que ha llegado el momento de que hagamos algo.

–¿Qué podemos hacer? –preguntó Paul.

–Es posible que tenga una respuesta para eso… –Brad se detuvo cuando llegaron con la bandeja de té.

–¿Os sirvo? –preguntó Joanne.

Paul sonrió.

–Gracias, Joanne.

Apenas había empezado a servir cuando se oyó una voz con tono sarcástico.

–Qué entrañable…

Erika, perfectamente maquillada y con un traje de un azul más gélido que sus ojos, los observaba con aire burlón.

Parecía una exquisita figura de hielo que no encajaba en la dorada calidez del vestíbulo.

Los dos hombres se levantaron.

–¿Te apetece sentarte con nosotros? –le preguntó educadamente Brad.

–Quería tener una conversación en privado.

–Haremos una cosa –le propuso Paul a Joanne–, iremos a dar un paseo…

–No hace falta –dijo Brad–. Estoy seguro de que Erika puede hablar en vuestra presencia.

Erika hizo un gesto de rabia.

–Muy bien, si es lo que quieres… –se dirigió a Joanne–. Tengo algo tuyo. Te lo olvidaste en la fiesta.

Sacó de su bolso el pequeño bolso plateado de Joanne.

–Gracias.

Joanne alargó la mano.

La rubia no hizo ningún gesto de entregárselo.

–Tengo que decir que me extraña que te fueras sin él, pero supongo que cuando te diste cuenta tampoco quisiste comentarlo para que Brad no se enterara de lo que tramabas.

–Me temo que no sé de lo que hablas.

–Sabía que te harías la inocente.

–Quizá puedas ir al grano –dijo Brad.

–El grano es que tu secretaria ha estado vendiendo información. Papá había oído algunos rumores y le preguntó de pasada cómo iban las cosas en Dragon. Ella contestó que la información tenía un precio… Él se quedó atónito, pero alguien debió aceptar la oferta.

–Eso es una infamia asquerosa –dijo Joanne.

–Entonces, ¿cómo explicas el dinero?

–¿Qué dinero?

–¿Podríais explicarme qué está pasando? –exclamó Brad.

–Si quieres saberlo, te propongo que mires dentro del bolso –Erika se lo dio.

–No tengo la más mínima intención de mirar dentro del bolso de la señorita Winslow –le dijo Brad con un tono gélido.

–¡No seas idiota!

Erika volcó el bolso sobre la mesa y cayó un peine, un pintalabios, un par de pañuelos y un fajo de billetes.

Joanne miró el dinero boquiabierta.

–¡Míralo! –dijo Erika con un aire triunfal indisimulado–. ¿Qué te había dicho? Mientras bailaba, la vulgar fulana vendía…

–Ya está bien –la voz de Brad sonó como el chasquido de un látigo–. Estoy seguro de que la señorita Winslow no hizo nada de eso.

–En vez de intentar defenderla, ¿por qué no le preguntas de dónde sacó el dinero?

–No tengo la menor idea –dijo Joanne, que estaba acalorándose–, a no ser que tu padre lo pusiera ahí.

–¿Cómo te atreves a insinuar una cosa así?

Paul miró a Erika.

–¿Puedo decir algo? –preguntó tranquilamente.

Erika clavó la mirada en Brad.

–Me encantaría oír algo de alguien que no es tendencioso.

–Me alegro de que pienses que no soy tendencioso porque puedo aclarar los hechos. Verás, pasé casi toda la noche con la señorita Winslow y, cuando no estuve con ella, la vigilé, como me pidió Brad…

–Entonces tú… –empezó a decir Erika.

–El único motivo era que ella no conocía a nadie y Brad no esperaba que fuera muy bien acogida. Puedo asegurarte que, aparte de mí, la única persona que bailó con la señorita Winslow fue tu padre. Yo os aseguro que no le di el dinero y creo que Brad tampoco.

–Espero que no estés acusando a mi padre…

–No acuso a tu padre de nada.

–Me da igual. Yo he dicho que mi padre no tocó el bolso de ella.

Paul sacudió la cabeza.

–Resulta que yo lo vi dejarlo en una mesa auxiliar.

–¿Cuándo fue eso? –preguntó cortantemente Brad.

–Fue cuando el señor Reiersen me sacó a bailar –dijo Joanne, pálida como la cera–. Se me cayó el bolso y él lo recogió. Yo comenté que era un incordio y él lo dejó en la mesa. Luego me olvidé por completo…

Brad recogió las cosas del bolso y se volvió bruscamente hacia Paul.

–¿Te importaría acompañar a Erika al coche?

–En absoluto. ¿Cuándo quieres que vuelva?

–Dentro de quince minutos.

–Quince minutos.

Sin decir una palabra, Brad tomó a Joanne del brazo y la llevó a la habitación. Dejó el bolso y las demás cosas sobre la mesa e indicó una butaca para que ella se sentara.

–¿Te sientes con ánimo de decirme exactamente lo que Reiersen dijo de Dragon?

–Dijo que había oído rumores de que Dragon había tenido problemas. Quiso saber qué estabas haciendo al respecto. Cuando le dije que no lo sabía, él me dijo que a lo mejor necesitaba un poco de tiempo para pensarlo y que esa información podía reportar buenos dividendos… Se lo conté a Paul.

–Tómatelo con calma. Si te acuerdas, quisiera la conversación

textual –la voz de Brad reflejaba nerviosismo.

Joanne le repitió la conversación palabra por palabra.

–Me habló de la lealtad inmerecida y de que tú, después de haberte divertido conmigo… Luego me ofreció llevarme al complejo de ocio que había construido y comentó algo sobre unas tiendas maravillosas. En ese momento, Paul llegó a rescatarme.

–Me gustaría partirle el cuello –dijo Brad con rabia.

–No pasa nada… –empezó a decir ella.

–Claro que pasa –la tomó de la mano–. No debí haberte puesto en una situación en la que pudieran insultarte.

–Si no hubiera bebido tanto, habría sido más prudente con sus palabras.

–Una vez sobrio, debió de recapacitar y comprendió que se había equivocado al decirte eso. Supongo que temió que me lo hubieras contado y pensó en esta argucia para desacreditarte…

Llamaron a la puerta y él le soltó la mano.

–Adelante –dijo Brad.

–¿Todo resuelto? –preguntó Paul.

Brad asintió con la cabeza.

–Llevo algún tiempo pensando en Reiersen –continuó Paul–. Cuando Joanne me dijo que había intentado sobornarla, pensé comentártelo. Ahora parece que todo encaja.

–¿No crees que ha podido ser cosa de Erika?

–Ya lo he pensado y tengo que reconocer que no habría puesto la mano en el fuego por ella, pero cuando le pregunté cómo había encontrado el bolso, ella me dijo que se lo había dado alguien del servicio y que ella creyó reconocer el bolso de Joanne. Jura que cuando miró dentro, el dinero estaba allí. Yo la creo.

–Y yo creo que tienes razón.

–Entonces, ¿piensas que Reiersen está detrás de todo?

–Llevo pensándolo desde hace algún tiempo, pero no tenía pruebas. Ahora, gracias a que Joanne se acuerda de la conversación, es posible que encontremos algo que nos lleve directamente a él.

Brad tomó el dinero y se lo guardó en el bolsillo.

–¿Vas a abordar a Reiersen ahora?

–Sí, pero antes quiero hablar con Mussen.

–¿Quieres que vaya contigo?

–No, prefiero que te quedes con Joanne.

Todo encajaba y el panorama era muy poco halagüeño.

–No necesito que nadie me acompañe –dijo precipitadamente Joanne–. Es más sensato que Paul vaya contigo.

–Creo que Joanne tiene razón –insistió Paul.

Ella vio en la cara de Brad que los dos estaban perdiendo el tiempo.

–Si te tranquiliza, te prometo que cerraré la puerta con pestillo y que no saldré de la habitación.

–A lo mejor necesitas un testigo –dijo Paul con más sentido práctico.

Brad comprendió que podía tener razón.

–De acuerdo.

Joanne dejó escapar un suspiro de alivio.

–No te olvides de echar el pestillo en cuanto salgamos de la habitación –le recordó Brad.

–No me olvidaré.

Brad le dio una palmada en el hombro a Paul.

–Vamos. Ataré cabos por el camino.

A pesar de las estanterías repletas de libros y del equipo de música, Joanne no podía centrarse en nada.

Cambió el agua a las flores que Brad le había regalado, se duchó…

Pero la espera la inquietaba.

Le pareció que había pasado una eternidad cuando oyó un golpecito en la puerta y la voz de Brad. Miró el reloj y comprobó que habían pasado dos horas.

Abrió la puerta.

–¿Ha ido todo bien? –preguntó ansiosamente.

–Gracias a ti, todo está arreglado.

Las piernas no la sujetaron por el alivio y se dejó caer en el sofá.

–Me alegro, pero no creo que haya sido gracias a mí.

Él se sentó junto a ella.

–Te equivocas. Si no llegas a acordarte de que Reiersen mencionó a Mussen…

–El nombre me suena, pero no estoy segura…

–Si te acuerdas, cuando volvíamos de Bryggen te conté que Paul había puesto una trampa y había capturado a un estibador que se llamaba Mussen… El hombre que reconoció ser el saboteador porque habíamos despedido a su hermano por unos hurtos…

–Es verdad… supongo que en ese momento te escuchaba a medias…

–Quizá estuvieras pensando en otras cosas –insinuó suavemente Brad.

Se sonrojó al recordar lo que estaba pensando.

–¿Qué ha pasado cuando has ido a verlo?

Tuvimos una conversación y reconoció que un hombre llamado Andersen le había indicado la forma de llevar a cabo el sabotaje y que le había pagado.

–Andersen es uno de los hombres de confianza de Reiersen –le explicó al ver la expresión de Joanne.

–¡Entiendo!

–Después de que descubriéramos a Mussen y agradecido porque permitiéramos que él y su hermano conservaran el trabajo, le dijo a Andersen que se buscara a otro para que le hiciera el trabajo sucio. Cuando Mussen comprobó que las cosas iban muy en serio, me dio un par de nombres de personas que trabajaban para Andersen. Con esa información, Paul y yo fuimos a ver a Reiersen. Primero le devolví el dinero y luego mencioné unos nombres y le dije que, si no cesaban inmediatamente los ataques, haría llegar un informe a la policía. Al sentirse amenazado, plegó velas.

–¿Quieres decir que reconoció ser el responsable?

–No, es demasiado listo. Se limitó a decir que estaba seguro de que no volvería a pasar nada. Luego me preguntó si había reconsiderado la oferta que me hizo el día de la fiesta. ¿Te acuerdas que te conté que habíamos hablado de negocios?

Joanne asintió con la cabeza.

–En resumen, me ofreció la fusión de nuestros negocios, que me casara con Erika y me quedara en Noruega para dirigirlo todo. Dijo: «es hora de que haya un hombre joven al timón. Si hubiera tenido un hijo, le habría dejado las riendas hace tiempo. Tengo casi setenta y cuatro años. Cuando muera, tú tendrás todo el control».

A ella se le secó la garganta.

–Él dijo «reconsiderar», ¿quiere decir que la primera vez lo rechazaste?

–Sí, creo que lo que pasó en Lanadal fue su respuesta al rechazo. Esta noche, en presencia de Paul, me ofreció el control absoluto en cuanto Erika y yo tuviéramos el primer hijo. Dijo: «si aceptas, llegará un día en el que tu hijo y mi nieto será dueño de un gran imperio. Espero que esta vez aceptes. Es lo que Erika quiere que hagas».

Joanne se sintió como si se estuviera desangrando.

–Y has aceptado –dijo con un hilo de voz.

Él arqueó una ceja.

–¿Has visto alguna vez que haya hecho lo que Erika quiere?

–No… pero ella está enamorada de ti y…

–Erika es una niña mimada que cree que está enamorada de mí y, antes de que lo digas tú, te diré que yo no he hecho nada para que lo piense.

–Ah… entonces, ¿qué le has dicho?

–He rechazado, naturalmente. Le he dicho, educadamente, que he depositado el informe en el banco y que voy a dejar a Paul en Noruega para que dirija Dragon.

–¿A Paul no le importará?

–A Paul le encanta Noruega y está dispuesto a intentar conquistar a Erika. Cuando yo haya desaparecido, puede conseguirlo.

–Entonces, ¿qué vas a hacer? –preguntó ella, llena de felicidad–. ¿Vas a quedarte a pasar las vacaciones?

–No estoy seguro –dijo bruscamente–. Me lo pensaré un día o dos. Entretanto, te mandaré a Londres en el primer avión que salga…

Toda la felicidad se disipó de golpe.

Todo había terminado.

–Para empezar, nunca debí haberte obligado a venir a Noruega y tampoco a llevar ese vestido.

–Es un vestido precioso. Por lo menos, algo bueno he sacado de todo esto.

–He cometido muchos errores –continuó él como si ella no hubiera dicho nada–. Todos porque me irritaba que se me juzgara erróneamente… Si hubieras comprobado tus pruebas, habrías sabido que la mala reputación es la de Blake. No entiendo por qué su mujer sigue con él.

–Quizá sea porque lo ama.

–Si es así, él no se lo merece.

–Brad, siento haberme equivocado al juzgarte… Si no llega a ser por lo que pasó cuando cenamos esa noche y luego en el taxi… –no pudo acabar la frase.

Él suspiró.

–Cuando comprendí claramente lo que pensabas, decidí seguir el juego. Quería asustarte, darte una lección. Nunca me había propuesto nada con tu hermana. Aunque sea brusco, ella no es mi tipo. Cuando te dije que la trataba como a una buena secretaria, era verdad.

»También es verdad que no sabía que estaba casada. Ella entró a trabajar como la señorita Winslow y nunca comunicó que se hubiera casado. Si no me crees, puedes preguntarlo en el departamento de personal.

–Te creo –dijo Joanne–. Paul tampoco sabía que estaba casada. Él también comentó que la conocía como señorita Winslow.

–Me alegro de que tengas una prueba.

–No necesito pruebas. Aunque me intentaba convencer de que eras el mujeriego que pensé desde el principio, sabía en los más profundo que no lo eras. Todo lo que has hecho o dicho ha demostrado lo contrario.

–Aparte del hecho de que cuando viniste eras virgen y ya no lo eres.

–Eso lo decidí yo –dijo firmemente ella– y ya te he dicho que no me arrepiento. Aunque sí me arrepiento de haber hecho caso a Milly. Estoy segura de que ella, que creía estar enamorada de ti, vio las cosas como quería verlas. Cuando dijiste que Milly no era más que tu secretaria, debí haberte creído. Yo soy la culpable de todos los errores que se han cometido.

Él negó con la cabeza.

–Yo he tenido mi parte de culpa y por eso no quiero seguir cometiendo errores.

–¿No crees que mandarme de vuelta Londres puede ser un error? Dijiste que querías compañía, alguien con quien compartir las cosas… Si no quieres a Erika… ¿No podría yo…?

–No eres de las que tienen aventuras.

–No estoy tan segura… la primera me está gustando.

–Pero yo no quiero seguir teniendo una aventura contigo –dijo él inexpresivamente.

Ella se puso roja como un tomate al comprender que se había insinuado a él.

Él le tomó la cara ardiente entre las manos.

–Si quieres quedarte, será con condiciones.

–¿Qué condiciones? –preguntó ella con cierto temor.

–Que te cases conmigo.

Ella movió la cabeza con incredulidad.

–No puedes querer casarte conmigo.

–No es una decisión repentina –dijo él–. Toda mi vida he estado esperando a una mujer como tú, que disfrute de la vida como tú, que se ría de las mismas cosas que yo, que coma como una lima y que me devuelva los besos como si me quisiera, aunque no lo haga.

–Pero lo hago.

–Me alegro. Si te hubieras vuelto a Londres, no sé qué habría sido de mí, pero tenía que darte la posibilidad. ¿Quieres casarte en Noruega o prefieres esperar hasta que volvamos a Londres?

–Me encantaría casarme en Noruega.

–En Noruega, las mujeres suelen llevar el anillo en la mano derecha, pero si eso te preocupa, te compraré uno para cada mano. Hablando de anillos, quiero que mañana a primera hora le mandes el anillo a Trevor y comuniques la noticia a tu familia.

Era como si una nube apareciera en el horizonte.

–Ya he roto con Trevor. Lo llamé en cuanto supe que quería estar contigo. No sé lo que pensará Milly…

–Como me has dicho un montón de veces, tu hermana está casada. Ella hizo su elección y tú tienes derecho a hacer la tuya. ¿Te importa lo que pueda pensar?

La nube se disipó.

–No, me imagino que no.

–Perfecto, todo resuelto, así que antes de ir a cenar vamos a darnos una ducha juntos.

–Ya me he duchado mientras te esperaba –dijo ella con picardía.

–Creía que estabas de acuerdo con el principio de recoger las flores mientras puedas.

–Eres el único hombre que conozco que cita a Herrick.

Él la miró de soslayo.

–Tengo otros talentos que se manifiestan en todo su esplendor en la ducha.

Ella fingió que lo meditaba.

–Bueno, supongo que puedo disfrutar con otra ducha.

–De eso me ocupo yo.

La tomó de la mano y la llevó al dormitorio.

En la mesilla, junto a las flores, estaba la tarjeta de cumpleaños.

–Ahora que voy a casarme contigo, ¿me traducirás lo que dice la tarjeta?

Él sonrió con un brillo en los ojos verdes.

–Bueno, creo que es el momento. Dice: «Feliz cumpleaños a mi cervatilla». Mi mensaje dice: «PD: Te quiero».